DON JUAN

LORD BYRON

DON JUAN

LORD BYRON

PRIMERA PARTE

Yo, que soy el autor de este poema, an-do buscando un héroe; es cosa extraordinaria que no pueda encontrarlo, cuando casi todos los días se nos presenta uno a quien las gacetas y las plumas sirven de trompetas de la gloria, hasta que al fin el tiempo descubre que tal héroe no es el verdadero. Pero yo no quiero cantar a gentes de esa especie, a héroes falsos; quiero celebrar a nuestro antiguo amigo don Juan, hijo de doña Inés, a quien todos hemos visto en el teatro bajar a los infiernos un poco antes de tiempo.

Vernon, el carnicero de Cumberland. Wol-fie, Hawke, el príncipe Fernando Gramby, Burgoyne, Keppel, Howe, pícaros y hombres honrados, todos han tenido su parte en el universal elogio, y han servido de muestra, como en nuestros días Wellesley; cada uno de ellos, a su vez, han desfilado ante vuestra simpatía como los reyes de Banque, corriendo hacia la gloria, todos hijos de la misma madre. Francia ha conocido también a Bonaparte y a Dumoirier, y los ha visto llenar las páginas de sus "Debats" y su "Moniteur".

Barnave, Brissot, Candercet, Marat Pe-tion, Cloetz, Danton, Mirabeau, La Fayette, han sido, también, según se sabe, muy famosos en Francia. Y aún hay muchos que no están olvidados, como Joubert, Hoche, Mar-ceau, Lannes Desaix, Moreau, y otros mil guerreros inscritos honrosamente en el templo de la Memoria; pero sus nombres tampoco podrían tener un lugar en mi poema.

Nelson, hasta hace poco tiempo, era el dios Marte de la Gran Bretaña; todavía podría seguir siéndolo si las cosas no hubieran cambiado; pero ya no se habla de Trafalgar y este nombre duerme silenciosamente en la cruz de Nelson. Actualmente el ejército está en boga y nuestros marinos parecen olvidados. Nuestro príncipe sólo presta atención a los soldados, olvidando a Dulea, Neeson, Howe y Jervis.

Antes de Agamón existían, sin duda, hombres de mérito; después de él

la Huma-nidad ha contemplado a más de un valiente capitán y un sabio ilustre digno de su admiración. ¡Cuántos ha habido que valían tanto como el Rey Micenas y que, sin embargo, en nada se parecían a él! Pero todos ellos no han brillado en los libros de los poetas y están hoy olvidados. No trato yo de proscribir a nadie, pero no puedo encontrar en todo nuestro siglo a un solo hombre que merezca este poema, y por eso he escogido a mi amigo don Juan.

La mayor parte de los autores escriben de este modo sus poemas: empezando in media res, el héroe relata su epopeya, cuando le place, en forma de episodio. Para ello se sienta cómodamente, después de comer bien, al lado de su linda amante, en algún paraje delicioso, en un palacio, un jardín, o tal vez en una gruta que sirve maravillosamente de refugio a la pareja afortunada.

Este es, sin embargo, el método vulgar, y no será el mío; yo prefiero comenzar por el principio. La regularidad y el rigor de mi plan me prohiben toda digresión como una falta imperdonable. Entraré, pues, en materia inmediatamente, comenzando por contaros, si me lo permitís, algo sobre el padre y la madre de don Juan.

Don Juan nació en Sevilla, ciudad hermosa de España, célebre por sus mujeres.

Creedme que es digno de lástima aquél que no la ha visitado nunca. Así lo dice el prover-bio, y yo soy de ese dictamen: entre todas las ciudades españolas no hay ninguna más bonita, ni más gentil. Quizá Cádiz... Pero esto lo podréis decidir vosotros mismos muy pronto, yendo a España.

Su padre se llamaba José, es decir, don José, y era un verdadero hidalgo. La noble sangre que corría por sus venas estaba limpia de toda mezcla de sangre mora e israelita, y descendía de los hidalgos más godos de Es-paña. ¡Nunca se había puesto a caballo un más noble caballero, o bien, ¡una vez monta-do, nunca se había apeado! Tal era el don José que engendró a nuestro héroe, que engendró... Pero, un poco de paciencia, porque esto se dirá más adelante.

Su madre era una señora instruida, ini-ciada en todas las ciencias

dignas de estimación en los pueblos cristianos; su alma reunía todas las virtudes y sus talentos disminuían el valor de las personas más hábiles; hasta las gentes mejores y de más dulce corazón experimentaban cierta secreta envidia al verse sobrepujadas en todas las perfecciones posibles por esta devota dama española.

La tal dama poseía una memoria que era como una mina inagotable; se acordaba con exactitud de todas las obras de Calderón y de Lope de Vega, y si algún cómico que les re-presentase hubiera titubeado en su papel, ella, sin necesidad de recurrir al texto, hubiera hecho a maravilla el oficio de apuntador.

Las matemáticas eran su ciencia favori-ta; la magnanimidad, su más noble virtud; su espíritu (un espíritu superior casi siempre) era enteramente ático; sus conversaciones, profundas hasta tocar en lo sublime. Su traje de mañana era de bombasí y el de tarde de seda. Y en verano de muselina, de limón, o de otras telas igualmente discretas, con cuyos nombres no quiero embarazar mi narra-ción. Dominaba el latín; conocía el griego o al menos, estoy seguro de ello, el alfabeto helé-

nico. Leía de cuando en cuando tal cual novela francesa, pero no hablaba con pureza esa lengua de "simples literatos". En cuanto al español, lo descuidaba mucho; su conversación era más bien oscura; sus pensamientos secos como teoremas, y todos sus problemas se deshacían en palabras, como si ella creye-se que hacer a éstas misteriosas las ennoble-cía tanto como la esposa de don José podía merecerlo. Gustaba del inglés y del hebreo, y hasta sostenía que ambas lenguas se parecí-

an mucho, probándolo con la cita de algunos pasajes de los libros Santos; yo dejo estas pruebas para que las analicen los demás; pero he oído decir, piénsese de ello lo que quiera, he oído decir a nuestra querida doña Inés que la palabra hebrea que significa "yo soy" expresa siempre, y ello es bien singular,

"condenado" en inglés.

En una palabra, la madre de don Juan era una enciclopedia andando. Las novelas de Miss Edgeworth, los libros de Miss Trimmer sobre la educación o la esposa de nuestro viejo amigo Coeleps corriendo en busca de su querido amante, son menos ejemplares que lo era doña Inés. Representaba la moral per-sonificada y la envidia no hubiera

hallado ni la más pequeña mancha censurable en aquel limpio diamante de su alma. Dejaba para todas las demás mujeres los errores y las debilidades de su sexo, para ella las virtudes.

En una palabra: no tenía defectos... Lo que es peor que tenerlos todos.

Era tan superior a todas las tentaciones pérfidas del Infierno, que el Ángel de su guarda, aburrido, abandonó su alma, porque era inútil su custodia. Los movimientos espiri-tuales de esta santa mujer estaban arreglados con tanta exactitud como los del mejor reloj fabricado por Harrison... Pero como la perfección resulta bastante insípida en este mundo corrompido, en el que nuestros primeros padres no aprendieron a acariciarse hasta después de haberse hecho desterrar de su Paraíso, por mucho que en su hogar respirase la paz, la inocencia y la felicidad (¿cómo diablos se pasarían los días?), nuestro buen don José, esposo de la perfecta doña Inés, descendiente de Eva en línea recta, iba de acá para allá muy a menudo para coger los diversos frutos de la vida sin el permiso de su dulce esposa.

Era el tal don José un hombre descuidado, de muy poco gusto por las ciencias y la sabiduría. Solía ir fácilmente a lugares más gratos y se inquietaba muy poco por lo que pudiese pensar su mujer. Así el mundo, que, según costumbre, encuentra un maligno placer en turbar la paz de los reinos y de las familias, murmuraba en voz baja que don José tenía una buena moza por amante; algunos hasta le suponían dos. Pero la verdad es que una sola basta para encender la guerra en un honesto matrimonio.

Como doña Inés, a pesar de todos sus méritos, tenía en alta estima las cualidades de su marido, hemos de convenir nuevamen-te en que era una santa, puesto que es preciso serlo para sobrellevar pacientemente el desprecio de su esposo. De todos modos y a pesar de su santidad, en su noble cabeza se mezclaban a menudo las realidades con los sueños, y a veces de tal mezcla resultaban ideas diabólicas. ¿No es ciertamente una idea de esas aquélla que la aconsejaba a doña Inés perder en muy pocas ocasiones la posibilidad de hacer caer a su querido esposo en algún lazo? Por lo demás, ello era cosa fácil con un hombre que tan frecuentemente se descaminaba y que jamás tenía cuidado de sí mismo. Aun los hombres más prudentes tienen momentos en los cuales un simple golpe de abanico de mujer bastaría para derribar-les. Pero a veces ¿quién no ha visto cambiar-se los dulces abanicos en mazas contunden-tes manejadas por las blancas manos de una

hermosa mujer...?

Gran pecado es casar a las doncellas sabias con hombres sin educación o con señores que sin mengua de ser bien nacidos y estar bien educados se fastidian de las conversaciones eruditas... No quiero hablar más sobre esta materia tan delicada; soy un hombre de bien que vive en el celibato. Pero, de-cidnos la verdad, ¿no es cierto que ellas son las que llevan puestos los pantalones?

En fin, tras tanto análisis, una verdad: Don José y su mujer riñeron. ¿Por qué? Esto es lo que nadie ha podido adivinar y, sin embargo, mil personas oficiosas intentaron mezclarse en este particular, sin perjuicio de que tal negocio no era suyo, como tampoco es mío. Odioso es el vicio innoble de la curiosidad, y por eso lo tengo por despreciable; pe-ro si hay algo, preciso es ser sincero, en lo que sobresalga, es justamente en querer arreglar los asuntos de mis amigos, sin perjuicio de no tener ningún cuidado de mi propia casa. Quise, pues, mezclarme en las querellas de don José y de su esposa, con las mejores intenciones del mundo, pero fui recibido muy desdeñosamente. Jamás pude encontrarlos en su casa. Lo único cierto fue, a la vez que lo peor para mí, que un día Juanito, capullo entonces del don Juan de este poema, me regó la cabeza con el contenido de una bacineta, que no era agua de rosas precisamente.

Juanito era muchacho travieso y alegre; tenía rizado el suave y brillante cabello, y desde su nacimiento manifestó ligereza y malignidad extraordinarias. La verdad es que sus padres sólo supieron ponerse de acuerdo para mimar en él al más turbulento de todos los pillos. Sí ambos hubiesen tenido un poco de sentido común, en lugar de reñir entre sí habrían enviado a la escuela al tal bribonzue-lo y le habrían zurrado como era conveniente a fin de enseñarle a vivir con dignidad cristiana. Pero don José y doña Inés, durante mucho tiempo, habían vivido dentro de su propia desgracia no el divorcio, sino la propia muerte afectiva sea de uno o de otro. Aunque en apariencia se comportaban como marido y mujer de una manera decente, ello era por disciplinar su conducta conforme a la de las gentes honradas que jamás demuestran cosa alguna respecto a sus disgustos domésticos; pero, al fin, el fuego escondido hacía ya mucho tiempo se convirtió en hoguera, y ya no quedó ninguna duda sobre el odio que se pro-fesaban los esposos.

Doña Inés reunió una mañana un cón-clave de boticarios y de médicos

para probar que su marido estaba loco; mas como él te-nía muy a menudo sobrada lucidez, hubo de contentarse con declarar más tarde que si bien su cabeza estaba buena tenía mal corazón. Sin embargo, cuando se le exigieron pruebas de ello, no pudo ofrecerlas; gritaba y protestaba únicamente afirmando que sus deberes hacia el Altísimo y hacia su prójimo la obligaban a desear separarse de aquel hombre. Llevaba un diario en el que había escrito meticulosamente todas las faltas de don José. Por él, por determinados libros pe-caminosos y por algunas cartas que podían leerse en caso necesario, le sería muy fácil condenar a su esposo; además contaba como testigos a favor suyo con todos los habitantes de la ciudad, y también —y ello especialmente tierno— con su vieja y amadísima abuela, que ya chocheaba la pobre... Los que oyeron estas razones de doña Inés las repitieron por todas partes, se convirtieron en sus defensores más exaltados, como inquisidores o jueces de una sola de las partes, los unos para entretenerse y los otros para satisfacer antiguas enemistades con aquél. Y doña Inés, modelo de dulzura y de bondad, hubo de soportar aquellas penas y estas compasiones con la calma con que las damas espartanas, al saber la muerte de sus esposos, tomaban la resolución de no volver a hablar de ellos en adelante. Escuchó con toda tranquilidad los relatos de la calumnia dirigida contra don José y vivió su aflicción con entereza tan sublime que todo el mundo que la contemplaba hubo de exclamar: "¡Qué magnanimidad!"

Los amigos de los dos esposos intentaron reconciliarlos; sus parientes desearon en seguida mezclarse en sus asuntos, con lo que, claro está, se aumentaron las dificultades para su solución. Los abogados hicieron cuanto pudieron a fin de conseguir un pleito de divorcio y, en fin, cada uno a su manera practicaron su juego, su gusto, o su codicia.

Pero todos, desgraciadamente, fueron burla-dos por la vida. Don José murió cuando los primeros estaban empezando a divertirse y antes de que los leguleyos hubieran recibido la más pequeña suma a cuenta de los gastos de las primeras diligencias. Murió —ya he dicho que fue una desgracia, porque su muerte privó al Foro de un proceso admirable y a sus amigos y parientes de un entretenimiento— y con él se fueron al sepulcro los provechos de los abogados y la curiosidad y el interés de sus conciudadanos. Su casa fue vendida, sus criados despedidos, un judío tomó sobre su corazón y su bolsillo a una de sus queridas, un militar a la otra, y todo terminó. Yo pregunté a su médico la causa de la muerte, pero, como es muy lógico, no supo explicármela.

Don José era un hombre honrado, y yo que le conocía bien que me precio de ser ve-raz quiero hacerlo constar en este poema. No buscaré más faltas a su vida, y hasta estoy seguro de que no podría encontrarlas aunque las buscase. Si sus pasiones le arrastraban muchas veces más lejos de los límites de lo que se ha convenido en tener por discreto, y no eran tan dignamente moderadas como las de Numa, llamado también Pompilio, puede decirse, para justificarle, que don José había sido mal educado. Y hasta es justo decir que padecía del hígado. Pero, cualquiera que sean sus méritos o sus faltas, ese pobre hombre también tuvo su parte de contrariedades, especialmente cuando se halló solo y abandonado en su casa vacía, contemplando las ruinas de sus dioses domésticos. Su pena fue tan grande que tomó el triste partido de mo-rirse.

Como murió sin haber hecho testamento, Juan, nuestro héroe, fue el único heredero de un terrible pleito pendiente ante la Audiencia acerca de sus casas y sus tierras. Sin perjuicio de él, una larga minoría y una administra-ción razonable prometían a Juan para un día lejano una buena fortuna. Doña Inés fue su sola tutora, título al que tenía perfecto derecho por la ley, y que la Naturaleza concede justamente a favor de una madre. Ya se sabe que un niño educado por una honesta viuda está siempre más sabiamente dirigido que ningún otro.

Doña Inés, la más prudente de las esposas y también de las viudas, resolvió hacer de Juan un completo caballero, digno de merecer su noble origen. Deseaba que poseyera, cuando fuera un hombre, todas las nobles habilidades que los hidalgos ponen a su servicio cuando los reyes nuestros señores desean hacer las guerras. Y así, Juanito aprendió a montar y a manejar las armas, y se le enseñó concienzudamente el mejor modo de escalar una ciudadela. Pero había una cosa especialmente atendida por el amor materno en la educación de nuestro héroe, algo que doña Inés vigilaba todos los días antes de la llegada de los maestros que pagaba para su hijo. Ella quería que su educación fuese es-trictamente moral. Antes de que Juanito tomara los libros se informaba de todo lo que ellos le hacían estudiar, y las lecciones habían de ser previamente aprobadas por ella. En consecuencia, todo se enseñaba a este mancebo: artes, ciencias, etcétera; todo excepto Historia natural, tan peligrosa. Se le descubrían los secretos de las ciencias más abstractas, de las artes menos comunes, pero temiendo que Juan se hiciese vicioso, no se ponía nunca en sus manos ninguna obra literaria que a doña Inés pudiera parecerle atre-vida. Sus estudios clásicos se realizaron, por lo tanto, con algún embarazo a causa de los conocidos e indecentes amores de

los dioses y las diosas que se producían tan a menudo en las primeras edades del mundo, amores tanto más inconvenientes cuanto que dichas diosas nunca llevaron refajo ni corpiños. Los sabios pedagogos que eran sus maestros hubieron de recibir, a pesar de su cuidado, muchas reconvenciones, y se vieron obligados a hacer una extraña versión de sus Enei-das, sus Ilíadas y sus Odiseas... Doña Inés temía con razón la mitología.

Juanito se perfeccionaba en la devoción y en la gracia. A los seis años era un muchacho muy lindo y a los once prometía ya, para un día no lejano, una arrogante figura y ser tan buen mozo como pudo haberlo sido cualquier otro hombre entre los hombres. Estudiaba con celo, progresaba en cualquier disciplina y, para mayor gozo de su madre, parecía caminar sobre la verdadera senda del cielo, ya que pasaba en la iglesia la mitad del, día y la otra mitad con sus maestros, su confesor y su querida madre.

A los doce años era nuestro héroe un hermoso joven que unía su agradable apariencia a su admirable discreción; si había sido un poco picarillo en su niñez, la santa sociedad en que ahora vivía atemperaba aquella viveza censurable. No fue inútil la lucha para domar su carácter naturalmente travieso, y su madre gozaba repitiendo en todas partes los elogios más encendidos a la prudencia, tranquilidad y aplicación del joven filósofo que era su hijo... En cuanto a mi opinión, si el lector me la pide, yo, ya en aquellos días, había concebido ciertas dudas, que aún hoy no he abandonado. No soy mal pensado, pero he conocido al padre de don Juan y me engaño pocas veces cuando formo juicio. Sin embargo no es justo juzgar al hijo por el padre. Su mujer y él no estaban en demasiada buena armonía. Pero protesto contra toda maligna interpretación, aunque se haga en tono de chanza.

Cuando Juan cumplió los dieciséis años era un mozo alto, hermoso, un poco femenil acaso, vivo, fuerte, bien formado y arrogante; alegre y desenvuelto como un pájaro.

Cuantos le veían, excepto su madre, le miraban ya como se mira a un hombre, pero si alguno lo hacía notar así doña Inés se encole-rizaba y se mordía los labios nerviosa, muerta de miedo, porque el hecho de que Juan re-presentase tan gentilmente y de manera tan precoz la hombría, resultaba ser para ella la cosa más criminal del mundo.

Entre los muchos conocimientos y amistades de don Juan, todos ellos escogidos por la prudencia y la devoción cuidadosa de su madre, destacaba una linda doña Julia, a la que llamar hermosa es leve justicia. Sus mil encantos eran tan naturales en ella como lo es el aroma y el suave tacto en las flores, la sal en el Océano, el conjunto de la belleza de Venus y el arco amoroso en el dios Cupido. El color de ébano de sus ojos orientales acredi-taba el origen moro de su sangre. Cuando la fiera ciudad de Granada fue tomada y Boab-dil, obligado a huir, derramó sus famosas lágrimas, varios de los antepasados de doña Julia se retiraron a África, en tanto otros se quedaban en España. Su bisabuela y su abuela fueron de estos últimos, y de ahí que nuestra linda Julia naciera en España, pero su sangre no era puramente española. Se había casado aquella bisabuela—por más que no haya olvidado un poco su genealogía—con un hidalgo que transmitió a sus herederos una sangre menos noble que la que corría por sus venas, a consecuencia del desgraciado e in-cómodo enlace matrimonial, que hizo sufrir mucho a la familia, en la cual los matrimonios se celebraban entre sí, primos, tíos y sobrinos, los unos con los otros; mala costumbre que hace degenerar la especie. Pero el pagano y amoroso casamiento renovó la raza de aquella hidalga familia. Si dañó su nobleza, al menos hermoseó la carne de tal modo que de la estirpe más espantosa de la España antigua brotó una rama tan hermosa como fresca. Los varones dejaron de ser enanos y las hembras de ser amarillas, chatas y sarmen-tosas. Aunque corrían rumores, que yo desearía silenciar, sobre si la abuela de Julia dio o no a su marido más herederos bastardos que descendientes legítimos, lo cierto es que, sea como fuere, esta noble raza continuó produciéndose y perfeccionándose hasta re-ducirse a un último y único heredero varón, que no dejó sobre la tierra sino una sola hija: Julia.

Doña Julia, de la que tendremos mucho que hablar, era hermosa, sana, casta. Contaba veintitrés años de edad y estaba casada.

Sus ojos eran rasgados y negros, bellísimos, pero no manisfestaban sino sólo una parte de su fuego hasta que ella hablaba. Entonces, a pesar de su reserva dulce, dejaba brillar en sus miradas una linda expresión, más bien arrogante que enfadosa, que servía para probar que el amor reinaba en aquel cuerpo y en aquella alma con más decisión que ningún otro sentimiento. A tales ojos seguramente se les vería el deseo si no fuera porque la voluntad de doña Julia les imponía silencio con firmeza. Sus cabellos negros se rizaban con gracia sobre una frente cuya dulzura no tenía igual, animada por el noble reflejo de

la inteligencia. Las cejas formaban una dulce curva, semejante al arco iris, bajo tan linda frente; las mejillas, sonrosadas con el encarnado de la juventud y de la vida, tenían a veces como una aureola transparente, como si un fuego repentino y secreto circulara por sus venas.

En una palabra, Julia se hallaba dotada de un rostro encantador y de una gracia femenina superior a todas las expresiones posibles.

Era, además, alta y arrogante. Ni yo, ni el lector, seguramente, gustamos de las mujeres pequeñitas.

Estaba casada hacía ya algún tiempo con un hombre de cincuenta años. Los maridos de esa especie son abundantes en todas las épocas. Yo creo, no obstante, que en lugar de un hombre de esa edad sería mucho mejor poseer dos de veinticinco años, particularmente en los países en que el sol se aproxima más a la tierra. Damas severas y virtuosas me dan la razón, puesto que todas prefieren los maridos de menos de treinta años. Triste cosa, preciso es confesarlo, que la culpa de todo la tenga ese pícaro sol, que no deja tranquila nuestra pobre máquina humana, que nos calienta, tuesta y asa de tal manera que, a pesar de sudar y aunque ayunemos mucho, nos extravía la carne débil. Todo eso que los hombres llaman galantería y los severos dioses adulterio, resulta mucho más común y corriente en los climas del Mediodía que entre nuestras tinieblas. ¡Dichosas las naciones del clima moral del septentrión! Allí reina por todas partes la virtud, y la estación del invierno castiga al pecado, que huye tiritando para cubrirse con cualquier andrajo. (La nieve es la que hizo prudente a San Antonio.) ¡Dichosas las naciones en las que los jurados definen la calidad de la honestidad femenina, con sus valiosos votos, fijando la multa que estiman conveniente contra los galanes, que así quedan libres por la gracia de sus dineros!

En ellas es donde la dulce concupiscencia viene a transformarse en un vicio dignísimo que se vende en las plazas.

El marido de dona Julia, don Alfonso, era hombre bien parecido para su edad, y si su esposa no le amaba mucho tampoco le odiaba; vivían juntos como la mayor parte de los matrimonios, sufriendo con un acuerdo mutuo bien conllevado las recíprocas debilidades. No eran precisamente ni una ni dos. El esposo, sin embargo, era naturalmente celoso, pero no lo demostraba, porque los celos son un sentimiento

que no debe ser confiado a la curiosidad pública.

Nunca he podido adivinar por qué Julia, tan distinta de ella, podía estar tan unida a dona Inés. Existían muy pocas simpatías entre sus gustos. Julia, en contraposición con la sapiencia de su amiga, no había tomado una pluma en la mano durante toda su vida. Por otra parte... Algunos dicen en voz baja... Pe-ro mienten, seguramente; ya sabemos que las malas lenguas inventan crímenes por todas partes... Dicen que antes que don Alfonso fuese casado, o sea antes de que se uniera a la linda Julia, doña Inés había olvidado con él su superior prudencia... Cultivando siempre, según parece, esta antigua amistad, que el tiempo hizo al fin más casta, había tomado doña Inés mucha afición a doña Julia; puesto que esta solución es, muchas veces, en casos parecidos, la mejor que pueda tomar una antigua amante. Concedía la primera a la segunda el lisonjero título de protegida suya, y felicitaba a don Alfonso, siempre que había ocasión, sobre su buen gusto. Por tal medio, si bien no pudo imponer un silencio completo a las desatadas malas lenguas, disminuyó al menos doña Inés la materia sobre la que po-dían ejercer aquéllas su malignidad.

Yo no puedo decir si Julia vio la cosa co-mo los demás la veían; cierto es, sin embargo, que si descubrió algo no lo demostró, y que todos lo ignoran. Puede ser que, en efecto, no supiese nada, o que le importase muy poco lo que sucedía, bien por indiferencia, bien por costumbre. Estoy verdaderamente perplejo y no puedo opinar con sinceridad sobre este punto, puesto que ella supo disimular maravillosamente sus pensamientos.

Julia conoció a Juan casi niño aún y le tomó gran cariño, acariciándole frecuentemente con gusto, como a un muchachito bello y amable. Ciertamente que en estas caricias no había ningún mal; nada podía ser más inocente, ya que ella no contaba entonces sino poco más de veinte anos y Juan acababa de cumplir los trece; pero a fe mía que yo no hubiera podido menos de reírme ante tales caricias cuando Juan hubo llegado a los dieciséis años y la hermosa Julia a los veintitrés.

Estos pocos años más son suficientes para dar ocasión a grandes cambios. Y vuelvo a recordar el ardiente sol de los pueblos del Mediodía.

Sea como fuere, el hecho es que Juan y Julia se volvieron otros. Julia

se manifestó más reservada, y el joven más tímido; los dos tenían los ojos bajos con frecuencia; sus saludos eran trémulos balbuceos, y todo manifestaba un enorme embarazo, tanto en sus miradas como en sus gestos y palabras. Estoy muy seguro que algún lector no dudará de que a doña Julia no podía escapársele el conocimiento de la razón del cambio; pero, por lo que respecta a Juan no conocía nada, lo mismo exactamente que sucede a quien no habiendo visto nunca el Océano es completamente incapaz de formarse una idea aproximada de él... Sin embargo, de su preocupación, alguna bondad latía entre las frialdades de que doña Julia hacía en su trato con don Juan tras el cambio de actitud aludido; su mano, sí es cierto que se alejaba temblando de la de su joven amigo, también lo es que sólo lo hacía tras haber apretado aquélla suavemente. Este suave contacto era tan tierno y tan ligero al mismo tiempo que dejaba dudosa el alma de don Juan: la varita de virtudes de Armida no ha operado jamás un cambio semejante al que experimentó el corazón de don Juan de resultas de estos dulcísimos apretones de mano.

Cuando encontraba a Julia ya no se sonreían ambos candorosamente como en los días de su conocimiento, pero sus miradas melancólicas tenían, si cabe, mayores hechizos que aquellas antiguas sonrisas, como si su corazón abrasado encerrase dentro de sí pensamientos secretos, imposibles de descubrir, por lo que resultaban ser más apreciables. Hasta la inocencia tiene sus ardides y no se atreve siempre a entregarse a la franque-za: el dulce amor desde que nace se ve precisado a ser hipócrita. Mas en vano es que la pasión se disimule: la obscuridad de que vo-luntariamente se rodea la hace plena traición del mismo modo que el cielo más negro anuncia los fulgores de la tempestad más terrible. Y así los mismos ojos de doña Julia la vendían. Cualquiera máscara con la que intentara cubrir sus sentimientos era igualmente inútil para disimular la misma hipocresía. Indiferencia, cólera, odio o desprecio, siempre era demasiado tarde para recurrir al torpe disimulo.

En seguida vinieron los suspiros, que se ocultaban muy mal cuando quería ahogárseles; después las miradas al descuido, que ese mismo descuido hace más dulces; llegó al fin ese tiempo en el que al verse los amantes que todavía no lo son salen siempre los colores a su rostro, aunque aún no puedan considerarse culpables. Temblaban cuando se encontraban frente a frente y se entristecían en el momento de las despedidas. Tales son los pequeños preludios que anuncian que la pasión conducirá más tarde a sus tiernos favores. ¡Ay! No sirven para otra cosa sino para probar cuánto embaraza un amor tímido cuando se

apodera de un alma novicia.

El corazón de la linda Julia se hallaba en una triste situación: conocía bien que se le escapaba el alma hacia don Juan y se proponía hacer los más nobles esfuerzos para evitarlo por sí misma y por consideraciones a su noble esposo; llamaba en su socorro al honor, al orgullo, a la religión y a la virtud; sus resoluciones eran ciertamente dignas de todo elogio y hubieran hecho dudar a un Tar-quino. Imploró la protección de los dioses morales como los mejores jueces de sus penas. Pero una noche, cuando formulaba su más firme voto de no volver a ver a don Juan, comprendió doña Julia que en el mismo fervor de su propósito estaba la ardiente realidad de su deseo. Comprendió entonces que, si bien una mujer virtuosa debe vencer y do-minar las tentaciones del amor, huir es una cobardía indigna. Más honra existe en sostener la batalla saliendo vencedora de la prueba; y, en fin, si el diablo no empujaba las cosas con exceso, siempre podría esa mujer virtuosa apartar al momento sus deseos y salir libre de la corta lucha contra su cuerpo y su corazón.

Un amor como el de doña Julia es un amor inocente, puede existir sin peligro entre dos personas jóvenes; al principio, se puede besar una mano y después un carrillo. Esto es todo, puesto que no debe pasarse más allá.

Armada con estas piadosas intenciones y de-fendida por la pureza de su alma, Julia cesó de imponerse una inoportuna violencia. Creía su plan practicable e inocente. Un caballero de dieciséis años, pensaba ella, no puede dar motivo a las murmuraciones de las gentes malvadas por su amistad con una joven casada sensible y linda. Y así, Julia se sentía satisfecha y su corazón no experimentaba ninguna inquietud. ¡Una buena conciencia, nos hace sentirnos tan tranquilos! Los mártires cristianos han llegado al extremo de quemarse unos a otros cuando estaban persuadidos de que los Apóstoles hubieran obra-do como ellos.

Y si su marido muriese en el intervalo...

¡Dios nos libre de que este pensamiento manche, ni aún en sueños, el alma de la hermosa Julia! Ella no podría sobrevivir a una pérdida semejante, y tal idea hacía salir de su pecho oprimido hondos suspiros. Pero supon-gamos solamente que se produjera un hecho semejante. Juan, siendo ya entonces un hombre hecho y derecho, sería un buen partido para una viuda de condición, y hay que reconocer

que, aunque pasasen algunos años en este intervalo, la felicidad no llegaría demasiado tarde. Aparte de que (para seguir fielmente las ideas de nuestra hermosa pen-sativa) no habría acaso gran mal en anticipar un poquito las cosas, haciendo que don Juan supiese de antemano de su boca... En fin..., que aprendiese a tiempo los principios del amor... Entiéndase: de aquel amor seráfico, que puede mostrarse como ejemplo de espi-tualidad y pureza...

En cuanto a don Juan, buscaba el modo de definirse a sí mismo aquel sentimiento que le parecía nuevo y extraño, y que le obligaba a andar silencioso y pensativo, distraído y agitado, hacía ya muchos días. Salía con frecuencia de su casa, y gustaba de extraviarse, a pasos lentos, en un cercano bosque solitario. El mal desconocido que le atormentaba le empujaba hacia la soledad, como todas las penas profundas. Vagaba por las márgenes floridas del río; se tendía sobre el césped, a la sombra de los árboles: meditaba, sufría.

Hasta que, a fuerza de pensar en una misma cosa siempre, consiguió aliviar parte de su mal, ya que no todo, haciendo cuanto pudo por adueñarse de sus propias ideas. Con lo que consiguió hallarse, poco a poco, tan metafísico como Coleridge.

Meditaba sobre sí mismo y sobre el Universo entero. Admiraba al hombre, maravillosa creación, y después a las estrellas, preguntándose quién las había colocado en la inmensidad del firmamento. Meditaba sobre el secreto de los terremotos, la crueldad de las batallas, las posibles dimensiones de la luna, el misterio que empujaba hacia arriba a los globos aerostáticos, y sobre las dificultades que se oponen al perfecto conocimiento de la infinitud de los cielos; finalmente, pensaba en los hermosísimos ojos de doña Julia.

En medio de este caos de pensamientos, la sabiduría puede distinguir deseos sublimes, inspiraciones generosas cuyo germen, desde que nacen, reciben los hombres, y por los cuales la mayor parte de ellos se atormentan innecesariamente, sin saber por qué. Es cosa singular que un hombre, aún tan niño, se inquietase tanto por el orden y el secreto del Universo. Y si vosotros no veis en esto sino la prueba de la filosofía, yo, modestamente, pienso que es la época crítica de la pubertad la que tiene la culpa... Juan meditaba sobre las hojas y sobre las flores; oía una voz única en todos los vientos; soñaba con las invisibles ninfas de los bosques y las florestas inmortales en las que las

diosas antiguas se aparecí-

an a los hombres en los más hermosos tiempos del mundo... Se extraviaba en sus paseos, olvidaba la hora, y cuando miraba su reloj, percibía con dolor la rápida huida de ese viejo barbudo que simboliza el tiempo. A la vez que advertía que también había olvidado su comida.

A veces, interrumpía sus desvaríos leyendo en voz alta pasajes de Boscán o de Garcilaso... Del mismo modo que el céfiro viene a agitar repentina y suavemente la hoja trémula, así el delirio poético de su alma aumentaba su excitación al contacto de los hermosos versos ajenos... De este modo co-rrían sus horas solitarias. Juan conocía que le faltaba alguna cosa, pero ignoraba lo que era.

Sus delirios misteriosos, los versos de los poetas, el susurro de las arboledas, los hermosos paisajes, la silenciosa noche..., ninguna cosa podía dar a su espíritu lo que deseaba anhelante. ¿Qué necesitaba el alma de Juan? Un pecho sobre el cual pudiese apoyar su ardiente cabeza, sintiendo los latidos de un corazón, que respondiese al suyo con tierna correspondencia. Necesitaba... todavía algunas otras cosas que yo olvido, o que, por lo menos, no tengo precisión de mencionar aquí.

Los paseos solitarios y los delirios, tan largo tiempo continuados no se escaparon a la observación de la tierna Julia... Vio que Juan estaba descontento, pero lo qué particularmente le extrañó fue que doña Inés no importunase en modo alguno a su hijo por medio de preguntas. ¿Es que no veía ella la actitud de Juan? Parece extraña, y es, sin embargo, frecuente esta falta de perspicacia de las madres. Recuerda ésta la de ciertos esposos, cuyas mujeres se permiten olvidar los deberes impuestos por la vida. Un verdadero marido vive a menudo desconfiado, pero sus sospechas no dejan de resultar casi siempre equivocadas y así está celoso regu-larmente del único que no piensa para nada en su mujer. Algunas veces, la ceguera del celoso es tan absoluta, que él mismo prepara su desgracia albergando en su casa a un tierno amigo, poseedor de todos los vicios, que, naturalmente, no deja perder la ocasión; y después, cuando la mujer y él se han puesto ya en amable correspondencia, el crédulo esposo suele admirarse de la perfidia de ambos, y no de la tontería que él mismo cometió. Del mismo modo, los padres tienen algunas veces la vista muy corta, y por más que espían a sus hijos con la agudeza de un lince, no pueden descrubir lo que, riéndose, ve todo el mundo. Un dichoso día, el joven

M. Hopeful sedujo a su querida Miss Franny, esposa joven de un señor maduro, y desapareció con su amante, desvaneciendo así los hermosos proyectos meditados durante largos años por aquel respetable caballero... La historia se repite con frecuencia.

Pero doña Inés era tan suspicaz, que el hecho de que no pareciera preocuparse por la actitud de don Juan hace suponer que existía algún motivo secreto para que prefiriera abandonarlo en brazos de la tentación que le embargaba. Acaso deseaba concluir con esta última asignatura la perfecta educación de su hijo; acaso quería abrir los ojos a don Alfonso, que estaba persuadido de que su esposa, Julia, era un tesoro inapreciable.

Un día de verano, estación peligrosa es el verano (también la primavera, en especial hacia fines de mayo, y la culpa está, ciertamente, en el Sol), exactamente el 6 de junio, a las seis y media o siete de la tarde, la linda Julia se hallaba sentada bajo unos árboles, cuyas ramas entrelazadas formaban una fresca bóveda sobre su cabeza, como las que cubren a las huríes en el paraíso pagano descrito por Mahoma. Julia no estaba sola. Don Juan, el don Juan de los dieciséis años, se hallaba frente a ella. Cuando dos rostros co-mo los suyos se miran tan cercanos en una disposición semejante, sería prudente, pero es muy difícil, que los ojos se cierren al placer de la contemplación. ¡Qué hermosa estaba Julia! La agitación ardiente de su corazón se manifestaba irresistible en los vivos colores de sus mejillas. ¡Oh, amor! Altivamente hermosa, Julia se hallaba a la orilla de un precipicio inmenso, pero la confianza que tenía en su virtud era más inmensa todavía. Pensaba en su fuerza y en la juventud de Juan; en la locura de los temores de la prudencia; en la virtud triunfante; en la fe conyugal; en fin..., en los cincuenta años de don Alfonso... Yo hubiera deseado que no se le hubiese presentado a Julia este último pensamiento, porque, en verdad, cincuenta años son una cifra que inspira difícilmente afectos. En todos los climas, lo mismo los que calienta el sol que los que cubren las nieves y las nieblas, tal núme-ro de años suena mal en amor, aunque no sea lo mismo en el manejo de la hacienda.

Julia tenía hondísima afición a admirar el honor y la virtud; amaba a don Alfonso, le era fiel, y en voz baja, aquella tarde, estaba jurándose a sí misma no hacer ninguna afrenta al anillo conyugal que llevaba en su dedo, no permitirse ningún deseo que la prudencia pudiera

desaprobar. Mientras se formulaba este juramento, su mano descuidada se acercaba a la mano de don Juan, creyendo, acaso, acariciar una de las suyas... Esa mano de Julia advirtió, poco a poco, a la de don Juan de su proximidad dulcísima, por medio de una presión casi insensible, que parecía decirle: "Tenme si quieres". Sin embargo, no podemos dudar que tuvo simplemente la intención de oprimir los dedos de su joven amigo de una manera puramente platónica; ella se hubiera separado con espanto de él, como si se le hubiese acercado una avispa o un reptil venenoso, sí hubiera podido imaginar siquiera que con aquel amable juego arriesgaba la excitación de un sentimiento capaz de turbar la paz de una esposa prudente.

Yo no sé bien qué es lo que pensó Juan, pero lo que hizo, vosotros lo hubierais hecho del mismo modo que él. Sus labios de carmín fueron, agradecidos, a aquella mano hermosa, y lo manifestaron por medio de un tierno beso. Pero en el mismo instante, entre la confusión de su dicha, don Juan se retiró desesperado, temiendo haberse hecho culpable de un espantoso atrevimiento. ¡El amor es tan tímido en un corazón novicio! Julia se puso colorada, pero no se enfadó; ensayó a hablar con volubilidad de cualquier tema, pero hubo de callar inmediatamente al obser-var la emocionada debilidad temblorosa de su propia voz...

El sol se ocultó y la luna vino a reempla-zarle, envolviendo todo bajo sus pálidos rayos... Yo creo que el diablo, para nuestra desgracia, está alojado en la luna. Se equivo-can, se engañan, los que la llaman casta. No hay ningún día (ni siquiera el más largo del año, que es el 25 de junio) que sea testigo de tantos pecados como los que presencia la noche, alumbrada por la luna, sólo durante tres horas de su vida... Y, no obstante, se cantan su modesto aspecto y su supuesta castidad mientras recorre bellamente los cielos...El sol se ocultó y la luna vino a reempla-zarle. Reinaba, por añadidura, un peligroso silencio. El alma se entregaba a la necesidad de descubrirse toda entera, y bien pronto no pudo hacerse dueña de sí misma ya. La azulada luz, que da un encanto tan poderoso a los árboles de los bosques, que acompaña con tan insólita ternura el arrullo de la tortolilla solitaria, que hermosea toda la naturaleza con sus reflejos plateados, esa luz penetró también dentro del corazón y derramó en él una amorosa languidez inexpresable...

Julia estaba, pues, sentada al lado de don Juan, y, un poco más tarde,

tras corta resistencia, se encontraba estrechada por un brazo que temblaba, lo mismo que toda ella.

Julia debió pensar que la tal posición era todavía inocente porque, de otro modo, la hubiera sido fácil separarse; pero esta situación tenía algún hechizo... Un poco más tarde... En fin, Dios sabe lo que sucedió. Dios lo sabe. Yo no puedo continuar, y hasta casi siento haber empezado...

Julia perdió la voz: no podía explicar sus pensamientos sino por medio de suspiros. ¡Se acabaron los lindos proyectos de inútiles e inocentes entretenimientos; sus hermosos ojos derramaban copiosas lágrimas, y aunque los remordimientos no se olvidaron de hacer acto de presencia contra la tentación, aunque resistió todavía un momento, aunque lloró su imprudencia e intentó de nuevo resistir, diciendo en voz baja que no consentiría ja-más..., así fue cómo ella consintió!

Se dice que Jerjes ofreció una recompensa al que pudiera inventarle un nuevo placer.

A fe mía, Su Majestad pedía una cosa bastante difícil y que le hubiera costado el sacrificio de un tesoro inmenso porque el placer merece más respetos. ¡Oh, placer, cosa verdaderamente muy dulce, aunque por tu causa, un día, seamos condenados sin remisión? Todas las primaveras hacemos un proyecto de reforma de nuestras vidas, que olvidamos al siguiente mes. Aunque hayamos violado con frecuencia los castos votos, ha sido siempre con la confianza de que los cumpliríamos, y, en verdad, es la buena fe la que nos empuja en nuestros propósitos de ser más prudentes en el próximo invierno.

Hay licencias poéticas. Mi licencia consiste en tomar de la mano al lector y conducirle desde el día 6 de junio, en que fue testigo del primer encuentro de doña Julia y de don Juan, hasta un día cualquiera del mes de noviembre... Es muy placentero a media noche sobre los llanos azulados de las ondas creadas por la luna, oír los suaves y compasados movimientos de los remos en el agua y los cantos lejanos y lentos de los gondoleros del Adriático. Es inexpresablemente agradable contemplar el nacimiento de las estrellas en la noche; percibir el suave rumor del cierzo que resbala sobre las hojas trémulas de la arboleda; oír el zumbido de las abejas, el canto de los pájaros; ser despertado por los jóvenes gritos de las golondrinas; dormirse al arrullo del agua de los riachuelos; ver los racimos verdes de las uvas maduras derramar arroyos de púrpura sobre la tierra, y

también lo es huir de las ciudades tumultuosas para disfrutar en paz la alegría de las silenciosas campiñas. Al avaro le place contar su oro. Para un padre, nada es comparable al nacimiento de hijo primogénito, su tartamu-dez infantiles y sus primeras balbuceadas palabras. Es dulce también la venganza...

particularmente entre las mujeres. El pillaje es amable para los soldados y para los piratas... Pero cien veces más dulce, mil veces más dulce es nuestro primer amor; de tal modo, que para nosotros lo pasado es como la memoria que conservaba Adán de su caída.

El árbol de la ciencia ha sido ya despojado de su fruto—todo nos es ya conocido—, y la vida no nos ofrece nada que sea digno del pecado cosa tan dulce como la ambrosía. Sin duda hace alusión a él la fábula de aquel juego divino que Prometeo fue a robar a los cielos, crimen que los dioses jamás le perdonaron.

Volvamos a nuestra historia. Estábamos en el mes de noviembre, cuando los días hermosos son muy raros y las montañas blanquean a lo lejos como si cubriesen con una inmensa capa blanca sus pardos vestidos; el mar empuja sus olas espumosas contra las rocas, y el sol, haciéndose prudente, se retira a las cinco de la tarde... Era una noche nublada, sin luna, sin estrellas; el viento no se oía o soplaba a intervalos; algunas chimeneas brillaban alegradas por las llamas, y en ellas la leña chisporroteaba feliz, contemplando las honestas familias reunidas a su alrededor. Hay siempre un encanto profundo en la claridad de un hogar encendido, y junto a él la vida parece tan agradable como lo es un hermoso día de verano. Yo gusto del fuego, de los crujidos de la leña, de la ensalada de langosta, del champaña y de la buena conversación...

Era medianoche... Doña Julia, tan hermosa, descansaba en su cama, y, probablemente, dormía... Inesperadamente, se oyó en su puerta un ruido capaz de interrumpir los sueños de los muertos. Una mano vigorosa la empujaba con violencia, y una voz gritaba:

—¡Señora! ¡Señora! ¡Respondedme!

La misma voz seguía clamando:

—¡En nombre del cielo, señora mía, ved a mi amo que se acerca con la mitad de sus criados tras de él! ¿Se ha oído hablar jamás de una desgracia semejante? ¡Oh!, no es falta mía, yo vigilaba..., pero... por Dios, seño-ra, descorred el cerrojo más aprisa... ¡ Están ya al pie de la escalera!... ¡Ya llegan!... Puede ser que todavía tenga tiempo de huir... A Dios gracias, las ventanas no son muy altas...

Señora, señora.

Don Alfonso había llegado ya con sus amigos y los criados, todos portando hachas encendidas. Ya la mayoría de ellos habían humillado su noble cabeza bajo el dulce yugo del himeneo..., pero no se hacían rogar para venir a turbar el sueño de una mala mujer, que se atrevía tan desconsideradamente a adornar en secreto la respetable frente de su marido. Bien es cierto que los ejemplos de esa naturaleza son muy contagiosos, y que si de cuando en cuando, no se castigase con severidad a una delincuente semejante, todas las mujeres tomarían el gusto a tales desórdenes.

No puedo decir por qué, ni cómo, ni qué sospechas se habían introducido en la cabeza de don Alfonso; pero para un caballero de su condición, representaba ciertamente muy poca educación venir sin ningún aviso ni an-tecedentes a sitiar de aquel modo el lecho de una dama, convocando a sus lacayos, armados de espadas y de hachas, a ser testigos de aquéllo ante lo que él sentía tanto horror.

¡Pobre doña Julia! Fue despertada por toda aquella baraúnda (reparad bien que no digo que no aseguro que estuviese dormida), y empezó desde el momento mismo a dar gritos, a afligirse y a derramar lágrimas. Su fiel criada Antonia, que gozaba de toda su confianza, aquélla que la había avisado un momento antes, se apresuró a poner el lecho en disposición de que pudiese verse que su ama había dormido y terminaba de salir de él. Pero, por si acaso, Julia y Antonia se presentaron ante los invasores como dos pobres mujeres inocentes, que, temiendo a los muertos aparecidos, y aún más a los vivos, en la soledad oscura de la noche, habían imaginado encontrarse mejor si dormían juntas, ya que igual un fantasma que un don Juan atrevido serían más fácilmente rechaza-do por dos mujeres que por una. He aquí por qué las dos se habían acostado tranquilamente en la misma cama, lado a lado, esperando que el señor volviese, hasta el momento en que, habiendo llegado el amado esposo, éste se presentara diciendo

tiernamente: "Mí querida amiga, vedme aquí." Explicación clarísi-ma, dulce y convincente.

Dona Julia recuperó al fin su voz, y exclamó entre suspiros:

—En nombre del cielo, don Alfonso, ¿qué es lo que esto significa? ¿Estáis loco?... ¡Que no me hubiera muerto antes de haber sido la víctima de semejante suceso! ¿Qué quiere decir esta violencia nocturna? ¿Es acaso efecto de la embriaguez, o sentís unos curiosos celos increíbles? Este pensamiento, don Alfonso, bastaría para darme la muerte... ¡Vamos!... ¡Veamos y busquemos por todas partes!

—Esto es lo que yo quiero hacer—

respondió testarudo, don Alfonso...

¡Y vedlos ocupados en buscar él y los que le acompañaban; registran todos los rin-cones, los gabinetes, los retretes, los armarios, los huecos de las ventanas. Encontraron, es cierto, muchos lienzos, encajes, medias, chinelas, cepillos, peines y toda las cosas que se encuentran en la habitación de una señora que gusta de las modas y adornarse y pre-sentarse lindamente aseada. Punzan las tapicerías y los; cortinajes con las hirientes puntas de sus espadas y hasta rompen algunos tableros de los armarios y de las ventanas, y más de una mesa del mejor estilo... Buscan bajo la cama y encuentran... algo que ciertamente no era lo que buscaban. Abren las ventanas y observan si en el suelo se aprecian las huellas de los pies de un hombre fu-gitivo, pero no ven ninguna; y entonces optan por mirarse unos a otros con aire de sorpresa y desencanto. Es singular, sin embargo, que a ninguno de tantos buscadores se le ocurriese mirar bajo las ropas de la cama, revueltas en montón, como lo habían hecho debajo de ella... Ciertamente que ello fue un gran descuido...

Durante tal registro, la dulce lengua de doña Julia no descansaba, naturalmente:

—Sí, sí; buscad, buscad bien, acumulad ultraje tras ultraje, afrenta tras afrenta; ved para qué me he entregado fielmente a un esposo que supuse noble; ved para lo que he sufrido tan largo tiempo a mi lado a

un hombre tal como don Alfonso. Pero yo no puedo aguantarlo más tiempo, ni permanecer un instante más en esta casa, y saldré de ella si es que aún, hay leyes y abogados en España.

Sí, don Alfonso, ¡desde este momento dejáis de ser mi esposo! ¿Habéis merecido alguna vez este título? ¿Lo que habéis hecho es propio de vuestra edad? ¿No sois un sesentón?

¿Es prudente, ni siquiera discreto, hallar de esta manera, sin motivo alguno, el modo de ultrajar la virtud de una mujer digna de estimación? ¡Ingrato, pérfido, bárbaro don Alfonso! ¿Cómo os atrevéis a pensar que vuestra mujer sea capaz de olvidar sus deberes de un modo semejante? ¿Será porque he descuida-do el uso de los privilegios de mi sexo? ¿Porque he escogido un confesor de amores tan viejo y sordo como vos, que hubiera resultado insoportable a cualquier otra mujer menos resignada? ¡Ay! ¿Habéis tenido nunca de qué reprenderme? Mi inocencia os embaraza de tal manera, que casi dudo de haber sido casada. ¿Es acaso todo esto porque todavía no he aceptado un cortejo entre todos los jóvenes de Sevilla? ¿Porque no voy a ninguna parte, excepto a algunas corridas de toros, a misa, a la comedia y a la tertulia? ¿Es porque cualesquiera que hayan sido mis adoradores, no he favorecido a ninguno, y hasta he sido sobradamente desdeñosa con ellos? ¿Es porque el general conde de O'Reilli, que tomó Argel, repite en todas partes que le he mal-tratado cruelmente? El músico italiano Gaz-zani, ¿no me ha cantado inútilmente su amor durante seis meses consecutivos? Su compa-triota, e1 conde Comiani, ¿no me ha procla-mado la única mujer virtuosa de toda Espa-

ña? ¿A cuántos rusos e ingleses no he desde-

ñado? ¿No he desesperado al conde Strongs-torganoff y al lord Mout-Coffechoose, el par de Irlanda, que el año pasado se ha dado la muerte por mi amor (a fuerza de beber)? ¿No he tenido a dos obispos arrodillados a mis pies, el duque de Icard y don Fernando Nú-

ñez? ¿Es este el modo cómo tratáis a una mujer fiel? ¿En qué cuarto de luna estamos, don Alfonso? Todavía os encuentro muy mo-derado cuando no me dais de palos en una ocasión que se os presenta favorable. ¡Oh, héroe valiente! ¡Con todas vuestras pistolas preparadas y vuestras espadas fuera de la vaina, creedme: hacéis un papel admirable!...

Ved, pues, por qué habéis hecho este viaje bajo el pretexto de un negocio indispensable y en compañía de vuestro tunante procurador, al que veo allí plantado como un badula-que, que se muerde los labios

por efecto de su propia tontería. Os desprecio a los dos, pero a él más aún, puesto que su conducta no tiene disculpa, ya que sólo es el cebo de una vil ganancia lo que le hace obrar de esta manera. Si viene aquí para formar un testimonio, veamos el modo de que tal caballero haga su oficio. Aquí tenéis tinta y pluma; es-cribid, señor. Yo no quisiera que hubieran de pagaros para no hacer nada. Pero como mi criada está casi enteramente desnuda, hacer salir a vuestros alguaciles, os lo suplico... Ved el gabinete, ved el tocador, ved la antesala; buscad de arriba abajo; mirad el sofá, el si-llón, la chimenea, que, en efecto, podían ser-virme para ocultar algún amante; vedlos.

Mas, como yo quiero dormir, daos prisa, y no hagáis tanto ruido hasta que hayáis sacado de su nido al escondido caballero. Cuando le hayáis encontrado, os suplico que me lo presentéis, porque tengo curiosidad por conocer-le. Y mientras tanto, caballero, puesto que habéis ultrajado a vuestra mujer por medio de infames sospechas, y puesto que vuestros amigos todos se hallan abochornados de vuestro fracaso y vuestra mofa, os suplico que tengáis la bondad de hacerme saber el nombre de la persona que buscabais. ¿ Cómo se llama? ¿Cuál es su rango? ¡Que yo le vea!

Supongo que será joven y buen mozo. ¿Es alto, bello, arrogante? Vamos, hablad... y estad seguro que, puesto que habéis manchado mi honor y mi inocencia con una afrenta semejante, no será en vano... A lo menos, mi supuesto amante no será un hombre de sesenta años; a tal edad sería ya demasiado viejo para querer tomarse el trabajo de jugarse la vida dando celos a un marido tan joven como vos... (Antonia, dadme un vaso de agua...) Estoy avergonzada de derramar lágrimas, que son indignas de la hija de mi padre. Mi pobre madre no se engañaba al suponer que pudiera un día estar en manos de un monstruo como vos... Puede ser que estéis celoso de Antonia, mi doncella, ya que la habéis encontrado durmiendo a mi lado, cuando habéis venido a sorprenderme en unión de vuestros acompañantes... Mirad por todas partes, caballero, pues no tenemos nada que esconder. Y espero que otra vez me lo avisaréis con tiempo, o, al menos, que os detendréis un momento a mi puerta, para que tengamos lugar a cubrir nuestra desnudez... a fin de recibir tan buena compañía... Y

concluyo de hablar, caballero. Lo poco que os he dicho podrá servir para probaros que un corazón inocente sabe devorar en silencio afrentas que sería demasiado bajo repetir de palabra... Os entrego a vuestra conciencia.

Ella os preguntará algún día por qué me habéis tratado de esta

manera. ¡Quiera Dios que entonces no sintáis el punzante dolor de una pena más amarga!... Antonia, ¿dónde está mi pañuelo?"

Al decir estas palabras, con las que terminaba sus brevísimas quejas, doña Julia se echó sobre su almohada. Sus negrísimos y bellos ojos, brillantes a través del cristal de las lágrimas, recordaban el cielo que nos en-vía al mismo tiempo la lluvia y los relámpagos. Las admirables ondas de su negra cabellera sombreaban como un velo sus mejillas húmedas y pálidas; se extendían atrayentes sobre ella; pero sus largos y brillantes rizos no podían, sin embargo, ocultar del todo el gracioso contorno de su bella espalda, blanca como la nieve. Sus dulces labios temblaban de agitación; su hermosísimo pecho ondulaba alterado, y, bajo él, su tierno corazón latía con violencia.

El señor don Alfonso se hallaba muy confuso. La doncella iba de una parte a otra del cuarto, en el que todo aparecía revuelto, con las narices levantadas con un manifiesto aire de provocación, dirigiendo impertinentes miradas a su señor y a los monicacos que le acompañaban. Sólo el procurador, como Aca-te, fiel hasta el sepulcro, se manifestaba tranquilo y satisfecho del incidente y la disputa, ya que sabía muy bien que siempre es preciso hacer uso de las leyes para poner de acuerdo a los disputadores. Inmóvil, y con el entrecejo arrugado, seguía con sus pequeños ojos de lince todos los movimientos de Antonia. Sus actitudes indicaban la sospecha; a él le importaban poco las reputaciones, con tal de que le proporcionasen la ocasión de un pleito o de un testimonio, y no tenía ninguna compasión por la juventud ni por la hermosura; jamás daba crédito a las respuestas nega-tivas, en tanto que no le hubieran sido corro-boradas por dos buenos testigos falsos.

En cuanto a don Alfonso, permanecía con los ojos bajos, y es preciso confesar que hacía una fea figura. ¿Qué había conseguido después del escándalo y del ultraje a una mujer joven? Nada, sino las reconvenciones que a sí mismo se hacía, añadidas a las que su mujer le había prodigado con tanta libera-lidad durante una media hora, las cuales habían caído sobre él como el granizo de un día de tempestad sobre los campos. Intentó al principio disculparse, tartamudeando; no se le respondió sino con lágrimas, sollozos y síntomas de desmayo, cuyos preludios son siempre ciertos gemidos, ciertas palpitacio-nes,

ciertas sacudidas nerviosas, determinados suspiros, y, en fin, todo lo que place a la parte querellante... El buen don Alfonso miraba a su mujer y pensaba en la de Job. Intentó hablar, pero la advertida Antonia le cortó la palabra:

—Señor—le dijo—¡salid de aquí y no tratéis de añadir una palabra, o bien mi pobre señora va a perder la vida.

El buen don Alfonso echó a su alrededor una o dos miradas amenazadoras, sin duda para que le vieran cuantos le habían acompañado, y obedeció casi sin saber lo que hacía.

Con él se retiró todo el coro; el procurador fue el último que abandonó la estancia a pasos lentos, y deteniéndose en el umbral de la puerta, hasta que Antonia tuvo que empujar-le hacia fuera.

Apenas hubo corrido el cerrojo, cuando inmediatamente... ¡Oh, vergüenza! ¡Qué des-engaños y dolores ha de proporcionarnos siempre el sexo femenino!... Don Juan, medio ahogado, saltó de repente fuera de la cama.

No pretendo explicar, ni menos describir, dónde había estado escondido, ni de qué manera. Joven, delgado y ágil, ocupaba, sin duda alguna, muy pequeño espacio. Es cierto que pudo morir ahogado, pero si hubiese muerto por una tan hermosa mujer, ¿podría tenérsele lástima? No podemos. Mejor es morir así, por tan dulce ahogo, que no rebosante de malvasía, como el ebrio de Clarencia.

¿Tenía necesidad don Juan de cometer un pecado que el cielo nos veda y por el que las leyes humanas suelen imponer multas? Preciso es convenir, cuando menos, que él empezaba muy temprano, y aquí está la razón más justa para perdonarle, puesto que a los dieciséis años es rara la conciencia que nos reprende con la misma fuerza que a los sesenta, ya que entonces recapacitamos nuestros yerros, y, después de haber hecho la cuenta, encontramos que el diablo reclama con bastante derecho la mayor parte de nuestras acciones. Por mi parte, no parece necesario que haya de ocuparme de cambiar la posición de nuestro héroe, la cual viene a ser idéntica a aquélla, maravillosamente descrita, de la crónica hebrea, que nos relata el modo cómo

determinados médicos, despreciando breba-jes y píldoras, ordenaron al viejo rey David, cuya sangre se hallaba ya algo entorpecida, que se aplicase sobre el estómago, en forma de cataplasma, una hermosa muchacha.

¡Adorable receta, que tuvo un éxito cumplido!

Aunque puede ser muy bien que la misma que sirvió para conservar la vida de David, faltara poco para que hiciese perder la suya, tantos anos después, a nuestro don Juan.

¿Qué podían hacer los tres personajes?

Don Alfonso regresaría al punto, en el instante en que hubiese despedido a su consejo de majaderos, y la situación volvería a ser graví-

sima. Doña Julia suplica a Antonia que busque en su maliciosa imaginación algún ardid que pueda sacar del paso a los dos amantes, pero ella, por más que da palmadas sobre su frente, no encuentra ninguna. ¿Cómo se sos-tendrá el nuevo ataque que va inmediatamente a comenzar? Por si fuera poco, de aquí a algunas horas va a amanecer, y ello aumenta el peligro. Antonia no sabe qué decir.

Doña Julia calla, pero acerca sus labios des-coloridos a las mejillas de don Juan. Entonces, los labios de él van a buscar los de ella, y ésta aparta dulcemente con su mano los bucles de sus cabellos que caían en desorden sobre su frente de alabastro. Ninguno de los dos saben contener enteramente la fuerza alegre de su amor, y casi se olvidan ambos por completo del peligro. La fiel Antonia, en tal trance, pierde la paciencia:

—Vamos, vamos, ¿es ahora el momento de juguetear? Es preciso encerrar al señorito en el gabinete. ¿Es este tiempo de hacerse carantoñas? ¿No sabéis qué todo puede concluir trágicamente? Si vosotros perdéis la vida, yo perderé mi plaza. ¡ Y todo por esa cara de señorita! Si al menos hubiera sido por un hermoso caballero de veinticinco o treinta años; vamos, señor, despáchese usted; pero por un niño... Estoy verdaderamente admira-da del gusto de mi señora... ¡Vamos, caballero, entrad aquí!...

Y don Juan hubo de colarse en el gabinete. La llegada de don Alfonso, que esta vez venía solo, hizo salir a Antonia de la alcoba.

Después de mirar alternativamente a su amo y a su ama, la fiel sirvienta espabiló la vela, hizo una cortesía y partió. Don Alfonso guardó silencio durante un minuto. Inició después unas excusas tímidas, explicando el escándalo de aquella noche.

No trató totalmente de disculparse, pues aunque se había conducido como un caballero mal educado, tenía razones muy poderosas para hacer lo que hizo. Su discurso fue un trozo de retórica, de esos que los catedráticos llaman "consonantes". Por su parte, Julia no hablaba una palabra, sin perjuicio de que su entendimiento la sugiriera a cada frase de él una de esas respuestas que están siempre a flor de labios en boca de las señoras que conocen las debilidades de sus maridos, puesto que cuando un esposo reprende a su mujer por causa de un amante, entonces la mujer riñe a él por tres queridas... En realidad, Julia habría sabido muy bien dónde hallar pruebas suficientes, ya que los amores de don Alfonso y doña Inés eran, más o menos, cosa pública, pero no lo hizo, y es razonable suponer que fue por delicadeza hacia don Juan, que la oía desde el gabinete, y que era muy celoso de la honesta reputación de su madre. En los asuntos delicados, la más pequeña cosa es suficiente para despertar las sospechas. Lo discreto es callar, y elogiaremos siempre ese exquisito tacto de algunas mujeres que saben mantenerse lejos de la verdad de las cuestio-nes enojosas, y que mienten, ¡Dios mío!, con tanta gracia, que no hay nada que las haga tan interesantes como la mentira. Se ponen coloradas, y nosotros las creemos. Es inútil, en todos los casos, iniciar siquiera una vana réplica ante sus embustes, porque ello no sirve sino para dar a su elocuencia la ocasión de mostrarse todavía más abundantemente...

Se muestran fatigadas, suspiran, bajan los ojos entristecidos, dejan caer una o dos lá-

grimas..., y he aquí que quedamos rendidos.

Después..., después..., bien, sí...; después se sienta uno a la mesa y cena tranquilamente.

Don Alfonso concluyó su peroración e imploró de la linda Julia un perdón medio negado y medio concedido. Ella entonces im-puso condiciones, que él se vio precisado a hallar muy duras, especialmente porque le negaban con toda firmeza ciertos pequeños favores que él, tras el arrepentimiento, exigía de la hermosa, en la misma esto se debatía; de pronto, los admirados ojos de don Alfonso advirtieron debajo de la cama un par de zapatos. Poca cosa, realmente, significan

un par de zapatos cuando corresponden al pequeño pie de una señora, pero aquellos zapatos, en verdad, ¡siento una gran pena teniendo que decirlo!, eran los zapatos de un hombre. Verlos y lanzarse sobre ellos, fue para don Alfonso una misma cosa. Los examinó un instante, como si realmente fuesen un objeto extraño, y después, se entregó a un furor espantoso. Y

como una fiera, salió en busca de su espada.

Julia, entonces, corre al gabinete:

—Huíd, Juan, huíd, por amor del cielo!

La puerta está abierta. Conocéis el pasillo.

Tomad la llave del jardín. ¡Adiós, adiós!

¡Huíd! ¡Oigo venir a Alfonso! ¡Daos prisa! Aún no ha empezado el día. La calle estará desierta...

Es verdad que todo ello era un buen consejo, pero lo sensible es que fue seguido por don Juan demasiado tarde. Aunque de un simple salto había corrido hasta la puerta e iniciado la huida, lo cierto es que en el pasillo se encontró a don Alfonso imponente dentro de su bata, se vio amenazado con la muerte, y no pudo elegir. El combate fue terrible, y hubo de desarrollarse en plena oscuridad, porque alguien había apagado la luz a tiempo. Entre los gritos de Julia y Antonia, don Alfonso fue aporreado muy lindamente mientras juraba que se vengaría antes de la ma-

ñana. Juan gritaba en tono más alto; su sangre hervía. Sin perjuicio de ser joven, era ya un poco demonio, y por ello no se sentía dispuesto a morir mártir. Por fortuna, la espada de don Alfonso había caído al suelo de sus manos antes de que él pudiera desenvainarla, y en la oscuridad, los ojos de don Juan no advirtieron el hierro homicida, puesto que, de no ser así, don Alfonso no hubiera vivido mucho tiempo... ¡Oh, esposas criminales, que así ponéis en peligro la vida de vuestros amantes y vuestros maridos, provocando continuamente con ello la venganza que merece una desgracia doble!

Cuando, al fin, llegaron los criados y la luz, todos quedaron

sorprendidos del espectáculo que se presentó ante sus ojos: Antonia sufría un ataque de nervios, doña Julia aparecía desmayada sobre la alfombra, don Alfonso se encontraba derribado en el suelo, cerca de la puerta, casi sin respiración, y los jirones de los vestidos de don Juan, a los que el viejo se había agarrado desesperadamente, se mostraban esparcidos por el suelo.

Don Juan pudo escapar por el jardín, pe-ro, ¿tengo necesidad de decir cómo llegó a salvarse en una desnudez casi completa, a favor de las sombras de la noche, que prote-gen muy a menudo a los malvados? ¿Cómo entró en su casa con tan extraña vestidura?

El escándalo que circuló al día siguiente, los chismes que siguieron al acontecimiento, la petición de divorcio que don Alfonso hubo de formular, todo ello, con perfecto detalle, se publicó en las gacetas inglesas, sin omitir cosa alguna. Y así, si tenéis curiosidad de conocer este asunto y las declaraciones de todos los testigos con sus nombres, las de-fensas de los abogados, las consultas de los jurisconsultos, en favor o en contra de cualquiera de los personajes, podéis satisfacerla porque existen numerosas ediciones impresas todas ellas con pormenores muy variados y picantes. Os recomiendo particularmente la edición de Gusney que hizo expresamente un viaje a España para recoger todos los docu-mentos de este pleito.

La buena doña Inés, madre del mancebo que se vio precisado a recorrer media Sevilla poco menos que desnudo, a fin de distraer los comentarios de un acontecimiento que vino a resultar el más escandaloso en muchos siglos, tras hacer arder por su cuenta muchos quilos de cirios en la capilla de los santos de su devoción, se decidió a enviar a su hijo a Cádiz, para que allí embarcase, siguiendo el consejo de dignísimas señoras de edad, amigas suyas. Deseaban todas ellas que don Juan viajase por tierra y por mar, a través de Europa, a fin de que se olvidase el horroroso incidente, y para que él se corrigiese de sus defectos, haciendo progresos en la práctica de la virtud y fortificándose en los principios de la buena moral, en las escuelas de Francia y de Italia. A lo menos allí es donde suelen ir a estudiar las más sabias disciplinas la mayor parte de los jóvenes descarriados.

En cuanto a doña Julia, tan linda dama fue encerrada en un convento sombrío. Entró en él, como es natural, con mucha pena, y la carta siguiente servirá para que el lector conozca mejor, que a través de mis palabras, sus sentimientos más secretos. La dirigió a don Juan:

"Me han dicho que partís, y no puedo negar que haciéndolo así obráis prudentemente. Ello no deja de ser penoso para mí, sin embargo. En adelante, no ostento ningún derecho sobre vuestro corazón, y el mío es solamente la víctima. He amado demasiado.

He aquí el único artificio de que he hecho uso. Os escribo a toda prisa. Si alguna mancha ensucia este papel, no es, don Juan; lo que parece. Mis ojos están llenos de fuego y no brota de ellos lágrima alguna."

"Yo amaba. Amo todavía; he sacrificado a este amor mi rango, mi dicha, el favor del cielo, el aprecio del mundo, mi mismo aprecio... Sin embargo, no siento la pérdida de todo ello, ya que es tan dulce para mí la memoria del sueño de mi corazón... Si os hablo aquí de mis faltas, don Juan, no es, de ningún modo, para alabarme de ellas, puesto que nadie puede juzgarme tan severamente como yo misma lo hago. Os escribo tan sólo porque el reposo huye de mí. Pero no tengo nada que reprenderos, ni nada que pediros.

El amor es un episodio en la vida del hombre, y, sin embargo, es toda la existencia de la mujer. Las dignidades de la Corte y de la Iglesia, los laureles de la guerra o de la gloria, los dones todos de la fortuna son el patrimonio del hombre, y le ofrecen el bello y fuerte licor con que llenar el vaso vacío de su corazón, y así, son muy pocos los hombres que no se dejan seducir por todo ello. En cambio, nuestro sexo sólo tiene un néctar dulcísimo con que colmar su copa; amar..., amar siempre y perderse."

"Vos, don Juan, seguiréis la carrera de los honores y de los placeres, seréis amado y amaréis muchas nuevas hermosuras; para mí todo ha concluido en la tierra, excepto la triste andadura de unos años, durante los cuales voy a esconder en el fondo de mi corazón mis dolores y mi vergüenza. Podré soportarlo to-do, pero no puedo desterrar la fatal pasión cuyo fuego me consume como antes...

¡Adiós, pues! Perdóname. Ámame..., aunque esta palabra es ya inútil ahora... Pero, amado mío, no puedo borrarla"...

"Mi corazón ha sido todo debilidad. Todavía lo es, aunque deseo reunir dentro de él y contra ella todas las fuerzas de mi alma.

Siento circular mi sangre briosamente, y ello hace renacer mi valor; del modo mismo como corren las ondas pacíficas cuando los vientos quedan en calma. Mi corazón es el de una mujer tímida, que no puede olvidar, sin embargo. Es ciego para todo, excepto para una sola imagen. Lo mismo que la aguja que se vuelve siempre señalando el Polo, mi corazón, prendado, está fijo en una idea querida... No tengo más que decir, y, sin embargo, no puedo dejar la pluma; no me atrevo a estampar sobre el papel la inicial de mi firma... ¿Qué tengo que temer, ni qué esperar?... Y, sin embargo, no puedo terminar. Mi desgracia no puede aumentarse. Moriré; pero temo que la muerte rehuye a los desgraciados que corren tras ella. ¡Si las penas acaba-sen nuestra vida!... Estoy condenada a sobrevivir a esta despedida y a soportar la vida para amaros y rogar por vos."

Esta carta se escribió sobre papel dorado, con una pequeña y linda pluma nueva. La blanquísima mano de Julia apenas podía acercarse a la llama de su bujía para ablan-dar el lacre que había de cerrarla, y nuestra tierna amiga se mostraba trémula como una aguja que se aproxima a la piedra imán. Sin embargo, no dejó caer una sola lágrima, y pudo al fin lacrarla y grabar sobre el lacre su sello. Un sello que tenía un girasol en el centro, sobre una cornerina blanca, y en el que se leía este lema: "Os sigo a todas partes"...

El lacre era muy fino y del más hermoso bermellón. Esta que he transcrito fue la primera travesura de don Juan. Si me concedéis vuestro favor, que es como la hermosa pluma que el autor pone en su sombrero, continuaré la relación de sus aventuras. Es una epopeya lo que compongo. La dividiré en doce libros.

Cada uno de ellos comprenderá incontables poemas de amor y de guerra: viajaremos por mar; poseeremos una inmensa lista de naví-

os, de sus capitanes y de los monarcas que los llaman suyos. Emplearé una nuevo mitología, una ficción de original estilo, y situacio-nes y escenas extraordinarias. Acudiré a la historia, a la tradición y a los hechos; a los diarios, cuya veracidad es conocida, a las comedias en cinco actos y a las óperas en tres. Debo advertir, para total confianza del que lee, que yo mismo y varios testigos todavía existentes en Sevilla hemos presenciado con nuestros propios ojos el último rapto de don Juan, verificado por el diablo...

Si alguien tuviese el atrevimiento de decir que esta historia no es moral, le pido respetuosamente que no lance la queja antes de sentirse

herido. Que me lea una segunda vez y que pruebe a decir todavía que mi poema es inmoral, porque es alegre. ¿Quién cometerá tal impertinencia? Además, yo haré ver en mi libro duodécimo, al final, el lugar horrible al que van a parar siempre todos los malvados.

Espero, pues, en calma vuestro aplauso, por más que la gloria no sirva para nada distinto al magno empeño de llenar cuartillas y cuartillas de papel, a fin de definirla inciertamente. Algunos la comparan a una alta colina, cuya cumbre se oculta entre las nubes.

¿Por qué escriben los hombres, por qué hablan y por qué predican? ¿Por qué los héroes degüellan a sus semejantes? ¿Por qué los poetas consumen febrilmente en su trabajo el noble aceite de sus lamparas? Para obtener, cuando ellos mismos sean ya polvo, un mal retrato, un busto todavía peor y un pequeño nombre... Un rey del antiguo Egipto, llamado Keops, hizo elevar la primera y mayor de las pirámides, creyendo que bastaba un monumento semejante para conservar entera su momia y su memoria. Y un día, un viajero, excavando el interior de ella, se en-tretuvo en romper la caja que guardaba el cadáver del monarca. Por consiguiente, ¿qué monumento podrá conservarnos cuando no queda ni la huella de las pobres cenizas de Keops? Por eso yo, apasionado de la verdadera filosofía, me digo muy a menudo:

"Todo cuanto ha sido creado, debe acabar. El hombre al que la muerte siega con su guadaña, exactamente lo mismo que la hierba de los prados. He pasado mi juventud bastante agradablemente, y si pudiese volver a empezar..., haría lo mismo. Doy, pues, gracias a mi estrella, que no me hizo ser más desgraciado; leo la Biblia, y tengo buen cuidado de mi bolsillo."

***

Y ahora, amable lector, quiero, con tu permiso, estrechar cordialmente tu mano, llamarme tu más humilde servidor, y darte después los buenos días. Volveremos a ver-nos si nos entendemos... y tú quieres. En el caso contrario, no cansaré más tiempo tu paciencia. ¡Qué dichosos seríamos si todos los autores siguiesen este ejemplo! ¡Oh, vosotros que educáis a la juventud de las naciones, pedagogos de la Holanda, la Francia, la Inglaterra, la Alemania o la España, sed duros con ella! ¿Acaso las ternuras de una madre y el mejor de los sistemas

educativos han podido servir de algo a don Juan, al cual hemos visto olvidar de repente la modestia y la inocencia de los pocos años? Si le hubieran puesto en un colegio, ocupando su imaginación en cierta clase de meditaciones las obli-gaciones diarias hubieran impedido que se descarriase. ¡Si a lo menos hubiera vivido en un país del Norte! Pero el ardiente clima es-pañol nos ofreció el triste espectáculo de un bello joven de dieciséis años, entregado a la nada edificante tarea de organizar un divorcio, lo cual fue cosa tan terrible para los dó-

mines... Mas, si observamos bien, cabe hallar justificación al mozo. ¿A quién estaba entregado? A una madre enamorada de las matemáticas, y... diremos más, a un preceptor que era, al fin y al cabo, un simple asno, a una señora joven (muy bonita, y sin esta circunstancia hubiera sido muy difícil un acontecimiento semejante) y, en fin, a un marido de más de cincuenta años... En último caso, ¿por qué hemos de aumentar la verdadera importancia de los actos humanos? Preciso es que la bola del Mundo gire incesantemente sobre su eje, y que todo el género humano dé con ella constantes volteretas. Es necesario vivir y morir, hacer el amor, pagar nuestras con-tribuciones y dirigir nuestras velas según el capricho del viento. Los reyes nos gobiernan, los médicos nos asisten con su charlatanería, los sacerdotes nos adoctrinan y nuestra pobre vida se pasa poco a poco. He aquí un soplo, una huella de amor, una gota de vino, una leve sombra de ambición, un ensueño de gloria, de combate, de devoción y, en fin, de polvo...

Don Juan fue enviado a Cádiz, ciudad, hermosa, que el que ve una vez no olvida nunca. Puerto y mercado de todo el comercio de las colonias de Ultramar, Cádiz cruje y ríe, llena de vida. Hay allí unas muchachas tan dulces, quiero decir, unas señoras tan amables y graciosas, que sólo el aire que las en-vuelve hace palpitar el corazón más viejo. ¿A qué compararlas? No he visto cosa alguna en la tierra que se las parezca. Un caballo árabe, un ciervo ágil, un pájaro imposible, un leopardo ondulante, una tierna gacela... todo ello unido, es inferior a ellas. Y su vestido, su mantilla, su corpiño, su falda, sus suaves pies diminutos, sus lindos tobillos, guardados en la seda de las medias... ¡Ay! Sería preciso un libro entero para poder haceros la pintura de tan bellas Evas. ¡Qué admirable cuadro presentan estas vírgenes de España, cuando separan un momento su mantilla con mano delicada y lanzan una mirada que hace perder el color al rostro e inflama el corazón!

Mas don Juan no llegó a Cádiz, sino para embarcar. Los proyectos de su madre no eran otros que éstos. Era preciso que don Juan

emprendiese un largo viaje por mar, que de-bía durar cuatro largos años. Y así a poco de llegar, don Juan embarcó, y ahora le vemos sobre la cubierta contemplando la tierra que se aleja, haciendo quizá su última despedida a España.

El navío en que viajaba nuestro héroe hacía vela para el puerto de Leghorn, lugar en el que la familia española de Moncada se había establecido mucho tiempo antes de haber nacido el padre de don Juan. Esta familia estaba unida a la suya por muchos lazos de parentesco, y Juan llevaba una carta de recomendación para ella. Su séquito se componía de tres criados y de un preceptor, el licenciado Pedrillo. Este sabio pedagogo hablaba varias lenguas, pero en aquel momento el mareo le atormentaba de tal manera, que no hablaba ninguna. Había perdido la palabra, y tendido sobre una hamaca, se do-lía de haber abandonado la tierra firme.

Los hechos vinieron al fin a confirmar sus lamentaciones. A la una de la madrugada una tempestad envolvió el barco, y el navío, empujado violentamente por las olas y el viento, comenzó a dar horrorosos tumbos sobre el agua, y como era viejo, se le abrió una ancha brecha en un costado. Los marineros hubieron de echar mano de las bombas para achicar el agua que invadía las bodegas.

Fue una noche espantosa de trabajo y peligro. Al rayar el día pareció que la tempestad amainaba, cuando de pronto el buque se volvió de repente sobre la proa y quedó inmóvil en esa posición. El agua de las bodegas cayó impetuosamente sobre los puentes, arran-cando los masteleros, y el palo de mesana y el mayor cayeron al agua. A fin de conseguir que el barco recobrase el equilibrio, fue cor-tado el mastelero del bauprés, pero el buque no pareció volver a su posición verdadera.

No es agradable para nadie encontrarse en presencia de la muerte, y así, tanto los marineros como el pasaje, se dedicaron a desvanecer sus temores, unos bebiendo y otros rezando a gritos y pidiendo al cielo benevolencia. El viento no cesaba de silbar, y las olas, embravecidas, mezclaban su trágica y ronca armonía a las tristes súplicas de los que rezaban. El miedo puso término repentino a las angustias de los que se sentían mar-cados, y los gemidos, las blasfemias, las piadosas exclamaciones, resonaban en medio del Océano. Acaso el único que supo manifestar una presencia de espíritu, superior a su edad, fue

nuestro héroe. Armado de un par de pistolas, corrió decidido a ponerse delante de la puerta del cuarto en el que se guardaban las bebidas, consiguiendo con ello que toda la marinería conservase, en cierto modo, la calma... ¡Conforme avanzaba el día, parecía calmarse la tormenta. Es cierto que el barco se hallaba sin arboladura; que la entrada del agua en la sentina aumentaba gra-dualmente; que bajos peligrosos roncaban la embarcación, y que ninguna costa se descubría próxima. Pero, al fin y al cabo, el buque aún se sostenía sobre las aguas. Durante unos momentos, la esperanza renació entre los desdichados viajeros, pero la verdad es que el navío flotaba a la deriva, sin que fuera posible gobernarlo.

Luchando con los elementos y la desesperación, los pobres mortales que ocupaban la destrozada nave vivieron tremendos días y horrorosas noches entre la tormenta, hasta que el viejo carpintero del buque, que había viajado mucho y que supo mantener la sere-nidad hasta el postrer instante, hubo de venir a decir al capitán que todo estaba perdido. El desorden fue entonces completo entre los tripulantes; no existía distinción alguna de grados ni de rangos; los unos redoblaban sus ruegos y lamentaciones, prometiendo cirios a los santos de sus devociones; los otros, si-tuados en la proa del navío, avizoraban angustiosamente el horizonte; los de más allá izaban las chalupas; éstos y aquéllos, abandonados a la desesperación, aparecían tendidos y como sin sentido sobre la cubierta. Algunos habían enloquecido, se mecían en las hamacas sonrientes, los otros se ponían sus mejores vestidos, como si se tratara de acu-dir a una fiesta. Aquél maldecía el día que vino al mundo, rechinaba los dientes y se arrancaba los cabellos, dando tremendos au-llidos; aquel otro se reunía con los que se ocupaban de preparar las chalupas, convencidos de que una lancha bien gobernada es capaz de resistir los embates de una mar tormentosa. Pero lo que era acaso peor en tan triste situación es que los víveres se habían concluido y que el mal tiempo había estropeado los únicos que quedaban. Dos toneles de bizcochos y un barril de manteca eran todo lo que todavía restaba para satisfacer las necesidades de todos. El agua se había concluido. Por fin, tras larga busca y trabajos inmensos, todo cuanto pudieron llevar a la lancha se redujo a algunas libras de pan enmohecido, mojado por el agua del mar, dos azumbres de agua potable, seis botellas de vino, un cuarterón de vaca salada y un mal jamón que no podía durarles mucho tiempo, así como tres litros de ron, milagro-samente salvados de la voracidad de los marineros.

Al comenzar la noche del duodécimo día de naufragio, el navío se

inclinó y se sumergió en las aguas rápidamente. Entonces se elevó hasta los cielos el terrible grito humano del último adiós. Voces tímidas hicieron oír sus quejas lastimosas, mientras los más valerosos guardaban un triste silencio. Muchos se precipitaron en las aguas, profiriendo espantosos gritos. El mar se abrió, como una infernal caverna, y el navío arrastró con él una ola devoradora, del mismo modo que si su misma fuerza y vitalidad hallaran alegría en aquella tragedia... Casi todos los viajeros perecieron, salvándose tan sólo unos pocos de ellos, a los que la energía, la habilidad o la suerte concedieron un lugar en el bote o en la lancha. Cuando todo hubo terminado y el barco reposaba en el fondo del mar, los supervivientes hicieron un recuento. Nueve personas ocupaban el bote y treinta la lancha.

Juan había sabido colocarse en ésta, y hasta consiguió llevar consigo al licenciado Pedrillo.

Parecía que uno y otro hubieran cambiado sus papeles en la vida puesto que Juan tenía aquel aire de autoridad que da el valor y la decisión, en tanto que los ojos del pobre licenciado se hallaban anegados por las lágrimas que produce el miedo. Los criados de don Juan habían perdido la vida, sin duda por hallarse a la hora de peligro más repletos de ron de lo que era conveniente, pero a nuestro héroe le quedaba, sin duda, el consuelo inocente de haber podido salvar de la muerte a su viejo perrillo faldero. Este animalucho, que había pertenecido a don José y que don Juan amaba profundamente, fue lanzado por él sobre la lancha antes de que el navío se su-mergiera.

Don Juan había llenado sus faltriqueras y las de Pedrillo con todo el dinero que pudo caber en ellas y, convencido de que al fin acabarían salvándose del naufragio, se sentía satisfecho de su previsión y relativamente feliz de haber podido salvar a su preceptor y a su perro.

***

La noche era espantosa y la situación de los náufragos realmente desesperada. Entre las olas embravecidas, al poco tiempo, desapareció el pequeño bote, y con él se hundie-ron los nueve hombres que lo ocupaban. La lancha siguió flotando todavía. Salió el sol entre nubes rojizas, y entonces fueron distri-buidos unos tragos de ron y de vino entre los desdichados supervivientes. Todos estaban reducidos a una escasísima ración de pan mohoso y, entre la tormenta, sus pobres cuerpos no tenían para cubrirse otra cosa que unos miserables

andrajos calados de agua.

Eran treinta, y todos ellos, amontonados en el corto espacio de una lancha que apenas les permitía realizar el menor movimiento. Ensayaron cuanto les fue posible para aliviar y hacer más cómoda su posición, y así la mitad de ellos se tendieron en los bancos, mientras la otra mitad se mantenía en pie y se repartía el trabajo de la guardia. De esta manera, temblando de fiebre, de frío y de terror, haci-nados en su barquichuela, sin otro abrigo que la capa del cielo y las rabiosas olas del mar, permanecían los pobres náufragos.

Es constante realidad humana la de que el deseo de vivir alarga la vida, y tengo a cientos experiencias que citar sobre ello. Hay enfermos que saben que no pueden escapar a la muerte y que se sostienen tiempo y tiempo, sin embargo, sólo con la ilusión de vivir, con tal que su buena esposa no venga a ma-tarlos manifestándoles su dolor, ya que es más fácil lisonjearse de una dichosa cura, aunque imposible, deseada, que no dedicarse a imaginar que se tiene delante la horrorosa guadaña que acaba con nosotros. Se pretende también que una renta vitalicia, puesta sobre la cabeza de un viejo, es para él la mejor garantía de una vida larga... Lo mismo sucedía a nuestros náufragos que se hallaban abandonados en la débil lancha sobre la inmensa y tormentosa mar; vivían con el amor de la vida y eran capaces de soportar más desgracias de las que puedan creerse. Tan duros como rocas, resistían todos los embates. Pero... el hombre es un animal carnívoro y es necesario que coma, a lo menos una vez al día, puesto que no puede vivir del aire. Así pensaban nuestros pobres náufragos.

***

Al tercer día sobrevino una dulce calma sobre el mar, lo que renovó sus fuerzas y derramó un bálsamo reparador sobre sus miembros fatigados. Pudieron disfrutar de algunas horas de sueño, pero cuando desper-taron, se sintieron invadidos de un exceso de voracidad, y luego de economizar sus víveres prudentemente, devoraron muy pronto todo lo que les restaba. Así, cuando amaneció el cuarto día, en medio de una admirable calma; cuando amaneció el quinto, sobre la misma paz de los elementos; cuando llegó el sexto..., don Juan hubo de ceder y su amado perrillo faldero fue sacrificado. Al séptimo día, la piel del animal constituyó el último recurso.

Al llegar el día octavo, ¡preciso es que quien me lea comprenda la terrible situación de aquellos hombres! Al llegar el día octavo se dejó oír un murmullo espantoso, voz siniestra de la desesperación, en el que cada uno reconocía sus propias palabras en las palabras de su camarada. Tales palabras hablaban de carne y sangre humanas, y se preguntaban quién de entre ellos serviría para mantener a los demás. Más como ninguno estaba dispuesto a sacrificarse fue preciso recurrir a la suerte. Se escribieron los nombres de todos en unos pequeños trozos de papel y mi pobre musa se estremece al tener que confesar que por falta de material fue preciso hacer pedazos la carta que la hermosa doña Julia había escrito a don Juan bajo los dulces cielos de Sevilla... La triste suerte designó como víctima al preceptor de Juan.

El infeliz licenciado Pedrillo, luego de ge-mir lastimosamente, suplicó como gracia que le sangrasen. El cirujano del navío poseía sus instrumentos, y abrió las venas del desgraciado preceptor, el cual expiró de modo tan tranquilo y dulce, que apenas podía conocer-se que ya no vivía. Murió noblemente, como había vivido; tal es, al fin y al cabo, lo que hace generalmente la mayor parte de los hombres. Besó con devoción un pequeño cru-cifijo, estrechó la mano de don Juan y después entregó, con verdadera gracia, su garganta y su muñeca a la lanceta del médico.

Este fue menos digno, puesto que reclamó por su trabajo el mejor trozo del cadáver; pero, instado por una sed ardiente, prefirió saciarse con la sangre aun caliente que brotaba de las venas del pobre licenciado. Todos, después, consumieron con furiosa rabia el cuerpo del pobre hombre, exceptuando a don Juan, que, habiéndose negado el día antes a alimentarse con la carne de su perro, pensó aun menos en su hambre en tan terribles circunstancias. ¿Cómo hubiera podido, fuese cual fuese la necesidad en que se hallara, clavar sus dientes sacrílegos en el cadáver de un honrado maestro que había sido en vida su capellán y su amigo?

La carne del licenciado Pedrillo parece ser que no se hallaba en buenas condiciones, puesto que la mayoría de los que se dieron un banquete con ella experimentaron pocas horas después terribles accesos de fiebre, y muchos de ellos murieron entregados a la desesperación, rechinando los dientes, aullando y en medio de los accesos de una risa feroz. El número de los náufragos quedó muy reducido por este castigo del cielo; entre los que sobrevivieron, unos perdieron de repente la memoria, otros enflaquecieron de modo increíble, otros sufrieron violentos ataques de locura. Pero también los

hubo capaces de unirse para organizar un segundo asesinato, no encontrándose suficientemente advertidos por el espectáculo espantoso de la agonía de sus camaradas. Los tales pusieron sus miradas en el contramaestre, como él más gordo de todos los que supervivían; mas aparte de su firme y propia repugnancia a sufrir un destino semejante, contribuyeron a salvar a este honrado navegante ciertas razones particulares, pues fue recordado que había estado recientemente enfermo de fiebres malignas, y, aún más, que poseía un gracioso regalo, al que en verdad debía la vida, que le habían hecho en secreto ciertas damas de Cádiz, quién sabe si por suscripción general, poco tiempo antes de su partida.

Aún existían algunos restos del pobre licenciado Pedrillo, que se consumieron con economía. Si alguno sentía miedo e imponía silencio a su apetito, otros, aunque poco a poco y de tiempo en tiempo, consumían pequeños pedazos de aquella carne; tan sólo Juan se abstuvo siempre de probarla y enga-

ñaba su hambre masticando un pedazo de suela que había conservado... Si la suerte de Pedrillo causa horror, preciso es recordar al noble conde Ugolín, que devoraba las cabezas de sus enemigos después de referir su historia muy gentilmente... La suerte, al fin, favoreció, aunque muy avaramente, a los náufragos. Pudieron pescar algunos raros peces, con los que se alimentaron algunos días, y, para mayor alegría y esperanza, una mañana hallaron dormida sobre un trozo de madera una especie de tortolilla de blanca pluma y pico de gavilán, a la que pudieron acercarse poco a poco y con infinitas precauciones, hasta cazarla. La tortolilla satisfizo su hambre un día más, pero, sobre todo, les dio nuevo calor y nueva esperanza, puesto que el hecho de su presencia en el mar indicaba, indudable-mente, la proximidad de la tierra.

Fue al amanecer del día siguiente cuando hallaron sus ojos, en la lejanía, el perfil de unas costas, que se hacían más fáciles dé distinguir a medida que se iban acercando.

¡Vedlos a todos sobre la cubierta de su débil lancha, perdidos en conjeturas, sonrientes, ansiosos, ignorando en qué lugar del globo se encontraban! Los unos decían que las costas pertenecían a la isla de Gandía, los otros hablaban de Chipre o de Rodas, uno afirmaba que se trataba del Monte Etna... La corriente los empujaba siempre hacia la costa consola-dora. La lancha, semejante a la barca de Ca-rón para cualquiera que hubiera podido contemplar los descarnados y pálidos

espectros que transportaba, estaba ya sólo ocupada por cuatro hombres, y de tal modo la sed, el hambre, la fatiga, la desesperación los había extenuado y desfigurado, que una madre no hubiera podido distinguir a su propio hijo entre aquellos cuatro esqueletos vivientes...

Conforme se acercaban hallaban más salvaje y aparentemente inhabitada aquella tierra; pero tenían tal ansia de ella que continuaron durante el día abandonándose a la corriente.

Al anochecer llegaron ante unos duros rom-pientes de rocas oscuras, con las que chocó violentamente la lancha. Don Juan, hábil na-dador desde su infancia, hubo de recurrir a todas sus energías para llegar a la playa antes de que la noche cerrase por completo, y con horrible amargura presenció cómo un tiburón que les seguía terminó con la vida de uno de sus compañeros; los otros dos se ahogaron faltos de fuerzas. Y así don Juan fue el único que consiguió llegar a la plaza.

Quedó tendido a la entrada de una gruta abierta en las rocas, exhausto e infinitamente triste, pues conservaba bastante vida aún para comprender sus males y darse cuenta de que quizá sería en vano haber podido escapar del naufragio... Ensayó a alzarse en pie, por medio de un largo y penoso esfuerzo, pero llegó a doblarse sobre sus rodillas ensangrentadas y sus destrozadas manos; sus ojos se turbaron, un vértigo se apoderó de su cerebro, y cayó sobre la arena cuan largo era. Parecido a una marchita flor de lis, su joven cuerpo, destrozado y pálido, conservaba aún emocionantes huellas de su hermosura y de la armoniosa y agradable línea de sus formas.

***

Juan no podrá nunca saber cuánto tiempo duró su desmayo. Cuando abrió los ojos y, poco a poco, fue tornando a sentirse vivo, su vista, atravesando densas y movibles nubes que la oscurecían, contempló junto a él la hermosa figura de una joven desconocida.

Aquella joven se hallaba inclinada sobre él, y parecía como si su jugosa y encendida boca quisiera averiguar, juntándose con la suya, si don Juan respiraba todavía. El calor suave de una de las manos de ella acabó de probar a nuestro héroe que aún estaba vivo. La hermosa joven humedecía sus sienes y las frota-ba suavemente para provocar la circulación de la sangre en sus venas, cuando un débil suspiro de don Juan la hizo conocer, al fin, el buen resultado de sus cuidados y de su tierna solicitud.

Auxiliado por otra joven, aunque menos hermosa que ella y de facciones no tan delicadas, la primera transportó a don Juan al interior de la gruta y encendió fuego. Cuando las llamas extendieron una brillante claridad bajo las bóvedas desconocidas por los rayos del sol, la primera de aquellas muchachas se manifestó en todo el noble y hermoso resplandor de su belleza. Su estatura era más bien alta para una mujer, y en su fisonomía y actitudes se advertía un cierto aire de autoridad incomparable. Su frente estaba adornada con alhajas de oro que brillaban sobre el ébano de su cabellera, la cual descendía en suaves bucles casi hasta sus pies. Sus ojos, todavía más negros que sus cabellos, parecí-

an ocultarse tras la sombra de largas y hermosísimas pestañas. He aquí los ojos que causan las heridas más profundas; las miradas repentinas que dejan escapar atraviesan nuestro corazón más fácilmente que una fle-cha arrojada por una diestra mano. Del mismo modo, una serpiente extiende de repente sus largos anillos, escondida bajo la hierba, y nos hace sentir a un mismo tiempo su fuerza y su veneno. La frente de la joven tenía la blancura de la nieve, y los colores de sus mejillas recordaban esas luces de la tarde que el sol, al desaparecer en horizonte, tiñe de un dulce tono rosa. Sus labios de coral... ¡labios hechiceros que nos costáis tantos suspiros...!

hubieran podido servir de modelo entre todos los labios de mujer de la tierra... Tal era la

"señora de la gruta". Sus vestidos estaban hechos de un finísimo tejido y el oro y las piedras preciosas brillaban con profusión en sus manos, entre los encajes, en su cintura.

Sus piernas se lucían desnudas y sus peque-

ños pies, blancos como la nieve, se hallaban encerrados en unos zapatos de linda piel sal-picada de diamantes...

Tan hermosa joven no era una princesa disfrazada, sino la hija única de un viejo que habitaba la isla. Este hombre había sido pes-cador en su juventud, pero al presente otras atenciones le atraían a recorrer los mares: especulaciones ciertamente menos honrosas que la pesca. El contrabando y la piratería le habían hecho propietario de un millón de duros, bastante mal adquiridos por cierto. Y la hermosísima muchacha era por ello la más rica heredera de todas las islas. Tales islas eran las

Cicladas, en una de las cuales se hallaba ahora nuestro héroe. En ella había construido el padre de la hermosa Haida una suntuosa casa y en ella vivía en una dichosa comodidad. ¡Dios sabe el oro que habría robado y la sangre que habría derramado! Era griego de origen, de bastante edad, y poseía un carácter triste y fuerte. Su rica casa era un edificio espacioso y claro, lleno de escultu-ras, de cuadros y de dorados, al gusto oriental.

Haida era tan hermosa que toda su dote carecía de valor en comparación con su sonrisa. Se criaba en su casa como una hermosa planta en su jardín; a los dieciseis años ya se había negado a varios amantes, mostrando de esta manera la firme voluntad de su alma hacia el verdadero amor. Paseando por la playa a la puesta del sol, había encontrado a don Juan sobre la arena, sin movimiento y casi muerto de hambre y fatiga. Compadecida de su estado y su belleza, se decidió a salvar-le; pero, para evitar que el alma codiciosa de su padre quisiera comerciar con el náufrago curándole las heridas y vendiéndole después como esclavo, concibió la idea de depositar por el momento a don Juan en el interior de la gruta. El bien produce placer siempre al que lo ejecuta, y Haida hubo de alegrarse mucho de su decisión de salvar al extranjero desconocido cuando éste abrió los ojos al volver a la vida. Esos ojos negros aumentaron de tal modo su compasión que, si la cosa la fuera hacedera, habría abierto a don Juan las puertas del paraíso.

Haida, ayudada por su fiel sirviente Zoé, colocó a don Juan sobre una cama de pieles y lo cubrió con su propio capote bordado, ro-gándole que descansara tranquilamente y prometiéndole visitarle al rayar el día próxi-mo para llevarle alimentos.

Cuando llegó la mañana, Haida, que había pasado muy intranquila la noche, bajó a la gruta: el sol recién nacido la envolvía con sus rosados fuegos y la amable aurora, te-niéndola por una hermana suya, derramaba su dulce rocío sobre sus hermosos labios.

Entró en la gruta, tímida y apresurada a un mismo tiempo; vio que Juan dormía pacíficamente, como un niño; se detuvo absorta de admiración ante él, y, luego, se adelantó de puntillas y cubrió cuidadosamente su cuerpo, temiendoque el aire frío del amanecer helase sus adormecidos miembros. Silenciosa e in-móvil se inclinó sobre su rostro y lo contempló lentamente aspirando el suave aliento que se escapaba de sus labios.

Al fin, tras largo rato de contemplación y espera, don Juan abrió sus grandes ojos sorprendidos, hallando frente a él el hermoso rostro de Haida. Entonces se incorporó sobre uno de sus brazos y miró lentamente a la bella joven, sobre cuyas mejillas se disputa-ban la preferencia el carmín de la rosa y la limpia palidez del lirio. Haida, en ese momento, habló a don Juan, y sus palabras no fueron más elocuentes que el fuego de sus ojos.

Le explicó en griego las peripecias de su sal-vación y le rogó cariñosamente que tomara algún alimento.

Don Juan no pudo comprender una sola palabra de su discurso, pero la voz de Haida parecía el gorjeo de un pájaro, tan tierno, delicado y sencillo, que él nunca había escu-chado una música tan dulce y patética. Contemplaba a la joven como aquél que ha soña-do el lejano sonido de un órgano y que duda al despertar si todavía sueña... Salió por fin de su éxtasis, gracias a su apetito. Los amables olores del almuerzo preparado por Zoé obraron seguramente sobre sus sentidos, así como la vista de la llama ante la que guisaba la sirviente... Después de comer, don Juan arrojó al fuego sus ropas destrozadas y se vistió un traje completo de griego que las dos jóvenes habían llevado a la gruta. Haida se puso entonces a parlotear. Juan no comprendía una palabra, pero escuchaba atentamen-te. Cuando Haida comprendió que don Juan no la entendía, recurrió a los gestos, a las señas, a las sonrisas, leyendo en el rostro de él la respuesta que deseaba... Y en verdad que es delicioso aprender una lengua extraña a través de los ojos y los labios de una mujer hermosa. Entendámonos: en verdad que lo es cuando maestra y discípulo son jóvenes y bellos. Una linda mujer os sonríe tan tiernamente cuando decís una palabra bien dicha, o cuando la decís mal, que nada es comparable a sus lecciones. A ellas sigue un dulce apretón de manos, y quizá hasta un casto beso, algunas veces... Lo poco que yo sé de algunas lenguas extranjeras se lo debo a ese mé-

todo... Ved a don Juan adelantar en el conocimiento del griego y ved cómo, al mismo tiempo, conoce que se halla invadido por un sentimiento tan universal como el sol y tan imposible de esconder en la intimidad secreta del corazón como la misma alegría... Se sintió enamorado de Haida... Confesad que a vosotros os hubiera ocurrido exactamente igual...

El amor le entró a Juan como le entra a todo el mundo.

Todos los días, al rayar la aurora, lo cual parecía excesivamente madrugador para Juan, que gustaba de dormir hasta avanzada la mañana, Haida iba a la gruta, pero era solamente por contemplar el sueño de su amigo. Levantaba los bucles de sus cabellos con una mano tan cuidadosa que no le despertaba, y su cabeza permanecía silenciosamente inclinada sobre las mejillas de Juan, semejante a un céfiro que se detiene sobre un lecho de rosas.

Cada día, el rostro de don Juan demostraba más claramente el restablecimiento de su salud, primera necesidad del hombre y esencia misma del verdadero amor. La salud y la ociosidad son para la pasión lo que el aceite y la pólvora para el fuego, y por ellas, así como por Ceres y Baco, el amor vive. Venus dejaría muy pronto de parecer bella y terrible sin todos esos elementos. Pero, en tanto las cosas sean como son en este pícaro mundo, mientras la tal Venus ocupa nuestro corazón, Ceres nos ofrece una excelente so-pa, puesto que un amante de carne y hueso tiene necesidad de reponerse, y Baco derrama los chorros de su divino néctar sobre nuestra mesa. Una buena jalea de huevos y una copiosa ración de ostras son cosas muy favorables a los que se ocupan en los dulces juegos de Citera. Pan y Neptuno son, allá arriba, los proveedores de los dioses.

Cuando Juan se despertaba hallaba siempre prontos muy buenos manjares. Tomaba un baño, se desayunaba, y admiraba los hermosos ojos que habían hecho nacer el amor en su corazón. Haida era tan inocente, y ambos tan jóvenes, que el baño no tenía para ninguno de los dos reparo alguno que le privase de gracia. Juan era, a los ojos de la joven griega, aquel ser que sus deseos esperaban hacía ya algún tiempo, y que se le había aparecido en sueños. Un mortal que ella había de hacer dichoso, destinado a su amor y a crear con ella la mutua felicidad de ambos... Aquel que quiera conocer los verdaderos placeres es necesario que tome parte decidida en ellos, y así, la dicha debería estar representada por dos gemelos... ¡Era tan dulce para Haida la sola contemplación de Juan!

Se doblaba, y aun se multiplicaba el encanto de la existencia, la contemplación de la naturaleza, cuando se sentía temblar bajo su mirada, o cuando contemplaba su sueño... Vivir para siempre con él le parecía a ella una felicidad tan perfecta, que casi no se atrevía a esperarla, y la idea de una separación la hacía temblar... Juan era su tesoro, salvado del Océano y arrojado a la playa como el rico despojo

de un naufragio... Era su primero y último amor.

***

Un mes transcurrió de esta manera. La hermosa Haida visitaba todos los días a su amigo, tomando precauciones tan severas para ello, que éste permaneció ignorado de todos en su gruta de las rocas. Como el padre de Haida se hallaba viajando, la hermosa joven podía disponer de su libertad enteramente... Yo la comparo a las señoras casadas de nuestros cristianos países conocidos que, co-mo se sabe, no están vigiladas jamás... Haida aprovechó su libertad, como es natural, para prolongar sus visitas y sus conversaciones con don Juan. Pasaban juntos horas enteras y solían dar largos paseos al anochecer, en ese inexpresable instante de absoluta belleza en que la isla se sumergía en dos aureolas de luz diferentes: la del sol, que se hundía en el mar por Poniente, y la de la luna, que se elevaba del lado contrario sobre las aguas.

Junto a Haida, don Juan se sentía feliz.

Contemplaban ambos la espuma que las olas abandonaban sobre la arena al retirarse. Una espuma semejante a la que corona una copa de champaña llena hasta los bordes...

¡Lluvia benéfica que reanimas nuestros sentidos, pocas cosas son superiores a ti, vino maravilloso! Que se predique todo lo que se quiera, puesto que se predica inútilmente.

Honremos a Baco, al amor y a la alegría, y mañana iremos al sermón y a la casa del se-

ñor boticario. Puesto que el hombre es razonable, necesario resulta que se embriague, ya que los momentos de la embriaguez son los mejores de la vida. La gloria, el vino, el amor y el dinero: he ahí los gozos en los que se congregan las esperanzas de todos los hombres y de todos los pueblos. Mirad el jugo del árbol de la vida; sin él, sus ramas, tan fértiles algunas veces, aparecerían pocas y marchitas. Pero, os lo repito, bebed hasta embriagaros, que, si luego despertáis con dolor de cabeza, fácil es saber lo que debéis hacer... Tirad de la campanilla, decid a vuestro ayuda de cámara que vaya a buscar vino del Rhin y agua de soda. Experimentaréis un placer digno de Jerjes, aquel gran rey. Ni el sorbete exquisito, ni la espuma del vino de los

postres, ni el vino de Borgoña, con su chorro purpúreo, tras las fatigas de un viaje, la breve angustia del fastidio, el cansancio del amor, pueden compararse a la bebida del vino del Rhin y el agua de soda...

***

La orilla del mar... Yo creo que la arena ondularía suavemente; que las olas dulces y tranquilas se acostarían sobre ella; que un profundo silencio reinaría a lo lejos, inte-rrumpido solamente por el agudo grito de un pájaro nocturno, el salto de un delfín en el agua o el rumor de una ola deseosa de liber-tarse de la prisión de una roca... Juan y su amiga andarían errantes sobre la playa. Sería la hora más dulce del día y de la noche, cuando el disco del sol se sumerge en las azuladas colinas del mar y la luna naciente parece la única diadema de la obscuridad. Los dos amantes andarían, cogidos de la mano, a lo largo de las abiertas playas de la isla.

Hallarían una gruta de inexpresable belleza y misterio. Descansarían en ella, muy juntos, contemplando el admirable cuadro del crepúsculo....

Sí; admiraron el cielo suspendido sobre sus cabezas y el inmenso mar ondulante; escucharon el murmullo del agua y los suspiros de la brisa de la noche. De improviso, sus ojos se encontraron, sus labios se acercaron, y se reunieron por medio de un beso. Fue un beso prolongado lleno del ardor de los primeros fuegos de la juventud y del amor; un be-so que sólo pertenece a los primeros días de nuestras nacientes agitaciones, cuando la sangre circula como la lava devoradora en el interior de nuestras venas y cuando el contacto de los labios con los del objeto amado conmueve el corazón y lo arrebata en un largo éxtasis.

Estaban solos, pero no como aquéllos que se encierran en una habitación y se ima-ginan hallarse en soledad. El mar, el cielo, el crepúsculo, las mudas rocas, todo cuanto les rodeaba, venía a asegurarles que estaban solos en el mundo, que eran los únicos seres vivientes de la tierra. Sobre la muda playa solitaria, eran, el uno para el otro, todo el Universo. Su conversación se formaba, temblorosa, con frases cortadas, incompletas; pero ellos adivinaban todo lo que no se decí-

an. Aquéllo, inmenso e incomparable, que inspira la pasión, lo

manifestaban los dos por medio de un suspiro, el más seguro intérprete del anhelo amoroso, felicidad única que ha dejado a sus hijas la primera Eva culpable y desheredada.

Haida no hablaba nunca de ningún es-crúpulo; no hacía ningún juramento ni exigía ninguno. Jamás había oído hablar de prome-sas que fueran incumplidas ni de los peligros a los que se expone una amante crédula, e ignoraba la perfidia de los hombres; en su sencillez, se entregaba sin sombra de temor a su amigo como una paloma inocente; y, no habiendo pensado nunca en la infidelidad, no pronunciaba jamás la palabra constancia.

Amaba y era amada; adoraba y era adorada.

Conforme a las leyes de la naturaleza, sus dos almas se confundían. Haida, sintiendo latir el corazón de Juan contra el suyo, soñó que esto habría de suceder eternamente. ¡Ay!

Eran tan jóvenes, tan hermosos, tan tiernos, y estaban tan solos, que puede decirse que después de nuestros primeros padres jamás una pareja tan perfecta ha corrido el riesgo de la condenación por el amor. Haida, tan devota como bella, había oído hablar sin duda del Purgatorio y aun del Infierno..., pero se olvidó de cuanto le había sido dicho sobre la materia..., en el momento mismo en que más hubiera debido recordarlo.

Entre miradas llenas de fuego, el brazo de Haida rodea la cabeza de Juan; el de Juan se pierde entre los rizos innumerables de los cabellos de su amiga; ella se sienta sobre las rodillas de él; ambos aspiran recíprocamente sus suspiros, y, en esta posición, inmejora-ble, los dos forman el antiguo y eterno grupo de dos amantes medio desnudos reunidos por el amor y la naturaleza... Cuando pasaron estos momentos de delirio, Juan se quedó dormido sobre el pecho de su tierna amiga y ella vigiló dulcemente su sueño, pensando, sin temor y sin tristeza, en todo cuanto acababa de conceder y en todo lo que concedería todavía.

Un niño que admira la luz o que toma el pecho de su madre; un fanático a la vista de un enemigo vencido; un árabe ofreciendo hospi-talidad a un extranjero; un navegante pirata apoderándose de una rica presa; un avaro llenando su arca, experimentan alegría, pero nada hay

comparable a la dicha de aquéllos que contemplan el plácido sueño de la persona que aman. La soledad, la noche, el mar, el estrellado cielo transido de luna, el amor, llenaban el alma de Haida de un sentimiento que no puede explicarse. Allí, en medio de la arenosa playa, junto a las áridas rocas oscuras, se sentía dichosa de haber creado por sí misma, en unión de su amante, un verdadero Edén, en el que nada podía venir a turbar su ternura y cuyos solos testigos eran las estrellas del alto firmamento... He aquí la noble y bella historia: una gruta fue su cama nupcial, el dios de la soledad consagró su encuentro, el mar fue su testigo, y fueron esposos; ¡dichosos sin duda, ya que cada uno era el ángel del otro y aquella playa su Paraíso!

Pero, Juan, ¿olvidaría también? Había olvidado, ya una vez, a Julia. ¿Debió olvidarla tan pronto? La pregunta me embaraza y en-tristece, lo confieso. Es, sin duda, doloroso reconocer que somos demasiado sensibles a los atractivos de todos los nuevos rostros que llegan a tentarnos.

¡Amor!, tú, cuyo favorito fue el gran Cé-

sar; Tito, el señor; Antonio, el esclavo; Hora-cio y Cátulo, los discípulos; Ovidio, el preceptor, y Safo... ¿qué diré de Safo?; que todos aquellos que quieran concluir su vida se arro-jen en tu tumba.

Tú eres el dios del mal, porque, después de todo, no podemos llamarte diablo. Tú te complaces en hacer precario el casto lazo del matrimonio, y tú ultrajas, riéndote, la noble frente de los más ilustres mortales. César y Pompeyo, Belisario y Mahoma, han dado una musa propia a la historia humana; su vida y sus aventuras no se parecen mucho, y jamás se ofrecerán a la admiración de la posteridad nombres semejantes..., pero estos cuatro grandes hombres tuvieron la particularidad de ser los cuatro héroes, conquistadores y cornudos. Tú haces de los filósofos verdaderos materialistas, como Epicuro y Arístipo, como aquel sabio rey Sardanápalo, para quien toda verdad estaba en este lema: "Co-me, bebe y haz el amor; ¿qué importa todo lo demás?"

¡Ay!, el amor es para las mujeres una cosa deliciosa y temible al mismo tiempo, porque juegan a este dado engañoso todo lo que tienen, y, si se vuelve contra ellas, la vida ya no tiene que ofrecerles sino la memoria cruel de su pasado... Pero su venganza, entonces, es como la del tigre: pronta, mortal y sin remedio. Hábiles en el

disimulo, sus corazones desolados, tras echar de menos al ídolo querido, buscan un rico voluptuoso que las compre a título de esposas, y así resulta que su vida acaba transformándose en todo lo que sigue: un amante infiel, un marido nada grato, otro amante sólo elegido para el placer de la venganza, la distracción de los adornos, la calidad de madre, acaso, la devoción cuando ya son viejas y..., todo queda concluido... Esta toma nuevo amante, aquélla prefiere una botella, la de más allá corre tras disipaciones del gran mundo. Y hasta las hay que se van con un nuevo seductor, con lo que no hacen sino cambiar de penas y perder todas las ventajas de la virtud disimulada. En fin, para dar total idea de sus variables tipos, yo diré que he conocido más de una, suma-mente traviesa dentro de su casa, que en seguida se ponía tristona y escribía una novela sentimental.

El corazón es, como el horizonte, una parte del cielo; pero, como el horizonte, cambia igualmente noche y día. Tan pronto las nubes y los truenos lo recorren, la des-trucción y las tinieblas se apoderan de él; pero cuando los fuegos de la tempestad lo han surcado y abierto, se pierde en lluvias.

De tal modo es como los ojos derraman la sangre del corazón cambiada en lágrimas. Al fin y al cabo, esto es lo que hace el clima inglés de nuestras vidas.

Sin extenderse más sobre esta anatomía, suelto mi pluma, hago al buen lector una cortesía, y dejo a don Juan y Haida el cuidado de pleitear, por ellos y por mí, acerca de sus propios sentimientos.

SEGUNDA PARTE

Recordamos a don Juan dormido sobre el encantador y amable seno hermoso que le servía de almohada, velado su sueño por dos lindos ojos que no conocían las lágrimas, y querido de un tierno corazón demasiado entregado a su felicidad para conocer los efectos del veneno que ya se derramaba dentro de él. El cruel enemigo de la tranquilidad humana había asestado sus tiros a la inocencia misma y amenazaba convertir en raudal de lágrimas la más preciosa sangre.

¡Oh, amor! ¿Por qué en este desgraciado mundo cambias tan duramente el dulce don de ser amado? ¡Ah! ¿Por qué has introducido en el jardín amable de tus delicias las hojas del ciprés? ¿Por qué te vales de un suspiro como el mejor intérprete de tus sensaciones?

Semejante a aquéllos que, para gozar el perfume de las flores, las cortan y ponen sobre su seno, sin pensar que en él habrán de marchitarse, así colocamos en nuestro corazón los frágiles corazones que adoramos, para verlos luego perecer.

En la primera pasión de su vida la mujer ama a su amante; en las demás pasiones ama tan sólo al amor. El amor se convierte para ella en un hábito que le es imposible abandonar; cual un vestido que siempre le estuviera bien; como un guante flexible que se ajustara perfectamente a sus manos. No sé en quién estará la falta, pero lo que hay de seguro es que la mujer que haya gustado los placeres del amor, si no se hace beata, gusta de ser cortejada necesariamente, según las reglas que exige la decencia. No hay duda posible: dado el primer paso, el corazón femenino se dedica en lo sucesivo a la misma dulce agonía. Algunas, según parece, no amaron ni la primera vez; pero las que amaron no se contentarán con aquel primer amor solamente. Y triste cosa es ver que el amor y el matrimonio no llegan a juntarse sino muy raras veces, siendo así que el uno es una consecuencia del otro, que el casamiento na-ce del amor, como del vino nace el vinagre.

Porque es cierto que ésta es una bebida desagradable, agriada por el tiempo.

Juan y Haida no fueron matrimonio, pero esto es cuenta de ellos, y no estaría bien que el casto lector me reprendiera a mí porque no lo fueran. No obstante, eran felices. Felices en su misma inocencia. Mas eran también cada vez más imprudentes. Haida olvidó que la isla pertenecía a su padre. Iba a menudo a ver a don Juan, y apenas se separaba de él en tanto el pirata cruzaba los mares.

***

La vuelta del buen viejo se había retar-dado a causa de los vientos, las olas y, en especial, por unas presas importantes que hubo que hacer. La esperanza de un nuevo botín le retenía aún sobre los mares. Pero, de todos modos, un día, el padre de Haida, se decidió a volver. Preparó, entre las mil maravillosas cosas adquiridas en su piratería, un hermoso regalo para su hija. Telas francesas, encajes, loza fina, un perro holandés, un mo-no, dos loros, una gata de Persia con su cría y un perrito faldero que había pertenecido a un inglés que murió sobre las costas de Francia; todo ello constituía sus presentes. Dispuesto ya todo en sus buques corsarios con el mejor arreglo, ordenó que su propio barco almirante tomara rumbo hacia la isla. A ella llegó, sin que nadie lo esperase, prontamen-te. Desembarcó, y después de dirigir a la marinería las recomendaciones del caso, atravesó la playa y subió por la pendiente de una colina que dominaba la explanada, en la que resaltaban a la luz del sol las blancas paredes de su casa.

Nadie lo esperaba, y así las emociones siempre singulares que ocupan el corazón de los viajeros al retorno a su hogar, palpitaban en el suyo con especial fuerza. Lambro, que así se llamaba el anciano, contempló con alegría el paisaje familiar, y miró con ternura el humo que partía hacia los cielos desde la chimenea de su casa.

Después de largos viajes por tierra o mar, la vuelta inspira siempre sentimientos parecidos. En una familia donde hay mujeres, los hombres no pueden dejar de sentir al regreso cierta inquietud. (Nadie estima y admira más que yo al bello sexo, pero aborrezco la lisonja.) En la ausencia de los maridos, las mujeres se presentan más finas; en ausencia de los padres, las jóvenes suelen también hacerlo. Un hombre honrado puede muy bien a su vuelta sentir la ausencia de la felicidad de Ulises. No todas las mujeres solitarias gi-men por sus esposos ni muestran el disgusto de Penélope a las caricias de los pretendien-tes.

El hombre más querido se ve en peligro de encontrar al volver una elegante urna consagrada a su memoria. Si es soltero, su pro-metida, probablemente, casó durante su ausencia con algún rico avaro, en cuyo caso aquél puede llegar a ser dichoso...

A medida que Lambro se aproximaba a su palacio, se vio sorprendido por un rumor de músicas, cuyo motivo no supo comprender. Conforme avanzaba percibía más claramente la armonía de una orquesta, y ese ruido característico de las fiestas y los banquetes, en el que se mezclan los murmullos, las risas, el chocar del vidrio y de la loza. En el amplio salón del vestíbulo encontró una verdadera multitud de sus súbditos sentada a una larga mesa exquisitamente adornada e iniciando un banquete. Otros escuchaban de pie la música de una orquesta invisible, y aun otros danzaban a su ritmo. La alegría era general, los manjares de diversas clases, los frascos de exquisitos vinos de Samos, los sorbetes de todos los estilos, los licores, los aromáticos pebeteros, enriquecían la larga mesa.

Lambro, hombre duro, frío y de pocas palabras, extendió su mirada por la amplía habitación deseando sorprender la imagen de su hija Haida, tanto con el deseo de abrazarla como con la esperanza de hallar en las palabras de ella la explicación de tan inesperada fiesta, que acaso suponía motivada por su regreso, aunque de él no hubiera anticipado la menor noticia. Mas la bella Haida no se hallaba en la estancia, y, lamentablemente, uno de los esclavos, al conocer a su amo, vino a arrojarse a sus plantas profiriendo exclamaciones mezcladas con gritos de alegría, por las que el viejo pirata soberano de la isla vino a conocer que en ella se le daba por muerto, y que el festín que presenciaba era uno de los festejos organizados por su hija para celebrar su ascensión a la heredada soberanía.

Lambro, aunque extrañado, no se enfadó, e imaginó ingenuamente el proceso de acontecimientos que su supuesta muerte había producido en la isla. Supuso que durante muchos días su casa se vestiría de luto, y el dolor de Haida sería incontenible. Adivinó que, con el transcurso del tiempo, el duelo habría ido cediendo y los ojos y las gargantas de sus gentes que tanto le amaban se habrí-

an al fin secado; que el buen color tornaría a animar las mejillas de la hermosa Haida, las lágrimas habrían desaparecido de sus bellos ojos, y que ya, por fin, con alegría no exenta de penosos recuerdos, la casa se

gobernaba bajo sus órdenes... Pero una frase del esclavo le llenó de inquietud y su rostro adquirió momentáneamente un sombrío aspecto:

"Nuestro antiguo amo, creíamos todos que había muerto", dijo el esclavo, y ahora vuelve... "Nuestra ama... O mejor dicho, nuestro nuevo amo..." Lambro no escuchó más. Atravesó rápidamente el amplísimo vestíbulo, y por una puerta que le era bien conocida entró en el salón de su hija, a cuyo fondo se abría su cuarto de descanso y desde el que se contemplaban las hermosas pieles de su lecho.

Semi-escondidos, tras unas columnas, vio a Haida y don Juan sentados ante una magnífi-ca mesa de marfil ricamente servida. Una tropa de esclavos les rodeaba, y por todas partes resplandecían las pedrerías, el oro, la plata, el nácar, las perlas y los corales. Cerca de cien platos se servían en este íntimo banquete. La sala estaba adornada con tapices de terciopelo. Haida y su amante tenían a sus pies una riquísima alfombra de raso carmesí y se hallaban indolentemente tumbados sobre un blando sofá que ocupaba toda la amplia cabecera de la mesa. Lambro pudo ver claramente a su hija, cuyo hermoso y atrevido vestido confundía sobre su seno los delicados matices del azul, el blanco y el rosa, velados por el fino lienzo de su camisa, a cuyo través se percibía un ligero movimiento de elevación y abatimiento semejante al de una blanda ola. Iba cubierta de refulgentes joyas y llevaba, como heredera soberana de la isla y sus dominios, un gran anillo de oro en la pierna desnuda. Las ondas de su larga, negrísima y hermosa cabellera, como un torrente de los Alpes iluminado por los rayos de la aurora, descendían sobre sus hombros. Esparcía Haida en torno suyo una incontenible atmósfera de vida y alegría. Sus miradas parecían comunicar al aire una inexpresable suavidad y sus ojos eran los más dulces, celestiales, castos y amorosos de cuantos se hayan abierto jamás en la tierra.

La actitud de Haida y del hombre, desconocido para Lambro, que la acompañaba, no necesitaba ser explicada, y el viejo pirata tuvo bastante con contemplar a la pareja breves instantes para comprender totalmente la clase de amor y de intimidad de esposos que a ambos les unía. El viejo navegante, que había recorrido el mundo, tuvo así la ruda sensación de comprobar inesperadamente el pecado de su hija. En Francia, por ejemplo, hubiese compuesto este Lambro, francés, una canción alegre y comprensiva con aquel ar-gumento. En Inglaterra, un poema en seis cantos, pleno de consecuencias filosóficas llenas de melancolía. En España, una balada o un romance sobre la última guerra. En Alemania hubiera recurrido a Goethe. En Italia hubiese escrito el mismo poema en terce-tos clásicos. En la misma Grecia

hubiese cantado un himno lleno de vida. Pero Lambro, aunque griego, era un pirata de alma violenta y exigente y vivía hacía años en la seca soledad de su isla o sobre los procelosos mares.

En consecuencia, no se manifestó poéticamente.

Don Juan y su amada se hallaban entregados a la dulce saciedad de sus corazones, ignorantes de la espléndida mesa, los manjares, las luces y los criados que les rodeaban.

Deseosos de permanecer absolutamente solos, ordenaron a éstos que abandonaran la.

sala y, desconocedores de la presencia de Lambro, escondido tras las columnas, se diri-gieron hacia el lecho. Haida y Juan pensaban en aquellos momentos que los cielos, la tierra, el mar, el aire estaban exclusivamente hechos para ellos, y veían resplandecer en sus ojos todas esas bellezas de la vida, junto a la alegría, que brillaba como un diamante, y sabían que tanto brillo y tanto resplandor no eran más que el último secreto de sus propios ojos entregados a la amante contemplación mutua. Los tiernos abrazos, el estremecimiento de sus manos enlazadas, la elocuente expresión de sus miradas, tales eran, con la más envidiable intimidad, los entretenimientos y placeres de aquellos dos hermosos jóvenes que no parecían sino dos niños, y que hubieran permanecido siéndolo hasta su postrer día. Desde el lecho, unidos en lánguido abrazo, contemplaban los dos la caída del sol, aquella hora tan agradable para todos los mortales, pero especialmente sentida para ellos, puesto que era la misma que les acompañó el primer día en que se amaron. Inesperadamente, un estremecimiento repentino vino a interrumpir la embriaguez en calma gozosa de sus corazones. Fue como cuando el viento roza las trémulas cuerdas de un arpa y las hace vibrar, o como cuando curva el vuelo de una llama. Una especie de presentimiento les hizo estremecerse: Juan suspiró honda-mente, y los ojos de Haida dejaron correr por sus mejillas una leve lágrima, completamente nueva para ella. Entonces él le preguntó por qué lloraba, pero Haida unió sus labios a los de Juan haciéndole callar con aquel tierno beso, que desterró de su corazón toda tristeza. Sus pensamientos, sin embargo, estaban ambos seguros de ello y ninguno de los dos podía engañar al otro, se movían en una extraña nube. Enlazados y con los corazones próximos, pensaron los dos que acaso deberían morir entonces. ¿Por qué no? ¿No sería aquél el mejor momento? Demasiado habían vivido, puesto que en sus pechos había nacido, crecido y alcanzado las más altas cimas el amor. Ellos hubieran debido vivir invisibles y desconocidos en el interior de

los más espesos bosques, como viven los melodiosos rui-señores, en vez de habitar los vastos desiertos de la sociedad, donde todo es vicio y odio...

Reclinado sobre el seno de Haida, Juan se durmió con el sueño del amor. En la calma y dulzura de aquel contacto, la misma niña ce-rró sus ojos y tuvo un sueño. Ensoñó que estaba sola a la orilla del mar, encadenada a una roca. Las olas venían hacia ella amena-zantes, golpeaban su cuerpo y a veces deja-ban en sus labios su sabor acre... Sin saber cómo se hallaba salvada, corriendo ligera y angustiada sobre la húmeda arena y las agu-das rocas, cuyas aristas destrozaban sus pies... Se hallaba luego en una cueva y sus cabellos húmedos se pegaban a la piel de su cuerpo desnudo, produciéndola una sensación de frío inexpresable. A sus pies se hallaba extendido Juan, sin vida, pálido como la espuma de las olas... Aquel ensueño, tan breve y extraño, le pareció a Haida toda una larga vida entera, y sintió su corazón oprimido al volver a la realidad.

Fue entonces cuando Lambro, que había permanecido silencioso durante largas horas, salió de su escondite y avanzó con el ceño fruncido y lentamente hacia los amantes.

Haida volvió la cabeza y se estremeció violentamente... Lanzó un grito doloroso, que despertó a Juan, el cual, viendo la expresión del rostro de Haida ante un padre al que creía muerto, se levantó también y la sostuvo con su brazo izquierdo, en tanto que, adivinando claramente un peligro, tomaba de la pared uno de los sables colgados en ella.

Lambro siguió avanzando lentamente.

Una sonrisa desdeñosa surcó su rostro y dijo:

—Al alcance de mi voz aguardan mis órdenes mil cimitarras como ésa; deja ahí la tuya, joven; deja tu acero inútil; de poco podrá servirte.

Haida retiene a Juan en sus brazos, ex-clamando:

—Juan, es... Landro... Es mi padre.

¡Juan! Arrójate como yo a sus plantas. La hermosa joven lo hizo así

ella misma, y con la cabeza derribada murmuró a las plantas del viejo: —Tierno padre mío, en esta angustia de gozo y de dolor, en el momento en que beso enajenada de felicidad la extremidad de vuestra capa, ¿pueden por ventura mezclarse con mi gozo filial, asombrado y dichoso de volver a veros cuando os tenía por muerto, la duda o el temor? ¡Padre querido! ¡Haced de mí lo que queráis, mas perdonad a este joven!

El viejo Lambro permanecía inmóvil, duro y rígido como una estatua, en medio de la estancia. Reinaba en ella una calma absoluta, y la mirada de él manifestaba total se-renidad, pero también toda falta de sentimiento. Miró largamente a su hija. Después miró a don Juan, notando que éste que conservaba e1 acero en su mano derecha, se hallaba dispuesto a combatir: —Joven arroja ese sable a mis pies — dijo el anciano. Juan respondió: —Nunca, mientras mi brazo esté libre y desconozca vuestras intenciones.

Entonces Lambro sacó de su cinto una pistola y, con la misma tranquilidad con que hasta ese momento se había comportado, la cargó y después la alzó en el aire, apuntando al pecho de don Juan. Entonces Haida se alzó del suelo y se colocó con ademán trágico ante la boca del arma de su padre: —Hiérame a mí sola la muerte... ¡Yo soy la única culpable...!

No ha buscado él, padre, estas playas, a donde sólo la casualidad le condujo. Le amo y moriré con él. Conocía yo vuestro carácter inflexible; conoced vos ahora el de vuestra hija.

Don Juan miraba a ambos, tan próximos uno a otro, y se sorprendía de su extraordinaria semejanza. Una misma expresión ani-maba su fisonomía, feroz y serena, sólo con una leve diferencia en el temblor de la llama que arrojaban sus grandes ojos negros. Contemplándolos, pudo notar don Juan que una tormenta se debatía en el interior de Lambro y hasta que éste vacilaba un momento. Bajó su arma, pero de nuevo volvió a alzarla; dijo, mirando firmemente a su hija, como si quisiera penetrar sus más profundos pensamientos: —No soy yo quien ha buscado le pérdida de ese extranjero, ni la causa de esta escena de desesperación. Debo simplemente cumplir con mi deber. ¿Cómo has cumplido tú con el tuyo? Lo presente responde de lo pasado. De nuevo bajó su arma, se llevó un silbato a la boca, y apenas lo aproximó a sus labios y se escuchó su silbido, cuando se precipitaron

tumultuosamente en el aposento unos veinte piratas armados de pies a cabeza, que en un segundo rodearon a Lambro.

—Prended o matad a ese extranjero —

gritó el viejo—.

Al instante se precipitaron los piratas sobre don Juan, en tanto que Haida forcejea en vano entre los brazos de su padre. Don Juan se defiende bravamente, hiere al primero de sus atacantes en el hombro derecho, rasga la cara del segundo de ellos; pero el tercero, antiguo soldado, lleno de sangre fría recibe todos los golpes en su sable y dirige también los suyos, que en un momento Juan queda tendido a sus pies, dejando correr la sangre de sus venas como de un doble arroyo, de dos anchas heridas, una en el brazo izquierdo y la otra en la cabeza.

Encadenáronle entonces en el mismo sitio donde había caído y fue llevado en seguida fuera del aposento. Arrastráronle hasta una lancha y en ella fue conducido a uno de los navíos anclados en la bahía, donde fue confiado a la guardia pirata, la cual lo encerró en la bodega. Ved, pues, un hidalgo español, rico en bienes de fortuna, buen mozo, joven, que un momento antes vivía en el gozo de los presentes más bellos del amor, y que ahora se encuentra, cuando menos podía esperarlo, embarcado de repente, herido, cargado de cadenas, incapaz de todo movimiento y ante la amenaza de un pavoroso porvenir..., y todo porque una dama se enamoró de él.

En cuanto a la bella Haida... No era ésta una de esas mujeres que lloran, se derriten en sus propias lágrimas y acaban por ceder, vencidas, cuando se ven estrechadas por todas partes. Su madre había nacido en Fez y era mora de estirpe; lo cual imprimía a Haida el sello especial de un temperamento fuerte.

El África pertenece toda entera al sol: sus habitantes son de fuego, como sus arenas. Si bien el dulce livo derrama allí su perfumado tesoro y las mieses, las flores y las frutas cubren la tierra, allí también arraigan los árboles ponzoñosos, los rugidos del león turban el silencio de la noche y los vastos desiertos insondables abrasan a los hombres y a los camellos o, levantando sus arenas, sepultan a las infortunadas

caravanas.

Enérgica, lo mismo para el bien que para el mal, ardiente desde su niñez, la sangre morisca de Haida vive bajo la influencia del astro omnipotente lo mismo que la tierra de su patria materna. La belleza y el amor fueron la dote de su madre, y así los grandes ojos de la bella amante de don Juan expresan y demuestran todas las pasiones que dentro de ella anidan, aunque éstas se hallen ador-mecidas, como un león junto a una fuente. El único ser en el que nuestra bella ha fijado sus miradas es Juan su adorado amigo, y la última vez que sus ojos lo han contemplado se hallaba él ensangrentado, derribado y vencido. Ella lo ve, y por un momento su sangre mora se rebela y alza, pero más tarde, un gemido convulso termina sus angustias. Cae entonces en los brazos de su padre, como se desploma el cedro derribado por el hacha del leñador. Se había roto una vena dentro de su pecho y sus hermosos labios, suaves y bermejos, eran manchados por la sangre negra que de ellos brotaba. Su cabeza se inclinó como un lirio fatigado por la lluvia, Lambro, aterrado, pues amaba a su hija profundamente, llama a su servidumbre a grandes voces. La llevan a su lecho, todos con el llanto en los ojos, y la aplican cuantos cordiales, tratamientos y plantas saludables conocen...

Pero todos sus cuidados fueron vanos: la vida no podía ya conservarla para ella y la muerte estaba a punto de destruirla. Permaneció algunos días en el mismo estado: yerta ya, pero sin que en su rostro apareciese la menor huella lívida, conservando aún sus hermosos labios sonrosados. Su joven corazón había cesado de latir, pero la muerte parecía aún hallarse ausente. Ninguna triste señal la indicaba. No vino la putrefacción a destruir la esperanza última de los que intentaban prolongar su vida. Al contemplar aquel bello y apacible semblante, creeríase que se hallaba dormida. La llama inmaterial del alma anima-ba sus facciones, y hasta el instante último en que hubo de ser depositada en ella había en su rostro y en su bello cuerpo un algo misterioso y profundamente atrayente que impedía que fuese del todo reclamada por la tierra.

Pobre y hermosa Haida. Durante doce días y doce noches fue aniquilándose su vida, sin un suspiro, sin una lágrima, sin una mirada que indicase su tránsito. Su alma voló hacia el cielo y nunca pudieron saber los que la velaban el momento exacto en que ello sucedió. Murió, y no murió sola, ya que en su seno vivía ya otro germen de vida que hubiera podido crecer un día: el hijo inocente de la madre culpable, hijo que terminó su breve existencia sin ver la luz y que

murió sin haber nacido, en la misma tumba en que hubieran de marchitarse juntas la rama y la flor, heridas por un mismo golpe.

Así vivió y murió la bellísima Haida. Quedó para siempre libre de los ataques del dolor y de la vergüenza, ya que no había nacido para soportar durante años enteros ese pesado fardo de penas del que sólo la vejez liberta a los corazones con su frío postrero.

Sus días y sus dichas fueron cortos, pero deliciosos; fueron tales, que no hubieran podido durar si su destino hubiera sido más largo.

Hoy duerme en paz en la playa más clara de la Isla, en cuya mansión amó y fue amada tan intensamente... Aquella isla es hoy árida y desierta, sus casas han sido derribadas y sus habitantes se han dispersado; no existe en ella más que la tumba de Haida y la de su severo padre, y nada recuerda allí la morada de los mortales. Ni aun siquiera podría saberse con exactitud el lugar donde yace aquella amante tan hermosa. Ninguna piedra lo seña-la, ninguna leyenda explica su emplazamiento, ninguna voz hace oír el canto fúnebre que sería preciso dedicar a la belleza de las Cícladas, a no ser la resonante voz de las olas.

Su nombre, no obstante, se repite, acompañado de un suspiro, por todas las jó-

venes griegas que entonan a la luz de la luna sus cantos de amor, y hasta existen viejos marineros que entretienen las largas noches invernales de sus navegaciones relatando la historia de Lambro, a quien la naturaleza concedió el valor, tanto como a su hija la belleza. Si ella amó imprudentemente, la pérdida de la vida fue suficientemente precio de sus actos... Hay siempre un castigo reservado para cuantos se hacen culpables. Nadie pien-se, pues, en huir del peligro, porque tarde o temprano, el amor es su propio vengador...

Herido, cargado de hierros, encerrado en un camarote semejante a una jaula, permaneció don Juan muchos días y muchas noches, sin poder casi recordar con precisión lo sucedido y sin que nadie se lo recordase.

Cuando, al fin, consiguió volver a la razón, se encontró sobre el mar, navegando a seis millas por hora. Tenía ante sus ojos las playas de Ilión, que en otra ocasión diferente se hubiera conceptuado dichoso de

contemplar, pero que entonces apenas consiguieron distraer su atención con su belleza.

Don Juan, a quien fue permitido en aquellos días salir de su estrecho calabozo y subir a cubierta, se contempló a sí mismo esclavo de los piratas, y sintió el profundo dolor de mirar el mar en esa triste condición inhumana. Debilitado por la pérdida de sangre y apenado por su propia suerte y la de su amada Haida, diría aún hoy, si pudiese ser preguntado, que fueron aquéllas las horas más amargas de su vida.

Vio y conoció entonces a otros cautivos como él, italianos de nacimiento, y la triste suerte común los hizo a todos casi amigos.

Supo por su propia voz sus aventuras, que eran bien singulares. Se trataba de una compañía de cantantes, que en un viaje a la isla de Sicilia, donde debían actuar, habían sido atacados por el pirata Lambro en la travesía de Liorno y vendidos después por su empresario a bajo precio. El bufo de la compañía fue el que relató a Juan la curiosa historia. A pesar de saber que estaba destinado a ser tenido por simple mercancía humana en el mercado turco, conservaba este hombre la alegría de su ingenio, o, al menos, la de su papel. Aunque muy pequeño de estatura, tenía el aire resuelto y arrogante, y soportaba con bastante gracia su mala fortuna, en lo que se mostraba muy diferente de la prima-donna o el tenor. He aquí su relato, en pocas palabras:

"Nuestro maquiavélico empresario, al ver el bergantín del pirata, en vez de huir, se acercó a él, y trató por las buenas con su capitán. La venta fue acordada y fuimos transportados a su barco, en desorden, sin señalar siquiera nuestro salario, lo que es manifiestamente una mala costumbre. No nos importa demasiado, ya que, si el sultán tiene gusto por la música, muy pronto restablecerá nuestra fortuna.

"La prima-donna no deja de tener talento, aunque esté algo vieja, agotada por una vida de disipación intensa, y se halle siempre muy propicia a constiparse las noches que el teatro tiene poca entrada. La mujer del tenor carece de voz, pero es muy bonita. En el último carnaval llamó la atención en Bolonia, privando a más de una novia y de una señora de la dulce compañía de su novio y esposo.

Tenemos también nuestras amables bailarí-

nas: Niní, que ejerciendo más de una profe-sión, nada pierde en ninguna; la Zumbona y la Pelegrini, que también fueron felices en dicho carnaval, reuniendo, por lo menos, 500

buenos cequíes, pero ambas gastan tanto, que ya no les queda una blanca. Tenemos también la Grotesca, ¡qué bailarina!, que tendrá que responder un día del cuerpo y el alma de muchos hombres. En cuanto a las figurantas, son como todas las de su calaña.

Hay entre ellas alguna que otra que es bonita y que puede seducir, pero las demás, apenas son dignas de un teatro de feria. Una es grande y tiesa como una pica, tiene el aire sentimental y podría hacer carrera, pero baila sin gusto. En cuanto a los hombres, son medianos. El músico no es más que un viejo petate, y, por lo que toca a su canto, apenas puede contarse con él para nada. La voz del tenor está echada a perder por la afectación, y en cuanto al bajo, berrea dulcemente. Es un ignorante, sin voz ni oído, que, por ser primo de la prima-donna, fue contratado. No me conviene a mí extenderme sobre mi propio mérito, porque, aunque joven, conozco, caballero, que tenéis un aire de persona que ha viajado mucho y no puede ser para vos la ópera una cosa nueva. ¿Habéis oído hablar de Racocauti? Soy yo mismo, y os aseguro que podrá llegar un tiempo en que me oigáis cantar... Había casi olvidado a nuestro barítono, muchacho amable, pero henchido de amor propio; gracioso en sus ademanes, pero ignorante hasta más no poder. Su voz tiene apenas extensión y carece de toda dulzura.

Siempre se queja de su suerte, pero, si he de decir la verdad, apenas sirve para cantar baladas en la calle. En los papeles de enamorado, con objeto de manifestar más la pasión, como no puede mostrar corazón, enseña los dientes."

En este momento, la elocuente relación del bufo fue interrumpida por la llegada de los carceleros, que venían a encadenar a los cautivos, ya que el buque atravesaba el estrecho de los Dardanelos, y para pasar la Sublime puerta habían de ser encadenados los presos, mujer con mujer y hombre con hombre, disponiéndolos así, de dos en dos, para el mercado de Constantinopla. Al fin de tal tarea resultó que sobraron un varón y una hembra, los que, en consecuencia, hubieron de ser atados juntos. El varón era don Juan, que (cosa impropia para su edad) fue el compañero de una joven bacante de rubicundo rostro. Y preciso es notar que el empareja-miento aludido y las operaciones todas no se

verificaron sino después de una discusión larga y dudosa sobre el sexo del tenor, decidiéndose, al fin, colocarlo como vigilante de las mujeres.

La linda compañera de don Juan era la de la Romaña, aunque había sido educada en las cercanías de la antigua Arcona; entre otros atributos, lucía la bella-donna unos ojos que penetraban el alma, más negros y ardientes que el carbón. Su pálida y gentil fisonomía expresaba constantemente el deseo de agradar, cosa muy atractiva, especialmente cuando acompaña a la belleza. Mas todas aquellas gracias pasaban para nuestro héroe, pues sólo el dolor y el pesar dominaban sus sentidos. En vano los ojos de la italiana tra-taban de encontrarse con los de don Juan.

Este permanecía insensible, aunque, encadenados como estaban, estuviesen unidas mutuamente sus manos. Ni la suave piel de la hermosa, ni la proximidad de sus atrayentes prendas corporales pudieron agitar el pulso de Juan ni alegrar su fiel corazón. El recuerdo de Haida y quizá también la debilidad que le habían producido sus heridas contribuían a ello. Ningún caballero hubiera podido sentirse más fiel, ni ninguna dama hubiera podido desear una más firme constancia. Dícese que una persona no puede permanecer con un carbón encendido en la mano y pensar a la vez en el frío de los hielos del Cáucaso, y yo creo firmemente que muy pocos podrían hacerlo. Pero la prueba de Juan fue aún más victoriosa. Podría empezar aquí una casta descripción detallada del trance y de la firmeza demostrada por nuestro héroe, mas conozco que se me vitupera por haber sido demasiado franco en mis dos libros anteriores, y me ahorro el riesgo, procurando que don Juan deje pronto el navío, ya que mi editor piensa que es más fácil hacer pasar un camello por el ojo de una aguja, que conseguir que mis dos cantos primeros entren en ciertas casas.

En realidad, el aplauso público me es indiferente. Los grandes nombres no son más que nombres, y el amor de la existencia de Troya. Las edades venideras discutirán si hubo una vez o no hubo una ciudad llamada Roma. Las generaciones de los muertos quedarán borradas. Las tumbas son las herederas de las tumbas, pero un día la memoria de los siglos se acaba y desaparece bajo las ruinas de los que los siguen. ¿Dónde están aquellos epitafios que leían nuestros padres?

Apenas quedan unos pocos salvados de la inmensa noche sepulcral, en la que millares y millares de muertos han perdido su nombre en la

universal muerte. Todas las tardes gusto de pasear a caballo junto al sitio donde pereció, en medio de su gloria aquel héroe que vivió demasiado para los héroes y demasiado poco para la vanidad humana, el joven Gastón de Foix. Una corona, esculpida con arte, pero cruelmente abandonada a la mano destructora del tiempo, cuenta la carnicería de Ravena, y la base de esa corona está cubierta de espinas e inmundicias. Todos los días paso junto al mausoleo del Dante: una pequeña cúpula, más sencilla que majestuo-sa, protege sus cenizas, y si bien, de vez en cuando, la tumba del poeta luce unas flores, recibiendo con ello un homenaje rehusado a la del guerrero, no obstante llegará un tiempo en que, igualmente olvidado el trofeo del capitán y el libro del poeta, tendrán la misma suerte que los versos y las hazañas que pre-cedieron a la muerte del hijo de Peleo y al nacimiento del divino Homero... Con todo, siempre habrá poetas; aunque la gloria no sea más que humo, porque ese humo es in-cienso para el hombre. El sentimiento inquieto que inventó los primeros versos buscará siempre lo que buscaba antaño. Así como las olas se convierten en espuma sobre las playas, las pasiones, alcanzando sus últimos límites, se hacen poesía. La poesía no es más que la pasión o, por lo menos, tal fue hasta que llegó a convertirse en una moda...

Volvamos a nuestro poema, injustamen-te abandonado. Ved el navío cargado de esclavos anclado en el puerto de Constantinopla, junto a los muros del serrallo del sultán.

Su cargamento humano ha sido trasladado al mercado y ofrecido a la venta pública.

Algunos de aquellos desdichados se ven-dieron caros. Se dieron hasta 1500 dólares por una linda circasiana, la cual fue garanti-zada como virgen y cuya tez, casi bermeja, daba a su dueña una expresión del todo celeste. Doce negras de la Nubia fueron tasadas a un precio que hubiera asustado en cualquier mercado americano, aunque Wilberfo-roe haya hecho duplicar aquél con la abolición del tráfico, lo cual, sin embargo, no nos sorprende, porque el vicio es más pródigo y magnífico que un rey. Las virtudes son económicas, aun la más desinteresada de todas, que es la caridad; pero el vicio no ahorra na-da para procurarse un deseo.

En cuanto al destino de nuestra compañía de cantantes, los unos fueron comprados por bajáes y los otros por judíos, al paso que las mujeres, elegidas una por una, aguardaban su suerte esperando no

caer en manos de algún viejo visir que hiciese de ellas una querida, una cuarta mujer o una víctima. Don Juan, joven, animoso, lleno de esperanza y salud, aparecía sin embargo, algo triste, y, a veces, asomaba a hurtadillas una lágrima en sus ojos. Atraía sobre él todas las miradas por su hermosura. Por su parte, contemplaba, como la tabla de un juego de chapete, la plaza abigarrada de gentes, que contemplaban a los desdichados puestos en venta. Entre estos desdichados destacaba otro hombre, de unos treinta años, lozano y robusto, cuyos ojos garzos manifestaban un corazón resuelto. Tenía trazas de inglés, es decir, hombros cuadrados y tez blanca y rojiza, hermosos dientes, cabellos rizados, y, sea por efecto de los pesares y fatigas o de los estudios, su ancha frente aparecía surcada de arrugas. Llevaba el brazo izquierdo en cabes-trillo y manifestaba una sangre fría tal, que un simple espectador no hubiera mostrado menos inquietud que él.

Acercándose a don Juan, cuyo aspecto revelaba un corazón elevado, aunque entonces se hallase abatido por su destino, el hombre aquel le dijo con amabilidad y ternura: —Hijo mío, entre esta mezcla de seres con la que nos confunde la casualidad, veo que no hay más personas decentes que vos y yo, y ello me hace desear que, como es de razón, hagamos conocimiento. Os suplico me digáis de qué nación sois. Juan respondió: —

Soy español.

—Bien creía yo —replicó el otro— que no podíais ser griego, pues nadie entre todos ellos tiene una mirada tan entera como la vuestra. La fortuna, sin duda, os ha jugado una mala partida, pero, tarde o temprano, hace eso siempre con los hombres, sin duda, para probarlos. No paséis cuidado por ello, pues os servirá mejor para el futuro.

—Caballero dijo Juan—, ¿puedo tomar-me la libertad de preguntaros quién os ha conducido aquí?

—¡Oh!, nada más extraordinario: seis tártaros y una cadena.

—Pero el objeto de mi pregunta, si puedo repetirla sin ser indiscreto, es el de conocer la causa de vuestra desgracia...

—He servido algún tiempo en el ejército ruso, y estando últimamente encargado de tomar una plaza por orden del general Suga-row, he sido cogido yo mismo en lugar de coger la ciudad que deseaba.

—¿No tenéis amigos?

—Los tenía; pero, a Dios gracias, apenas me han importunado en estos últimos tiempos... ¿Por qué os afligís?

—No me aflijo por mi suerte actual, sino por la pasada. Amaba a una joven...

—Ya adivinaba yo que había alguna dama metida en la aventura, pues eso es una cosa que exige tiernas lágrimas. Yo lloré cuando murió mi primera esposa, y volví a llorar cuando me dejó la segunda. Mi tercera...

—¿Vuestra tercera? ¿Apenas contáis treinta años y tenéis tres mujeres?

—No, ahora sólo tengo dos en tierra. Por cierto, joven, que no es nada extraño ver a un hombre enredado tres veces en los sagrados lazos del matrimonio.

—Y ¿qué hizo vuestra tercera mujer?

¿Os dejó como la segunda?

—No, a fe.

—¿Entonces...?

—Soy yo quien huyo de ella.

—Tomáis las cosas con sangre fría, caballero.

—¿Qué otra cosa puede hacer un hombre?... Vos tenéis todavía más de un arco iris en vuestro firmamento, pero todos los míos han desaparecido... Empezamos nuestra primera juventud entre sentimientos ardientes y elevadas esperanzas, mas el tiempo destruye el color de todas nuestras ilusiones y cada año nos despoja de nuestros errores, como a las serpientes de su brillante piel. Verdad es que algunas veces ello es únicamente para volver a cubrirnos con otra más hermosa, pero de todos modos resulta que al fin del año este último ropaje sigue la misma suerte que el primero. El amor es la mentira que más pronto nos tiende sus pérfidas redes.

Tras él vienen la ambición, la avaricia, la venganza, la gloria, que preparan sus brillantes anzuelos en torno de los cuales nos pa-samos la vida revoloteando en busca de dinero o alabanzas...

—He aquí cosas muy bellas, y quizá muy ciertas, pero os confieso que no sé en qué pueda mejorar nuestro presente el hablar de ellas.

—Sin duda que no, mas convendréis conmigo en que, poniendo las cosas bajo su verdadero punto de vista, se adquiere, por lo menos, experiencia. Por ejemplo, ya sabemos ahora lo que es la esclavitud, y nuestras desgracias nos enseñarán a portarnos mejor con aquellos cuyos amos seamos algún día...

Aparte de ello, ¿cuál es nuestro estado presente? Es triste, lo cual quiere decir que puede ser mejorado, y tal es la mejor suerte de todo el género humano. Además, casi todos los hombres son esclavos, y nadie lo es más que los grandes y poderosos, que lo son de sus caprichos, de sus pasiones y no sé de cuántas mil cosas más. La misma sociedad, que debería inspirar la benevolencia mutua, destruye la poca que llevamos en el corazón...

En aquel momento, un viejo personaje, a primera vista digno de ser clasificado en el tercer sexo, se adelantó, mirando a los cautivos, en los que parecía estudiar detenida-mente la apostura, la edad, la belleza y la capacidad, como para ver si eran dignos de la jaula que se les destinaba. Jamás fue ojeada una dama por su amante, un caballo por el chalán, un paño por el sastre, el dinero por un abogado, un ladrón por el carcelero, como lo es un esclavo por aquél que quiere com-prarle. Cosa chistosa es, desde luego. com-prar a nuestros

semejantes. Estos se venden y se compran siempre, sin embargo, aunque no se trate del mercado de Constantinopla.

Se venden y se compran los rostros bonitos, los empleos, los sentimientos, las pasiones.

Todo tiene su tarifa, desde ricos escudos a tristes puntapiés, conforme a las virtudes y los vicios.

Habiendo observado el eunuco a los dos cautivos con atención, se volvió hacia el vendedor y comenzó su trato sobre uno y otro; le contestó aquél, disputaron, juraron como si estuvieran en una feria cristiana ajustando un buey; de manera que la compra de aquel ganado humano causó toda la algarabía de una batalla. Terminaron, por fin, comprador y vendedor, por murmurar entre dientes; sacó su bolsillo el eunuco, entregó la suma correspondiente al otro, la examinó cuidadosamente, firmó los recibos, y, satisfecho, comenzó a pensar en secreto en su comida.

Si os sorprende que tuviera aquel rufián buen apetito, tenéis el mismo criterio que yo.

De todos modos, Voltaire pretende que Cándido consideraba más tolerable la existencia mientras hacía sus digestiones, y así el vendedor de nuestra historia se consolaría con un buen almuerzo de su triste comercio. Yo no le aplaudo el gusto. Pienso, como Alejan-dro, que el acto de comer, con otros dos o tres más de la vida, nos hace conocer doloro-samente lo que hay de mortal en nuestra naturaleza. Si un asado, un guisado, un pez y una sopa pueden procurarnos daño o placer,

¿quién puede tener la vanidad de poseer una inteligencia que de tal manera depende de los jugos gástricos? Esta es la desolada conclu-sión que alcanzamos. La otra tarde (el viernes pasado), y ello es un hecho, no una fábu-la poética, acababa de embozarme en mi ca-pa y tomaba mi sombrero y mis guantes de sobre la mesa, cuando oí un tiro. Salí a la calle y hallé tendido en ella a un bravo militar, que apenas respiraba. Por alguna razón, que no conozco, le habían traspasado de un balazo. Hice que lo llevaran a mi casa, a fin de curarle; pero no hubo remedio, porque cuando llegó había muerto ya. Me puse a contemplarle apenado. He visto más de un cadáver, y por ello mantuve con facilidad la sangre fría ante aquel testimonio de la

muerte. ¿Quién poseía momentos antes una energía mayor que la de aquel hombre? Mil guerreros respetaban y obedecían sus menores órdenes. La trompeta y las armas permanecí-

an mudas hasta que él hablaba. Junto a su herida reciente mostraba su cuerpo, sano y fuerte, las honrosas cicatrices que hicieron su gloria... Tal debía ser, pues, el fin del que tantas veces había arrostrado los peligros y puesto en fuga a los enemigos en las batallas...

El comprador de Juan y su compañero los condujo a un barco dorado, en el cual se embarcó con ellos, navegando rápidamente, a golpe de remos, hasta llegar a anclar junto a una muralla dominada por las copas de unos sombríos cipreses. Descendieron, y su con-ductor golpeó el postigo de una puertecilla de hierro, que se abrió al momento, entrando los tres en una alameda sombreada. Mientras avanzaban, don Juan comunicó a su compa-

ñero en voz baja sus pensamientos:

—Me parece que no sería un gran pecado intentar conseguir nuestra libertad. Matemos a este viejo negro y huyamos. Antes podríamos hacerlo que decirlo.

—Sí —replicó el otro—, pero, ¿qué hare-mos después? ¿Cómo saldremos de aquí?

Aun cuando consiguiéramos salir, mañana nos veríamos en otro atolladero y en peor disposición, tras la muerte del viejo, de la que estamos ahora. Por otra parte, tengo hambre y, como Esaú, cambiaría de buena gana mi derecho de huir por un razonable bistec.

Llegaron a un vasto edificio; a todas luces, un hermoso palacio. Según las costumbres turcas, su fachada dorada se hallaba cubierta por pinturas de variados colores, de positivo mal gusto, y que recordaban la decoración de un teatro o el biombo pintado de una entretenida europea. Pero, corroborando los secretos proyectos del compañero de Juan, al acercarse a la casa, llegó hasta ellos el aroma de ciertos manjares, asados, guisados, fritos y otros platos que halagan el gusto de todo hombre hambriento, lo cual venció las últimas intenciones belicosas de Juan, el que, abandonando al momento sus ideas, siguió

pacientemente al guía, deseoso ya tan sólo de una buena cena.

Entraron los tres en un salón magnífico y muy amplio, contemplando toda la pompa asiática de que sabe rodearse el orgullo otomano. De un extremo a otro de aquel aposento discurrían o formaban grupos multitud de personas, todas altivas y lujosamente vestidas que ni siquiera pararon atención en el eunuco y los dos cautivos. Atravesaron los tres la vasta sala, y a continuación de ella, sin detenerse, una fila de aposentos lujosamente decorados, en los que reinaban la soledad y el silencio. Llegaron a una habitación redonda, en el centro de la cual una hermosa fuente lanzaba sin cesar un rumoroso chorro de agua. Al fondo de ella se veía una puerta amplísima, cerrada por una reja, y, a través de sus barrotes, pudieron contemplar los hermosos ojos de un grupo de mujeres, cuyo rostro permanecía cubierto por un blanco velo, las cuales mostraban una intensa curiosidad por los cautivos. Siguieron después hasta un aposento, en el que se admiraban profusión de objetos que parecían inútiles, puesto que sólo constituían un halago para la mirada. Parecía el tal aposento el vestíbulo de otra serie de cuartos, por los que se iría Dios sabe a dónde. Los muebles eran de un lujo extraordinario, y simplemente tenderse en los magníficos y lujosos sofás debía de constituir un pecado. El trabajo y colorido de los tapices era tan admirable y precioso, que hacía nacer en el que los contemplaba el deseo de deslizarse sobre ellos acariciándolos.

El eunuco, sin dignarse apenas dirigir una mirada a las bellezas que tanto admiraban los cautivos, se acercó a una especie de armario o guardarropa, oculto en un rincón, lo abrió y sacó de él unos vestidos dignos de adornar el cuerpo del más distinguido musulmán. El traje escogido para el compañero de Juan se componía de una capa que descendía hasta las rodillas, un ancho pantalón otomano, un chal de cachemira, unas chinelas amarillas, una daga de riquísima empuñadura y, en una palabra, de todo lo que constituye el tocado de un petrimetre turco.

Mientras el compañero de Juan se vestía aquellas ropas, el eunuco, cuyo nombre era Baba, explicaba a los dos cristianos las inmensas ventajas que podrían lograr sólo con seguir el sendero que la fortuna abría ante ellos, alabando incesantemente la suerte de los dos cautivos, siempre que supieran conducirse con inteligencia ante los hechos y sucedidos que les esperaban.

Cuando el inglés se hubo convertido en un elegante ciudadano de Constantinopla, Baba se volvió hacia Juan, rogándole que se vistiera el otro traje, con el cual se hubiera ataviado magníficamente y con gusto una princesa. Juan permanecía mudo e inmóvil; su humor no estaba propicio a los disfraces, y rechazó aquellos vestidos con la punta de su pie cristiano, diciendo:

—Anciano, yo no soy una mujer.

La discusión que se sostuvo al respecto fue larga y hasta violenta, pero Baba la terminó concisamente, asegurando a don Juan que si no accedía a cubrirse con aquellos vestidos, a él le sería muy fácil acabar la cuestión llamando a alguien que en un momento le resolvería, dejando a don Juan al margen de uno u otro sexo.

Jurando y perjurando, hubo, pues, nuestro héroe de meterse en aquellas ropas, que no eran otras sino un precioso pantalón de seda color carne, una túnica de gasa blanca y un simple cinturón que le ceñía el talle. Como sus cabellos no eran muy largos, Baba unió a ellos unas trenzas postizas, cubriendo luego su cabeza conforme a la moda entonces usa-da en Turquía. Finalmente, perfumó a don Juan con las más amables esencias.

Equipado así del todo como una mujer, gracias a las ropas, los postizos, las tenaci-llas, los afeites y los perfumes, diestramente manejados por Baba, nuestro héroe parecía una muchacha joven y hermosa, hasta el punto de que el eunuco se mostró inconcebi-blemente encantado de contemplarla. Llamó a unos enanos y ante ellos y los cautivos, con una risible solemnidad, dijo lo siguiente:

—Vos, —señor— dirigiéndose al compa-

ñero de Juan—, no tendréis inconveniente-mente en ir a cenar con estos señores—y señalaba a los enanos—. En cuanto a vos—se dirigía a Juan—, respetable monja cristiana, me seguiréis. Pocas chanzas, caballero, porque cuando digo una cosa debe hacerse.

¿Qué teméis? ¿Tomáis este sitio por la cueva de un león? Es un palacio donde los verdaderos sabios ganan anticipadamente el paraíso del Profeta, y donde, a veces, hasta lo gozan.

Y como don Juan protestara, añadió:

—Vamos, locuela, os digo que nadie os hará mal.

Don Juan se volvió hacia su compañero, el cual, aunque algo triste, no pudo contener una sonrisa ante la metamorfosis de que era testigo:

—Adiós—dijo don Juan.

—Adiós—replicó el otro—. Conservad vuestro honor, aunque la misma Eva haya sido la primera que nos mostró el camino del pecado.

Y don Juan, con orgullo, aseguró:

—Estad tranquilo. Ni el mismo sultán me poseerá, a no ser que su Alteza me dé palabra formal de casamiento.

Con esto, que indica un cierto buen humor, se separaron ambos, tomando cada uno distinto rumbo. Baba condujo a Juan, de aposento en aposento, atravesando suntuosas galerías, hasta llegar a una ancha puerta de mármol que se distinguía a lo lejos entre las tinieblas. Los vapores de un rico perfume les envolvían a los dos y parecía que se acercaban a un templo, porque todo cuanto les rodeaba era vasto, silencioso, odorífico y divino. La gigantesca puerta de mármol se hallaba recamada de bronces dorados, cince-lados con exquisito talento. Cerraba la entrada de una extensa sala. Antes de entrar, Ba-ba se detuvo para dar a Juan, como fiel guía de su conducta, algunos sanos consejos:

—Si pudierais probar, tan solo, a modifi-car vuestro paso, realmente majestuoso, pe-ro demasiado varonil, todo iría mejor. Deberíais balancearos un poco de uno a otro costado, cosa que os comunicaría una gracia encantadora. Sería también conveniente que tomaseis un aire más modestito. Lo digo porque los guardianes de esa puerta podrían ver a través de vuestras ropas, y si llegase a descubrirse vuestro disfraz, lo mismo vos que yo, dormiríamos esta noche en el

Bósforo dentro de un saco, modo de navegar, en realidad, un poco difícil.

Después de haber animado así a nuestro héroe, Baba introdujo a Juan en una sala más esplendorosa aún que la última de que hemos hablado. Un confuso montón de riquezas des-lumbraba la vista del que penetraba en ella.

En aquel aposento maravilloso, bajo un dosel de las más ricas telas imaginables, se extendía un amplísimo lecho, cubierto de pieles y de sedas, en el que se hallaba recostada una dama, con el aire de bienestar y abandono de una reina. Baba se paró y, doblando la rodilla, hizo una seña a Juan, que, poco acos-tumbrado a rezar, se arrodilló también por instinto, ignorando lo que esto podía signifi-car, en tanto el eunuco continuaba sus zalemas hasta el fin de la ceremonia. La dama, levantándose con gracia singular, con la gracia de la misma Venus Afrodita saliendo de las ondas, fijó sobre los dos sus ojos voluptuosos, como los de una gacela, que eclipsa-ron toda la pedrería que la cercaban, y, levantando un brazo, tan blanco como un rayo de luna, hizo una seña a Baba, el cual, después de haber besado sus sandalias de púrpura, la habló en voz baja, mostrándole a Juan.

Todo en la dama era tan noble como su mismo rango y su belleza. Tenía ese encanto omnipotente que una descripción literaria debilitaría. Prefiero abandonarla a vuestra imaginación que perjudicarla con mis palabras, ya que quedaríais deslumbrados totalmente si fuera posible que os describiera y detallara sus atractivos, ajustándome a la realidad verdadera. Debo decir, sin embargo, que tan hermosa mujer había pasado ya la primera juventud y podría tener de veinticinco a veintiséis primaveras. Pero hay bellezas en las que el tiempo no deja la menor huella; tal fue María Estuardo, porque aunque el amor y las lágrimas perjudiquen la belleza y el dolor marchite sus encantos, es cierto que hay hermosas que nunca pierden la belleza.

Tal fue también, y el ejemplo es todavía más justo, Ninón de l'Enclós.

La dama dijo algunas palabras a las doncellas que formaban un grupo de 10 ó 12

jovenzuelas e iban uniformemente vestidas con la misma ropa que don Juan. Parecían todas verdaderas ninfas, y hubieran podido tratar como hermanas a aquellas doncellas de Diana que el tiempo no olvida. Claro

está que esta doncellez comparativa era sólo exterior y que yo no puedo, por mucho que lo quiera, ofrecer garantía de lo demás... Hicieron todas ellas un saludo respetuoso y se retiraron.

Luego que hubieron salido, Baba hizo una seña a Juan para que se acercara y después para que se arrodillase y besase los los dos lindos pies de la hermosa dama. Juan se hizo repetir esta invitación, haciendo notar a Baba que lo sentía mucho, pero que él no podía besar ningún zapato, excepto el del Papa.

Indignado Baba con aquella orgullosa contestación, le amenazó en voz baja, hablándole del Bósforo. Al fin, hubo un arreglo, que con-sistió en que Juan, ya que no quería besar el pie, besase la linda mano de la dama. Así lo hizo, y preciso es convenir que si el estado de su alma, fiel a la memoria de la dulce Haida, hubiera sido otro, acaso no se hubiese limita-do a aquella fórmula de cortesía, cuanto que en manos como aquélla que besaba se detiene la boca con amor, y daría muy gustosa dos besos en vez de uno.

Miró la dama a Juan de pies a cabeza y ordenó a Baba que se marchase, lo cual hizo éste al momento Después que el guía salió, se produjo en la dama, que hasta entonces había permanecido solemne y desdeñosa, un cambio repentino. Su frente dejó ver una extraña conmoción y sus mejillas se cubrie-ron de un rubor semejante al de las nubes que recorren el cielo en el estío a la hora de la puesta del sol. Mezclábanse en sus ojos las variadas luces que indican el orgullo y el de-leite. Su belleza tenía en tal actitud todas las gracias de su sexo, y sus facciones poseían el aire seductor del demonio cuando tomó la forma de un querubín para engañar a Eva y abrirnos, Dios sabe cómo, la senda del mal.

Iguales defectos hubieran podido encontrarse en el sol que en ella. Le faltaba, sin embargo, algo, como sí pareciese más propia a mandar que a conceder. Su sonrisa era altiva, aunque muy dulce. Sus movimientos, soberanos e imperiosos. Había orgullo hasta en las uñas de sus lindos pies pequeñitos, como si ellas también hubiesen comprendido su rango.

Parecía caminar sobre cabezas humilladas.

Para acabar plenamente su descripción entera en alma y cuerpo, diremos que un puñal, con la empuñadura cargada de pedrería, adornaba su cintura admirable. Señal que indicaba, además de las

condiciones de su carácter, que era la esposa del Sultán.

Todo merece ser explicado en un poema.

La verdad es que don Juan, el último de los caprichos de esta hermosa Sultana, la había seducido con su sola presencia cuando ella pasó entre sus esclavos delante del mercado.

Mandó al instante que se lo comprasen, y Baba, que jamás había rehusado su ministe-rio para ninguna mala jugada, recibió sus instrucciones para obrar. Si ella no tenía prudencia, el eunuco suplía esa falta, y ello explica el traje que don Juan se había visto obligado a vestirse tan a pesar suyo. La juventud y las facciones de nuestro héroe favo-rececieron el disfraz, y esto fue todo. Si vosotros me preguntáis cómo se aventuraba la esposa de un Sultán a satisfacer semejantes caprichos, he ahí un punto cuya contestación dejo al arbitrio de las propias Sultanas. Los emperadores más poderosos y exigentes no son sino maridos a los ojos de sus mujeres, maridos simplemente, con idéntica facultad en sus frentes, y los reyes, como las reinas, son engañados muchas veces, cosa que la experiencia y la tradición atestiguan.

La Sultana creía haber zanjado ya todas las dificultades. Estimando a Juan de su absoluta propiedad, le dirigió una tierna mirada amorosa, no exenta de autoridad, y le dijo, sin preámbulo alguno, persuadida de que su frase sería más que suficiente para abrir-le las puertas a su deseo:

—Cristiano ¿sabes amar?

Hubiera sido suficiente aquello, en tiempo y lugar oportunos, pero Juan, cuya alma estaba llena aún del recuerdo de Haida, sintió retroceder hasta el corazón la sangre que coloreaba su rostro, cambiándose el encarnado que lo cubría en una palidez extrema. La pregunta de la hermosa mujer penetró en él como una lanza, le emocionó profundamente, trajo a su memoria el dulcísimo recuerdo de otras horas, y su tierna juventud se deshizo en llanto. Chocó esto a la Sultana, no por las lágrimas, que las mujeres usan con tanta frecuencia, sino porque siempre hay algo desagradable en los ojos húmedos de un hombre. Un momento, Gulbeyaz, que así se llamaba la hermosa, tuvo el impulso de consolar a Juan, pero no supo cómo hacerlo, puesto que conocía escasamente la manera de dirigirse de

igual a igual a un semejante.

No pudo, pues, intervenir, y las lágrimas de don Juan hubieron de cesar solas. En ello se perdió un tiempo que Gulbeyaz consideraba muy valioso, ya que, arriesgando como arriesgaba, dado el carácter del Sultán, su vida en aquella agradable lección de amor que había proyectado, era para ella un verdadero martirio perder la hora de que podía disponer, y de la cual se había pasado ya una parte considerable, viendo verter lágrimas al varonil objeto de sus caprichos.

He de afirmar que la bella Sultana tenía razón y tengo que aconsejar a los que se en-cuentren en iguales circunstancias que ella que aprovechen su tiempo, sobre todo, si viven en un país meridional, puesto que, entre nosotros, en general, hay menos prisa para eso. Pero en los climas del mediodía, toda dilación es un crimen. Como mucho favor no se conceden más que dos minutos o tres para preparar el asunto, y la tardanza de un momento más menoscaba la buena fama de cualquiera.

La reputación de Juan como amador era bastante buena y aún, dada su juventud, hubiera podido mejorarse, pero se le había metido Haida en la cabeza, y por extraño que fuera frente a una mujer como Gulbeyaz, no podría olvidarla, lo que le hacía parecer muy mal educado. La Sultana, que lo consideraba como deudor suyo por haberlo traído a su palacio, empezó a ruborizarse hasta el blanco de los ojos, empalideció después rápida e intensamente, volvió a ruborizarse, tornó a ponerse pálida, y luego se ruborizó de nuevo.

Finalmente, colocó sus manos entre las de él y le dirigió una tierna mirada, con ojos que no necesitaban nada para persuadir al menos propicio, buscando el amor en los suyos; pero no lo encontró. Su frente se obscureció entonces, pero se abstuvo de toda amenaza, porque esto es lo último que hace una mujer verdaderamente altiva. Se separó de Juan y fue a reclinarse sobre su lecho.

Don Juan, entonces, conociendo lo emba-razoso de la prueba por la que pasaba, para la que le servían de coraza el dolor, la cólera y el orgullo, pero deseoso de salvar la opinión que de él pudiera haber Gulbeyaz, se acercó a ella y, altivamente, dijo:

—El águila rehusa anidar; yo rehuso también servir los sensuales

caprichos de una Sultana. ¿Me preguntas si sé amar? Con no amarte a ti, te pruebo cuánto he amado. Bajo este vil disfraz, más que el amor me convendrían el huso y la rueca. El amor pertenece a los corazones libres. No me fascinan ni tu poderío ni la belleza de estos espléndidos artesonados. Cualquiera que sea tu poder, que tan grande parece, las frentes se humi-llan ante él, las rodillas se doblan, los ojos velan, los brazos obedecen; pero aún nos pertenecen nuestros corazones.

Eran estas de don Juan unas verdades muy comunes entre nosotros, los europeos, mas Gulbeyaz no había oído jamás palabras semejantes. Creía que el menor de sus man-datos constituía un placer para aquél que lo recibía, e imaginábase que la tierra entera no había sido creada sino para los Sultanes y las Sultanas. Apenas sabía si el corazón estaba a la derecha o a la izquierda. Por otra parte, era tan hermosa, que, en una situación mucho más humilde que la suya, hubiera podido ser reina o turbar un reino. Jamás sus atractivos habían sido desdeñados por nadie. Por consiguiente... Recordad vosotros lo que sucedió cuando conservasteis vuestra castidad juvenil contra los propósitos de amor de una viuda desesperada y dolida por vuestro desdén en la canícula; recordad su rabia y todo cuanto se ha dicho y escrito sobre el tema, y en seguida tendréis una idea aproximada de la figura que hacía la bella Sultana en el mismo caso. Suponed... la esposa de Putifar, lady Boody, Fedra y todos los buenos ejemplos que la historia nos ha dejado, y después suponed que aún os halláis lejos de concebir el furor de Gulbeyaz.

Su rabia no duró más que un minuto, lo cual fue una felicidad, porque un momento más la hubiera hecho morir. Fue como un relámpago, y pasó sin palabras. En realidad, Gulbeyaz no podía hablar, puesto que la vergüenza natural en su sexo, por débil que hubiese sido en ella hasta entonces, se manifestó de repente, humillándola dolorosamen-te. Su primer pensamiento fue mandar que cortaran la cabeza de Juan...; el, segundo despedirle...; el tercero, preguntarle dónde había recibido su educación...; el cuarto, ex-citar su arrepentimiento...; el quinto, llamar a sus doncellas y echarse a dormir...; el sexto (lo cual indica que la ira intentó retornar), darse de puñaladas a sí misma...; el séptimo, mandar azotar al pobre Baba... Pero, al fin, se sentó de nuevo en el borde de su lecho y... se puso a llorar.

Enternecióse Juan al verla; mas era tanto su heroísmo, que se hubiera dejado empa-lar, descuartizar, degollar en medio de los mayores tormentos, arrojar a los leones, o servir de cebo a los peces, antes que consentir en el pecado, excepto cuando ello le con-viniese. De todos modos, su virtud vaciló an-te aquel tierno espectáculo. En un momento se asombró de haber rehusado las proposi-ciones de la Sultana y hasta soñó que aún podía volver a entablar negociaciones, con-cluyendo por acusar a su salvaje virtud lo mismo que el monje acusa al voto que ha contraído o la mujer al juramento que ha prestado, de lo que resulta con frecuencia que una y otro violen su juramento y que-branten su voto... Empezó, pues, Juan, a tartamudear algunas excusas, pero las palabras no bastan en semejante negocio. Sin embargo, en el momento en que una lánguida sonrisa de Gulbeyaz le traía la esperanza de hacer las paces, entró de repente, sin aviso, y con una expresión de terror en los ojos saltones, el viejo Baba. Se arrojó a los pies de la Sultana y exclamó, sin aliento:

—Esposa del Sol y hermana de la Luna, Emperatriz de la tierra, vuestro esclavo os trae..., esperando que no sea demasiado pronto..., noticias dignas de vuestra sublime atención: El Sultán llega. El mismo Sol me ha enviado a anunciaros su venida...

—Bien quisiera yo—dijo Gulbeyaz—que no brillase hasta por la mañana..., pero decid a mis doncellas que formen la vía láctea..., y tú, cristiano, mézclate entre ellas como puedas, si quieres que te perdone tus desdenes.

Así conoció don Juan al poderoso Sultán de Turquía. Mezclado con el tropel encantador de las doncellas de Gulbeyaz vio llegar a sus eunucos blancos y negros, los soldados de su guardia y sus esclavos indios. Detrás venía su Majestad con un turbante colado hasta la nariz y una hermosa barba que cubría su rostro hasta los ojos. Sacado de una cárcel para presidir su corte y gobernar su reino, debía el trono al cordón con el que hacía poco había ahorcado a su hermano. Su Majestad paseó en su derredor su mirada y viendo a Juan, disfrazado, entre las doncellas, dijo a la Sultana:

—Ya veo que habéis comprado otra muchacha. Lástima es que una simple cristiana sea tan hermosa.

Este requiebro hizo temblar y sonrojarse a la virgen recién comprada, en tanto que sus compañeras la miraban entre mohines y cuchicheos que la etiqueta contenía. La envidia no es sólo patrimonio de nuestras damas europeas.

***

Pero nuestro poema bien merece que hagamos una pausa, examinando determinados hechos. Hemos dejado a nuestro héroe y a nuestra tercera heroína en una situación que, aunque embarazosa, no es de las más extraordinarias, puesto que los hombres se ven muchas veces obligados a exponer su vida por dar en la triste tentación de conquistar una mujer cuyos amores les están veda-dos. Los Sultanes aborrecen extraordinaria-mente estos pecadillos, no siendo, por cierto, del parecer del sabio romano, (el heroico, el estoico, el sentencioso, el amable Catón, que prestaba su mujer a su amigo Hortensio... Ya sé que Gulbeyaz no obraba con razón, y así lo confieso, lo deploro y lo vitupero, pero, como detesto toda mentira, aunque sea en poesía, tengo que hacer constar que la razón de la Sultana era más débil que sus pasiones. Así, ella pensaba que no le bastaba el corazón de su esposo, aun suponiendo que le pertenecie-se por entero, lo que, en verdad, era cosa dudosa, considerando que el Emperador contaba cincuenta, y nueve años de edad y tenía mil quinientas concubinas. No soy "aritméti-co" como Cacio, pero, si calculamos con exactitud, tal como hacen nuestras lindas mujercitas con sus cuentas, el cálculo nos demostrará que la imposibilidad en que se encontraba el barbudo Sultán de cumplir por entero sus deberes conyugales, era lo que hacía pecar a la Sultana, pues si aquél era equitativo, no podía ésta reclamar para sí más que el insignificante mil quinientos-avo de su corazón, víscera turca que debería estar entregada a su monopolio, conforme a la verdadera justicia amorosa... Se ha observado que las mujeres litigan sobre toda clase de posesiones, y si esto sucede en los países cristianos como lo prueban sendas sesiones de los tribunales en el instante en que ellas sospechan que otra tiene parte en lo que la Ley les concede para su goce exclusivo, también las damas paganas están dispuestas a reclamar lo suyo. Hacen, pues, valer sus derechos matrimoniales todas las hijas de Eva, lo mismo en los países bañados por el Tigris que en los que riega el Támesis. Gulbeyaz, pues, tenía algún motivo para sentirse caprichosa...

Y volvamos al poema. La Sultana debió llevar bastante hábilmente su

papel, puesto que, a pesar del requiebro dedicado por su esposo a nuestro héroe, es lo cierto que unas horas después los dos soberanos turcos dormían plácidamente en su lecho, o cuando menos uno de ellos. ¡Cuán penosa es la noche que pasa junto a su celoso la mala mujer que, amando a algún mozalbete, suspira por el alba y espía en vano su llegada, no osando moverse, ni dar vueltas, ni dormir, ni respirar siquiera, por temor a despertar a su demasiado legítimo compañero de cama!

En cuanto a don Juan, disfrazado con sus vestidos de doncella, hubo de no olvidarse de tal disfraz entre sus compañeras, a las que, sin embargo, no pudo menos de admirar a cada instante, contemplando a conciencia sus encantos, desde la garganta hasta las uñas de los piececitos. Confundido con ellas, fue trasladado al dormitorio de aquellas hermosas jóvenes y, después de un agradable rato dedicado a la conversación, el juego, la danza y el canto, se encontró convertido en la mejor

"amiga" de tres de aquellas muchachas, llamadas Lolah, Katinka y Dudú. Lolah era mo-rena, fuerte y flexible, como una indiana; Katinka, que había anacido en Georgia, blanca y sonrosada, con grandes ojos azules, bonitos brazos, lindas manos y unos pies tan pequeños que no parecían hechos para andar, sino para deslizarse suavemente sobre la tierra; al paso que Dudú, bellísima y muy joven, parecía estar hecha para vivir siempre en la cama, porque era más bien algo gordi-ta, lánguida e indolente, y con un atractivo singular que hacía perder la cabeza a cualquiera. Se hallaban las cuatro amigas en la más amable y cariñosa conversación posible cuando la encargada de las doncellas se acercó y dijo:

—Ya es tiempo de acostarse. No sé qué hacer de vos, querida niña— añadió, dirigiéndose a don Juan—. Vuestra llegada no estaba prevista, y todas las camas están ocupadas.

Habréis de partir conmigo la mía. Mañana por la mañana arreglaremos el asunto.

Al oír estas palabras, Lolah se apresuró a intervenir:

—Vuestro sueño es ligero, querida due-

ña, y no puedo sufrir que nadie lo turbe. Me llevaré a Juana. No nos molestaremos nada la una a la otra, pues entre las dos somos la mitad de delgadas que vos. Os respondo de cuidar bien a la joven extranjera.

Pero fue interrumpida por Katinka, la cual manifestó que sentía también compasión por su amiga y poseía igualmente una cama, añadiendo:

—Además, odio el dormir sin compañía.

—¿Por qué?—replicó la matrona, frun-ciendo las cejas.

—¡Oh!—dijo Katinka—. Por miedo a los duendes.

—Os advierto a las dos—replicó la matrona—que debéis continuar durmiendo solas, en tanto el Sultán no opine de otro modo.

Confiaré a Juana a Dudú que es tranquila, inofensiva, silenciosa y tímida, y que no se mueve, ni charla, ni ríe, ni molesta en toda la noche. ¿Qué os parece, hija mía?

Dudú no respondió nada, porque era de un carácter bastante silencioso; pero se levantó para besar a la matrona en los ojos y a Katinka y a Lolah en las mejillas y, después, con un ligero movimiento de cabeza, tomó a Juana de la mano para conducirla a su habitación y a su lecho.

Tal habitación era el dormitorio común de todas aquellas ninfas, y Juan fue conducido por Dudú por aquel laberinto de mujeres, escuchando las explicaciones de la dulce niña sobre las costumbres de Oriente y las leyes castas y púdicas, gracias a las cuales, cuanto más se puebla un harén, más estrictas se van haciendo, por necesidad, las virtudes virginales de cada belleza supernumeraria.

Después de todo esto, la dulce Dudú dio a quien ella tenía por Juanita un casto beso, pues estaba loca por dar besos, lo que nadie, estoy seguro, tomará a mal, ya que se trata de algo muy grato que, además,

no significa nada entre mujeres. Se fue quitando después, inocentemente, sus vestidos, lo que no le costó mucho trabajo, porque, como hija de la naturaleza que era, se adornaba con muy pocos velos. Las diferentes prendas de su traje fueron puestas a un lado, una después de otra, aunque no sin que Dudú hubiera ofrecido primero su ayuda para desvestirse a la hermosa Juana, si bien la excesiva modestia de ésta le hizo rehusar la complaciente oferta. Después ambas se metieron en la ca-ma, en la mutua actitud de ignorancia y so-bresalto que el lector puede suponer.

Reinaba un profundo silencio en el dormitorio; las lámparas no iluminaban sino dé-

bilmente la estancia, y en cada lecho se cernía el sueño sobre las bellas que los ocupaban. Eran todas ellas semejantes a flores diferentes entre sí por sus colores, su clima, la arrogancia y flexibilidad de sus talles. La una con la cabellera de ébano, enlazada con des-aliño, y la hermosa frente suavemente reclinada en la almohada, como una fruta pendiente de su rama, dormitaba con tranquila respiración, dejando ver por sus entreabier-tos labios una doble fila de perlas. Otra apo-yaba su sonrosada mejilla sobre un brazo de resplandeciente blancura, y numerosos rizos de oro coronaban su frente. Entregada a un sueño grato, y suponemos que ardoroso, se sonreía de un modo encantador y, semejante a la luna que penetra a través de una nube, descubría a medias sus más secretos atractivos, agitándose blandamente entre las blancas sábanas de su lecho, como si se aprove-chara de las discretas horas nocturnas para sacarlos sin rubor a la luz. Las facciones pálidas de una tercera recordaban el dolor e indicaban que soñaba en unas playas lejanas y queridas, de las que había sido arrancada cruelmente; bajo las sombrías pestañas de sus párpados corrían con suavidad algunas lágrimas, semejantes a las gotas de rocío que brillan en la negra rama de un ciprés.

Otra había inmóvil, como una estatua de mármol, sumergida en un sueño silencioso y apacible: blanca, fría y pura y extraordina-riamente hermosa.

¿Cómo dormía o ensoñaba la dulce Dudú, mientras tanto? Nunca ha podido saberse.

Mas lo cierto es que la noche no habría llegado aún a la mitad de su

camino, cuando, de repente, Dudú lanzó un grito tan agudo que despertó a todas sus compañeras, producien-do una conmoción general. Las doncellas sal-taron de sus lechos y acudieron asombradas.

Dudú, que se había despertado también con su propio grito, hubo de contestar a las agitadas preguntas de las bellas que rodeaban su cama, envueltas en flotantes velos, los cabellos en desorden, los pechos, los brazos y las piernas desnudos y la vista ansiosa. Sólo una, y ello es asombroso, permanecía dormida en la habitación, y era Juana, precisamente acostada al lado de Dudú. Ningún clamor fue bastante a interrumpir su sueño, y hasta que la sacudieron sus compañeras no abrió los ojos, bostezando.

Estrechada a preguntas, confesó Dudú que había soñado que se paseaba por un bosque obscuro, lleno, sin embargo, de frutas agradables. En medio del bosque, pendiente de la rama de un árbol, se veía una hermosa manzana que Dudú hubiera querido probar.

Como la fruta se hallaba muy alta, fuera del alcance de sus manos, arrojó piedras y cuanto pudo encontrar, contra ella, a fin de des-prenderla del árbol y conseguir que cayera a sus plantas. De repente, en el momento que más desesperada se hallaba, la manzana ca-yó por sí misma a sus pies, y entonces su primer movimiento fue el de tomarla entre sus manos y morderla con ansia hasta el corazón. Sus labios bermejos iban a abrirse sobre la fruta de oro de su sueño, cuando salió de ella una abeja zumbadora que clavó a Dudú su aguijón hasta el fondo del alma.

Ello fue lo que la hizo despertarse con espanto y lanzar su queja.

Las doncellas del harén, al escuchar el relato de su compañera, comenzaron a murmurar, considerando que Dudú las había despertado sin motivo. La matrona se incomodó también, riñendo a la pobre Dudú, que no hizo más que suspirar, sintiendo haber grita-do.

—He oído hablar de historias de gallos y de toros —dijo la matrona—, pero arrancar-nos de nuestro reposo por bobos ensueños sobre una manzana y una abeja y turbar a todas las odaliscas en su cama a las tres y media de la madrugada, eso es inconcebible.

Mañana veremos lo que dice el médico sobre vuestro histerismo... ¡Y la pobre Juanita, verse incomodada de este modo la primera noche que pasa entre nosotros! Muy cuerda andaba yo cuando pensaba que

la joven extranjera no podía dormir sola, pero que necesitaba una compañera tranquila. Creí que vos hubierais podido proporcionarla un buen reposo, pero ahora veo que será preciso que la confíe a los buenos cuidados de Lolah, aunque su cama no sea tan ancha como la vuestra.

Al oír esto, brillaron los ojos de Lolah; pero la pobre Dudú, entre lágrimas, imploró el perdón por su culpa y añadió, con tono tierno y afectuoso, que suplicaba no la quita-sen a Juana y que en adelante procuraría reprimir sus ensueños. La misma Juana se interpuso cariñosamente diciendo que se encontraba muy bien al lado de Dudú, como lo atestiguaba su profundo sueño, y que no te-nía deseo de abandonar a su buena compa-

ñera de lecho. Mientras así hablaba nuestro héroe, convertido en heroína, Dudú escondía su cabeza en el seno de aquélla, no dejando visible sino una parte de su lindo cuello del color de las rosas a punto de abrirse. Ignoro por qué se ruborizaba, y no podría explicaros el misterio de su grito y de su ensueño inte-rrumpido, pero puedo aseguraros que cuanto os relato es absolutamente verdadero...

***

Mientras sucedía lo que queda relatado, los tímidos rayos de la nueva aurora envolví-

an tiernamente el palacio del Sultán de Turquía. La bella Gulbeyaz, abandonando su lecho, en el cual sólo había hallado insomnios, un lecho magnífico y más blando que el de aquel sibarita que gritaba de dolor cuando encontraba en su cama una hoja de rosa, se cubrió con una capa de gasa y se adornó con algunas joyas. Era tan hermosa que el arte de tocador no hacía sino destacar levemente sus propios atractivos. En aquel momento se hallaba tan agitada que ni siquiera pensó contemplarse en cualquier espejo, por lo que perdió una ocasión de sentirse orgullosa de sí misma, puesto que su palidez y sus ojeras, consecuencia de la mala noche que había pasado en lucha entre el amor y el orgullo, la hacían aún más bella.

Casi al mismo tiempo, o quizá un poco más tarde, se levantaba también el Sultán, dueño sublime de treinta reinos y de una mujer que, sin embargo, lo aborrecía. Cuando el Sultán abandonó el palacio, Gulbeyaz se retiró a su gabinete e hizo llamar a Baba. Le preguntó por

Juan y se informó de lo que había pasado desde que los esclavos se retiraron. ¿Qué había hecho Baba de ellos?

¿Había salido todo a la medida de su deseo?

¿Había sido conocido el disfraz? Pero, sobre todo, ¿cómo había pasado Juan la noche y en qué sitio? ¡Oh!, la Sultana estaba impaciente por saberlo...

Baba parecía preocupado, perplejo, y como si quisiera ocultar algo. Gulbeyaz, que amaba ante todo la obediencia rápida en sus súbditos, multiplicó sus preguntas; pero las respuestas eran cada vez más vagas, de manera que el semblante de la Sultana comenzó a dar señaladas muestras de disgusto. Con ello, Baba hubo de ser relativamente sincero, y explicó a su dueña que don Juan había sido confiado a Dudú y se había visto obligado a pasar la noche con ella en un mismo lecho.

De todos modos, él estaba seguro de que Juan no había dejado conocer su verdadero sexo... Buen cuidado tuvo Baba de olvidar en su relato el extraño sueño sufrido por Dudú.

Aunque Gulbeyaz no era una mujer débil y propicia al desmayo, como lo son las damas cristianas, aunque no lo sean, el hecho es que pareció próxima a desmayarse. Postrada lentamente en un sillón apoyó su hermosa cabeza entre las manos, reclinando los brazos sobre las trémulas rodillas. Una sombría desesperación elevaba y oprimía su seno encantador, y su larga cabellera caía sobre su rostro ocultando casi sus hermosas facciones y sus exquisitas manos pálidas... Baba, que sabía por experiencia cuándo debe hablarse y cuándo no, contuvo su lengua hasta que hubo pasado aquella tempestad... Por fin, la Sultana se dirigió al eunuco y le dijo:

—Baba, trae a los dos esclavos.

Baba se estremeció y pareció dudar un momento, pidió perdón después y, al fin, acabó por suplicar respetuosamente a su ama que se sirviera decirle con exactitud a qué esclavos se refería.

—La georgiana y su amante—replicó Gulbeyaz, y luego añadió—: Que esté pronta la barca al pie de la puerta secreta; lo demás ya lo sabes.

Baba suplicó a la Sultana que revocase la orden que acababa de oír.

—Oír es obedecer —dijo—, pero pensad en las consecuencias. No es que no esté pronto a obedeceros, pero una precipitación puede constituir un grave riesgo, señora mía.

Pienso en vuestra sensibilidad, en el caso que se produjera un descubrimiento inesperado.

Aun oculto por las olas más profundas de todos los mares vuestro esclavo, ya le amáis, señora, y si recurrís a un medio violento y lo hacéis perecer, no os curaréis por ello.

—¿Qué entiendes tú de amor, miserable? ¡Vete! ¡Vete y ejecuta mi voluntad!

Baba desapareció, porque sabía muy bien que si llevaba adelante sus razonamien-tos, se hubiera visto expuesto a seguir la misma suerte de don Juan, y, por más que deseaba acabar el asunto sin hacer mal al prójimo, prefería su cabeza a la de otro cualquiera. Marchó, pues, a ejecutar su comisión, si bien refunfuñando contra las mujeres, en especial cuando son Sultanas. Llamó en su auxilio a dos compañeros, enviando a uno de éstos para que advirtiera a la joven pareja que se ataviase sin tardanza y se presentase a la soberana, la cual se había informado de Dudú y Juana con la más tierna solicitud. Al oír tal mensaje, una y otra parecieron sor-prendidas, pero hubieron de obedecer de buen o mal grado. Dejémoslas ahora que se preparen para asistir a la audiencia imperial.

¿En ella Gulbeyaz se compadeció de nuestro héroe y de la tierna niña, libertando a una y otro, como hubieran hecho tantas mujeres de su especie, o no lo hizo? He aquí algo que conviene saber más adelante.

Ahora es preciso que nuestro poema cambie de escenario. Esperando que la dulce Juana y su compañera, o nuestro hermoso héroe y su reciente esposa, porque ya casi no sabemos lo que en verdad era don Juan, se libraran de ser pasto de los peces, utilizamos el incontenible vuelo de la fantasía para iniciar el canto de sucesos y personas distintos...

Cantemos los amores feroces y los combates infieles. Cantemos las hazañas y los cañonazos que hicieron famoso el sitio de una fortaleza llamada Ismail, sitio que fue sostenido, al frente de sus ejércitos, por el bravo general Suvaroff, guerrero, aficionado a la sangre, como los alemanes a la cerveza. La fortaleza lo era de primer orden y guarnecía todo un arrabal de la ciudad. Su foso era profundo, como el mar mismo, y sus murallas se elevaban a una altura, de la cual no quisierais por cierto veros ahorcados.

La mañana de nuestro relato, los ejércitos rusos se hallaban dispuestos para el asalto de la ciudadela. ¡Ay! ¿ Qué he de hacer para poder citar los gloriosos nombres de sus generales, todos a las órdenes del inmarcesi-ble Suvaroff? ¿Qué ortografía y qué esfuerzo no serán necesarios para introducir sus inmortales nombres en mis versos? Sin embargo, he de citar algunos. Strongenoff, Stroko-noff, Meknoff, Sergio Loff, Arsnieuw, de la Grecia moderna; Tchitsshakoff, Rokenoff, Chokenoff y otros de doce consonantes para una vocal, de los cuales harían mención, si pudiera sacarlos del olvido. Entre todos ellos había también extranjeros ilustres, volunta-rios que combatían contra el turco; ingleses inmortales, de los cuales dieciséis se llaman Thompson y diecinueve se llamaban Smith; franceses valientes, jóvenes y alegres; espa-

ñoles, alemanes, y diversas mezclas de europeos.

La batalla comenzó casi de madrugada, y durante mucho tiempo las baterías rusas bombardearon la ciudad y la fortaleza. Más tarde, los barcos sitiadores avanzaron en orden de combate acercándose a la ciudad y comenzando un feroz cañoneo contra ella.

Entonces los barcos turcos contestaron el fuego, y durante seis horas hubieron de sufrir las naves rusas la horrible lluvia de proyecti-les de la armada turca. En tales juegos, unos y otros perdieron muchos buques, a la vez que veían morir a miles los bravos soldados de su infantería. Entre todos éstos se destacaba especialmente un verdadero hércules, llamado Potemkin, gran personaje de los ejércitos rusos, muy destacado en los tiempos en que el homicidio y la prostitución po-dían servir para hacer una grandeza.

Fue este Potemkin quien tuvo la fortuna, en medio del combate, al realizar un valeroso avance sobre el terreno enemigo, a fin de averiguar el emplazamiento de su artillería, de encontrar al anochecer una banda desconocida de turcos, uno de los cuales hablaba su lengua

bien, o mal, y traerlos prisioneros ante el gran Suvaroff. Suvaroff, en aquel momento, en mangas de camisa, arengaba a una compañía de cosacos, intentando con-vencerles de la enorme belleza que anida en la noble ciencia de matar, pues, considerando la naturaleza humana como barro vil, aquel gran filósofo proclamaba sus preceptos, a fin de probar a las inteligencias marciales que, en una batalla, la muerte equivale a una buena pensión para las viudas. Viendo Suvaroff que Potemkin se acercaba con aquella tropa de prisioneros, le preguntó:

—¿De dónde vienen esos hombres?

—De Constantinopla, señor. Somos cautivos escapados del serrallo— dijo uno de los prisioneros.

—¿Quiénes sois?

—Los que veis.

—¿Vuestros nombres?

—Jhonson es el mío. Juan, el de mi compañero.

Los otros dos son mujeres. El quinto no es ni mujer ni hombre.

—He oído ya vuestros nombres; el vuestro no es nuevo para mí. En cuanto a esa quinta persona... En fin... Bien, ya veremos...

Digo que creo haber oído vuestro nombre en el regimiento Nikolaiew.

—Precisamente.

—¿Servíais en Midis?

—Sí.

—Conducíais el ataque?

—Sí.

—¿Qué ha sido de vos después?

—Un tiro me derribó y me hicieron prisionero.

—Seréis vengado... ¿Dónde queréis servir?

—Donde queráis.

—Y ese joven, ¿qué puede hacer?

—A fe, general, que si es tan bueno en la guerra como en el amor, podía ser puesto a la cabeza de los encargados del asalto.

—Se le pondrá, si se atreve a ello.

A estas palabras, nuestro héroe, que no era otro el desconocido, se inclinó con el respeto que merecía el cumplido de su amigo y se cuadró marcialmente ante el general. Este prosiguió:

—Una providencia especial ha querido que vuestro antiguo regimiento sea el señalado para el asalto. He jurado a más de un santo que entraremos en la fortaleza, quieran o no quieran... ¡Así, pues, hijos míos, a la gloria!... Vos, Jhonson, volveréis a incorpora-ros al mando de vuestro regimiento. El joven extranjero se quedará entre los bravos que me rodean. En cuanto a las mujeres, y a ese otro que pertenece a una clase especial, irán con sus bagajes a las tiendas de los heridos.

Pero aquí tuvo principio una verdadera escena. Las damas, que por cierto no habían sido educadas de modo que se pudiera disponer de ellas de tal manera, a pesar de su educación de harén, levantaron la

cabeza y, con los ojos inflamados y arrasados en llanto, extendieron sus brazos y se agarraron firmemente a Jhonson y a don Juan. Entonces Suvaroff, que tenía poco miramiento ante las lágrimas y poca simpatía hacía las lamentaciones, creyó ver, sin embargo, cierta emocionada simpatía en aquellos ademanes femeninos, y dijo a Jhonson con el más blando acento aue le fue posible usar:

—Pero, Jhonson... ¿en qué diantre pensáis trayendo aquí a mujeres? Se les tendrán todas las consideraciones que sean precisas, pero habrán de ser conducidas, para su propia seguridad, al hospital de sangre. Hubierais debido comprender que este equipaje femenino no es cómodo en una batalla. No me gustan los reclutas casados, y tengo muy buenos motivos para sostener esta opinión.

—No se disguste vuestra excelencia —

replicó nuestro inglés—, pues son las mujeres de otro y no las nuestras. Soy antiguo en el servicio y estoy al corriente de las costumbres militares. Estas no son sino dos damas turcas que de consuno, con su guardián, han favorecido nuestra fuga y nos han acompa-

ñado por entre mil riesgos bajo este peligroso disfraz. Comprended que para ellas, pobres mujeres, el que han dado es un primer paso algo penoso. Os ruego por ello que sean tra-tadas con todo miramiento.

Entretanto, las pobres mujeres, des-hechas en llanto, empezaban a perder la confianza que tenían en sus propios protectores, y en medio de su tristeza se sorprendían de que un anciano, en mangas de camisa, sucio, con el barro hasta las rodillas, fuese más res-petado y ordenara con mayor soberanía aún que el más ostentoso sultán del mundo. Tal comprobación no hizo sino aumentar sus penas, y, viendo Jonhson el dolor que las aque-jaba, intentó dirigirles, a su modo, algunos consuelos. Don Juan, que era mucho más sentimental, les juró que volvería a verlas al alba, o que se arrepentiría de ello todo el ejército ruso, consiguiendo que tales palabras, por lo que gusta a las mujeres la exa-geración, llevaran a su ánimo algún consuelo.

En seguida, después de algunas lágrimas, algunos suspiros y algunos besos, se separaron de ellas. Los hombres tomaron las armas para incendiar una población que no les había hecho daño alguno, en tanto que las mujeres fueron a esperar su regreso Suvaroff, que consideraba

la vida como una pequeñez, y que con tal de obtener un triunfo se le daba muy poco de la pérdida de su ejército, se olvidó al momento de las dos mujeres y media abandonadas. La obra de su gloria continuaba entretanto y se preparaba un cañoneo tan terrible como el de Ilión, si Homero hubiera hallado morteros que enfilar contra las murallas.

Escuchad, entre el silencio de la fría y monótona noche que caía sobre el campamento, el murmullo de las conversaciones de los soldados. Vedlos moverse a lentos pasos, como sombras tristes, a lo largo de los sitiados muros, mientras la temblorosa y escasa luz de las estrellas forma a su alrededor como un velo mucho menos espeso que el que les cubrirá en la batalla. Detengámonos por ahora frente a ellos. Hagamos una corta pausa, un momento todavía, antes que el grito de la muerte convoque el estrépito de la lucha.

TERCERA PARTE

Todo estaba preparado, el fuego, el hierro y los hombres, para salir de su madrigue-ra. El ejército avanzó, y a las anchas filas de soldados caídas frente a la metralla sustituían otras, igualmente destinadas para la muerte.

La Historia sólo considera las cosas en conjunto. Es tal vez éste su recurso moral para evitarse el pensamiento de que, en cada guerra, con oro y con sangre se paga un poco de lodo. Secar una sola lágrima es gloria más honrosa que derramar mares de sangre...

Tras el terrible duelo de la artillería, avanzaron, unos contra otros, los infantes.

Un instante después ya pueden ser contem-pladas las angustias, siempre renacientes, que son el espectáculo de las batallas. Aquí gime uno, allí se revuelca otro en el polvo y un tercero hace girar en las órbitas sus ojos de lívido color. Esa es la recompensa reservada a la mitad de cada batallón, mientras la otra mitad alcanzará quizá una cinta para el ojal de su casaca... Pero, de todos modos, la lucha tiene su profunda belleza. Mirad los granaderos rusos subiendo acompasadamen-te, en medio del fuego más nutrido que pueda imaginarse, una loma fortificada. Entre ellos camina nuestro héroe. Sigámosla, abandonando a sus compañeros a la gloria de las gacetas y los partes, a la cual corresponde recordar a los muertos. ¡ Feliz mil veces aquel cuyo nombre ha sido bien escrito en el comu-nicado! Yo he conocido a un oficial muerto en Waterloo, citado con el nombre de Grove, a pesar de llamarse realmente Grosse...

Juan y mi amigo Jhonson combatieron como unos valientes y, aunque fuera aquel el primer lance en que nuestro héroe se encontraba, hay

que reconocer que supo quedar a la mejor altura. En un momento de la batalla, separado de los suyos, por uno de esos azares del combate que separan a un guerrero de otro, de modo semejante a como sucede a las castas esposas con sus constantes maridos al ano de matrimonio, Juan se encontró solo, entre las ruinas de un parapeto, y tuvo la sensación clara de su importancia como soldado. Un instante ocupó aquellas ruinas nuestro héroe frente al fuego infernal de los turcos. Después sus companeros, que habían acaso huido momentáneamente, volvieron a su lado impresionados por el ejemplo, y todos juntos, con Juan a la cabeza, dieron la última embestida y tomaron las murallas. Y ahí está, sobre ellas, nuestro héroe, como toda su vida ha estado junto al hermoso seno de las bellas, del que por cierto no se separó nunca, mientras conservaba sus atractivos, a no verse obligado a ello por el fiero destino, los bárbaros elementos o los parientes próximos, que viene a ser lo mismo.

Pero no acabó aquí el heroísmo de Juan.

Viendo al general Lascy, con parte de sus tropas, rodeado y en peligro en otro lugar de la brecha, corrió hacia él con los suyos para auxiliarle. No le conocía, en realidad, ni entendía sus palabras cuando le daba las gracias, puesto que sabía de alemán lo que de sánscrito; pero viendo a un hombre lleno de cintas negras, azules y doradas, escudos, medallas y espada ensangrentada en la ma-no, que le hablaba en tono cortés, comprendió que se hallaba ante un oficial superior, y también él estuvo muy amable. En tanto se cruzaban estos saludos ininteligibles, la batalla seguía y las tropas rusas y de sus aliados entraban en Ismail. No es posible referir siquiera cuánto fue el esfuerzo necesario para ello, ni cómo los cosacos fueron acribillados a balazos y a cuchilladas por las cimitarras hasta llegar a conseguirlo. Lo cierto es, olvidando las hazañas de los bravos de tanda, que, muchas horas después, en las que fue disputado el terreno palmo a palmo, don Juan y Jonhson y algunos de los suyos tomaron un baluarte que su defensor turco les hizo pagar muy caro. Juan le ofreció cuartel, pero esta palabra debe sonar muy mal a los oídos de un turco que se precie de serlo, y aquél prefirió morir merecedor de todas las lágrimas turcas presentes y futuras. Aquello fue espantoso. Tres mil turcos cayeron y su jefe fue lindamente traspasado por dieciséis bayone-tas rusas.

* * *

La ciudad fue tomada, pero en cada es-quina, en cada trozo de muralla, en cada ca-sa, los turcos no han depuesto todavía las armas, y la lucha no cesa en toda la noche.

Don Juan recorre los baluartes sin descanso.

En un rincón, donde poco ha han sido degollados unos turcos, una hermosa niña de unos diez años de edad gime inconsolable, asusta-da del aspecto feroz de dos cosacos que la persiguen. Luchando con los dos fieros soldados rusos, nuestro héroe la salva de sus garras. La niña le mira y en el ánimo de don Juan se mezclan por primera vez las emociones de los más puros sentimientos. Consulta con su amigo Jonhson cómo poder dejar a aquella criatura a salvo del horror de la batalla y acuerdan enviarla al campamento con unos soldados que la guarden. Hecho así, nuestro héroe continúa batallando. Las incidencias de la lucha le conducen con su amigo ante la propia torre donde el Sultán se defiende desesperadamente, no pudiendo creer en la derrota. Ambos le ruegan que se rinda, pero, a despecho de toda la fraseología turca prodigada por ellos, el Sultán no cede y hasta les ataca personalmente con su cimitarra.

Caen entonces sobre su feroz sultanería resueltos a acabar con su inhumana resistencia.

¡Nunca sabrá don Juan hasta qué punto el Sultán no veía, olvidando los encantos de sus cuatrocientas jóvenes esposas terrenales, sino los de las huríes de ojos negros que preparan en el paraíso el lecho de los valientes que rechazan el cuartel de los vencedores! El buen turco sonrió mentalmente a los mil de-leites que le esperaban, se arrojó sobre sus enemigos y murió dignamente...

***

Toda la ciudad fue devastada en un abrir y cerrar de ojos. La Historia canta a menudo proezas semejantes. Leed en vuestros propios corazones, recordando la historia actual de Irlanda. Decidme luego si la gloria de Wellington la consuela del hambre. Hoy existe, para un pueblo patriota que tanto se ama a sí mismo y tanto ama a su rey, un sublime go-zo, y es ése de la gloria de los héroes... Aunque de nuevo se nos ocurra meditar en que el dolor y la devastación... Si bien hemos de convenir que Irlanda puede morir de hambre, pero el gran Wellington pesa doscientas libras...

Ismail sucumbió, y Suvaroff, vencedor, pudo gritar a voces: "¡ Viva la emperatriz!

¡Gloria a Dios! ¡Gloria a la gran Catalina!"

(¡Eternidad, qué alianza de nombres!...) He cumplido mi palabra. Habéis tenido escenas de amor, de tempestades, de viajes, de guerra... Podría deciros lo que ha sucedido y sucederá aún al héroe de este gran enigma poético, pero me complazco en detenerme ante la ciudad incendiada y cubierta de sangre, y envío a Juan, con un parte de la batalla victoriosa, a San Petersburgo, donde todos esperan angustiosamente. Tal honra le ha sido concedida en premio a su valor. La huer-fanita musulmana que salvó en el fragor del combate partió con él para aquella capital de salvajes civilizados por el Zar Pedro. Ya sé bien que aquel inmenso Imperio se ha gran-jeado ahora muchas adulaciones y que hasta el viejo Voltaire le elogia; pero yo prefiero ser sincero y decir que considero a los autócratas absolutos, no como bárbaros, sino como algo mucho peor que eso...

Juan rodaba en un maldito coche hacia la capital rusa. Un fiero coche sin colgar, que por los malos caminos no deja hueso sano.

Meditaba en los reyes, en las órdenes con que asía condecorado, en la caballería y en la gloría, y si bien deseaba que todo aquello le fuera conocido muy pronto, la verdad es que mejor querría que las sillas de posta tuvieran almohadones.

A cada vaivén y cada salto miraba a su pequeña protegida y se compadecía de ella.

Pero yo soy demasiado propenso a la metafí-

sica y ando tan trastornado como el mundo.

Cuento, relato, hablo, diserto demasiado.

Pongamos a don Juan y su niña turca en San Petersburgo de una vez y veamos cómo es esa ciudad, envuelta por las nieves, dividida entre el lujo más ostentoso y la más inconcebible miseria que quepa imaginar.

Miremos a don Juan en un salón hermo-so del palacio imperial. Viste un lindo uniforme: frac encamado con solapas negras, largo plumero blanco, ceñidos pantalones de casi-mir amarillo, medias brillantes de

excelente seda, sin una sola arruga que estropee la línea de sus admirables piernas. Mirémosle con la espada colgada del costado, el sombrero en la mano, adornado por todos los encantos de la juventud y la gloria, y también por el sastre del regimiento, gran hechicero, cuya varita mágica crea la belleza. Vedle colocado como en un pedestal y pareciéndose al amor convertido en teniente de caballería.

Los cortesanos le miraron con atención, las damas se hablaron al oído unas a otras, la Emperatriz sonrió dulcemente y el favorito reinante se mordió los labios y frunció las cejas. No puedo recordar a quién correspondía aquel día tan íntimo servicio, ya que eran muy numerosos los que alternativamente se sacrificaban por la patria y aceptaban aquel puesto difícil desde que Su Majestad había sido coronada sola, pero sí sé que la mayoría de ellos eran unos compadres de seis pies de estatura, robustos como toros y muy capaces de despertar celos en un patagón... Juan no tenía aquella talla; delicado y esbelto, barbi-lampiño y de aire risueño, era de otra naturaleza que ellos; pero había, sin embargo, en su talante, y sobre todo en su mirada, algo que demostraba sin necesidad de prueba la existencia del hombre bajo su aire de serafín y sus apariencias de espíritu celeste. Por otra parte, la caprichosa Catalina amaba a veces a los jóvenes así, y acababa precisamente de enterrar a su rubio Lanskoi. No debe, por lo tanto, extrañarnos que Yermoloff, Monotoff, Schermomoff, o cualquier otro "off", temiese por su puesto, sospechando que Su Majestad diese aún cabida a una nueva llama en un corazón acreditado como elástico; pensamiento éste capaz de sobresaltar a aquél que, según el lenguaje de su empleo, desempeña-ba entonces "tan elevada misión oficial".

Catalina se embelesó al ver al mozo, al héroe encantador sobre cuyo penacho se había prendido la victoria. Tan atenta estuvo contemplándole cuando él dobló la rodilla y la alargó el pliego, que se olvidó de romper el pliego y permaneció un momento con el parte en la mano. Reaccionó en seguida, rasgó el paquete y leyó con los ojos de la Corte pendientes de ella. Sonrió después, y es preciso convenir que aquella sonrisa era muy agradable. Su imperial rostro, aunque algo ancho, era noble; sus ojos, bellos, y su boca, graciosa. Aquella sonrisa, al fin demostraba tres goces de muy distinta especie. El primero era el goce de saber que había ganado una batalla, tomado una ciudad, hecho morir a treinta y tantos mil enemigos y conquistado una vez más el temor y el respeto del mundo. El segundo goce se lo dio, como siempre, la mala literatura de Suvaroff, su generalísimo comu-nicante. El tercero, marcadamente femenil, se lo produjo bajar la vista y hallar

frente a sus ojos los del joven español. De esta simple manera brotó en ambos el amor. Catalina se sintió prendida por la gracia, por la figura, por no supo qué que halló en don Juan. La copa de Cupido embriagaba al primer trago, pues contiene una quintaesencia que nos hace perder la cabeza sin necesidad de abu-sar de su bebida... El hecho es que ambos se prendaron mutuamente y que Juan se sintió en brazos del amor o de la lujuria, contemplando a la Emperatriz, Y que no se nos cen-sure por emplear juntas estas dos palabras, pues tan mezcladas andan en la vida con el polvo humano que no es posible separarlas. Y

en el caso de nuestro héroe, mucho menos, cuanto que la grande soberana de todas las Rusias obraba al respecto como una mujer-zuela.

Toda la Corte se dedicó al cuchicheo, mientras los ojos de los rivales de nuestro joven se llenaban de lágrimas. Los embajado-res extranjeros preguntaron quién era aquel nuevo joven que prometía subir tan alto. Todos los presentes le veían ya sobre un río de rublos sonoros y llameantes, cubierto de honores y condecoraciones. Él, aún inocente, no comprendía la admiración general, pero supo conducirse conforme a su noble cuna.

Había recibido, por otra parte, de la naturaleza la apostura más amable y gallarda, y así se comportó maravillosamente: habló poco, pero a propósito y con gracia, y sus modales fueran bellos y puede decirse que insuperables... Una orden de la Emperatriz le confió a los cuidados de todos sus funcionarios. Y hasta recibió muy especialmente las atenciones y sonrisas de la "señorita" Protasoff, un ángel del cielo, llamada, según los secretos de su misterioso empleo, "la probadora", término inexpresable para mi pobre musa de poeta.

Abandonó con ella los salones, como parece que era su deber, y nosotros los abandona-remos a ambos, como parece lo correcto.

Que mi Pegaso descanse. Descendamos de los altos lugares del mundo, cuya grandeza besa el cielo, evitemos el vértigo de las alturas, y conduzcamos despacito nuestra cabal-gadura sobre el verde y humilde tapiz de al-gún sendero...

Don Juan llegó a ser un ruso muy civilizado, y es natural, porque muy pocos jóvenes saben resistir el choque de las tentaciones que encuentran en su camino y, además, la que se presentó ante él lo hacía ofreciéndole el almohadón de honor de un monarca.

Lindas doncellas, por otra parte, banquetes, fiestas, danzas, vinos, dinero contante y sonante, hicieron que creyera un paraíso el hielo, y el invierno, verano. El favor de la Emperatriz le era muy lisonjero, y, aunque un poquito asiduo, le dejaba horas libres, además de que un joven debe y sabe cumplir con mucha gracia semejantes funciones. Mas como soy sincero cantor de su poema, debo también decir que, durante aquel tiempo, don Juan acaso se mostró un tanto disipado, circunstancia o defecto muy sensible, que no sólo marchita la flor de nuestras sensaciones más puras, sino que también suele hacernos egoístas y esconde nuestro fondo bondadoso, a la manera que la ostra, amenazada de acompañar un trago de vino aperitivo, se agazapa en su concha y une sus dos valvas.

Por eso no queremos describir esta época de su vida. Baste decir, tan sólo, que su éxito fue tal que, en lugar de cortejar a la Corte, se vio cortejado por ella, acontecimiento diaria-mente repetido que, aunque se debiese a sus gracias, su juventud y su sastre, tenía su verdadero fundamento en la circulación san-guínea de una vieja mujer y en el empleo que representaba junto a ella.

Escribió a España y, con la distancia sin duda, todos sus deudos se alegraron de sa-berle en el camino de la fortuna y en la mejor disposición para colocar primos y sobrinos, elogiando, algo imprudentemente, que al fin hubiérase decidido a seguir la buena senda.

Algunos de los suyos le hablaron de trasla-darse a Rusia y, tomando helados, decían a todo el mundo que el clima de Madrid y el de Moscú eran casi iguales para el que se cubrie-ra con un buen capote. Su madre se alegró también de su carrera cortesana, puesto que así no había de mandarle dinero en abundan-cia como antes, y le escribió diciéndole que le felicitaba por verle apartado de los placeres, que siempre representan un cuantioso gasto.

Le prevenía contra el culto griego, recomendándole, sin embargo, que no llevara su actitud católica hasta un límite que pudiera ser molesto para otros sentimientos, le informaba de que ya tenía un hermanito, fruto de su segundo matrimonio, y le ensalzaba a cada paso el amor "maternal" de la Emperatriz, cuya regla de conducta, protectora de los jóvenes, nunca sería bastante alabada...

***

¡Oh! ¡Así me dieran mis musas la fuerza necesaria para cantar tus loores, vieja hipocresía! ¡Así pudiera entonar un himno tan grandioso como las virtudes de que te alabas con tanta inmodestia y que jamás practicas!

¡Ay! ¡Si me fueran dadas las trompetas de los querubines...! ¡Si me dieran, al menos, aquella trompetilla de mi anciana tía, sabia y buena, que no hubo recurso ni consuelo cuando ya no pudo seguir leyendo su devocionario a través del obscurecido vidrio de sus ante-ojos...! Ya que ella, cuando menos, no tuvo nunca hipocresía en el alma...

***

Pero sigamos nuestra historia. Nuestro héroe enfermó. La Emperatriz se alarmó.

Tembló la Corte. El médico imperial habló de posibilidad de muerte. Catalina creyó sucumbir de tristeza. El médico tornó a hablar de clima y de peligro y de necesidad de viaje, tal vez porque un aspirante a determinado cargo le diere suficientes motivos para ello. La Emperatriz se puso algo mohína con la receta del doctor, pero, al fin, accedió, y nuestro héroe, cargado de dineros y de honores; salió para determinada misión oficial fuera de Rusia.

Su destino final era Inglaterra, y partía hacia ella muy feliz. Menos feliz quedaba Catalina, que, aunque de capa caída, no quería comprenderlo, y sufría por la pérdida de su amante en silencio, hasta tal punto que durante algún tiempo nuestro héroe no tuvo sustituto posible. Pero el tiempo es gran con-solador, y nuestra querida Emperatriz, a las cuarenta y ocho horas, hubo de consolarse...

Dejémosla ocupada en tal consuelo y sub-amos con Juan a la "barouche" que había de trasladarle fuera de Rusia. La misma barouche" en la que la bella Catalina de antaño, cual nueva Ifigenia. se encaminó a Tanride, fue dada a su favorito. En las portezuelas llevaba sus armas imperiales: un alano, una alondra y un armiño...

Con Juan iba Leila, la niña salvada en Ismail. Juan la amaba y ella le amaba a él con un extraño amor que no era afecto familiar y de

sangre, ni sentimiento inspirado para nada en el sexo. Acaso por eso, por no fun-damentarse en razón alguna humana, era más tierno y profundo aquel mutuo cariño...

Atravesaron Polonia, el ducado de Varsovia, famoso por sus minas de sal y su yugo de hierro; Curlandia, donde hubo de ocurrir aquella farsa que dio a sus duques el nombre de Byron. Llegaron a la Prusia propiamente nombrada. Visitaron Koenisberg, su capital, cuya gloria se funda sobre Kant; pero, como a Juan no le importaba para nada su filosofía, continuaron su camino por Alemania. Cono-cieron Berlín, Dresde y otras ciudades del Rhin. Atravesaron Manheim y Bonn, Drachen-feds y Colonia. Llegaron, por fin, a La Haya, Helvoetsluys, patria húmeda de los holande-ses y los fosos, donde la ginebra da sus mejores frutos y suple por sí sola todas las riquezas de que se ven privados los pobres.

Los sabios y los senados han condenado siempre su uso, pero parece muy cruel prohi-bir a los hombres un cordial que es todo el vestido, todo alimento, toda la leña y todo el ensueño que puede proporcionarles un buen gobierno... En La Haya se embarcaron en un navío que bogó a toda vela hacia la patria de los hombres libres...

No tengo demasiados motivos de cariño para la rubia Albión, que contiene en sí misma cuanto hubiera sido necesario para ser la más noble de las naciones; pero, aunque sólo sea porque la debo mi nacimiento, experi-mento una mezcla de pesar y de respeto ante su moribunda gloria y sus antiguas virtudes en decadencia. Una ausencia de siete anos—

término ordinario de una deportación—

destruye todos los posibles resentimientos de un ciudadano honesto, cuando su patria está dada a los diablos... ¡Ay, si supiera ella cuán-to desean todos los otros pueblos vengarse de su falsa amistad, cómo esperan el instante de hundir en su pecho el acero de la venganza, porque les prometió la libertad del género humano, ella, la misma que ahora quiere encadenar a todos los hombres, incluyendo sus almas...! Si pudiera saberlo, ¿se mostraría ella tan altiva y se vanagloriaría de ser libre, siendo la primera de las esclavas? ¿Los pueblos están aprisionados ellos solos, o con ellos lo está también su carcelero? El miserable privilegio de tener encadenado al cautivo,

¿puede considerarse como libertad? No, porque privados del goce de ella están tanto el que lleva la cadena como el que tiene la fatal

obligación constante de vigilarla...

Don Juan vio las primeras bellezas de Albión: sus rocas, sus puertos, sus fondas de Douvres, tan queridas; su aduana, cuyas atribuciones son tan delicadas; sus mozos de hostería, corriendo como locos a cada cam-panillazo; sus paquebotes, cuyos pasajeros son alternativamente presa de los habitantes de la tierra y el mar; sus largas, sus larguísimas cuentas de hotel, sin reducción alguna posible. Aunque indiferente, joven, rico, magnífico, don Juan se asombró, y su mayor-domo, diestro y vivo servidor nacido en Grecia, hubo de explicarle que acaso el aire in-glés, puesto que era libre, como todo en Inglaterra, se hacía pagar por ser respirado...

***

¡Hurra! ¡Caballos, caminos y posadas!

¡Hurra! ¡Vamos a Canterbury, a galope tendido sobre la tierra llana y gentil, salpicando de barro a todo el mundo! ¡Hurra! ¡Con qué ra-pidez corre la posta! No sucede lo mismo, pesada Germania, en tus caminos fangosos, donde parece que los coches van a un entie-rro, y no se cansan de parar, para emborra-charse, los postillones, para los cuales los juramentos son cosa corriente... ¡Hurra...!

Mirad la catedral de Canterbury, el casco de hierro de Eduardo, el príncipe negro, y la piedra sangrienta de Becket, que enseña el be-del con el tono más frío y afectado del mundo. He aquí la gloria, que ha venido a parar en un casco mohoso y en los restos de las pobres sosas y magnesias que forman esa porción amarga que se ha dado en llamar especie humana... El efecto fue, naturalmente, sublime para Juan, que creyó ver mil Cre-cys mirando aquel casco... En cuanto a Leila, preguntó qué era aquéllo, y cuando la dijeron que la "casa de Dios", elogió su riqueza, pero se extrañó de que en ella entraran los "infieles" que había visto incendiar en su patria los verdaderos templos de los buenos creyen-tes... ¡Partamos! ¡Aprisa, aprisa! ¡Crucemos esos prados cultivados como jardines! (Después de tantos años de viaje por otras tierras cálidas, pero menos fecundas, un campo de verdor es, para un poeta, un amable espectá-

culo que le hace olvidar aquellos paisajes en los que vio una vez viñas, olivos, álamos, ventisqueros, hielos, naranjas y volcanes...!

¿Por qué viene a las mientes del que viaja en esta posta una simple botella de cerveza muy fría? ¡Arre, arre, postillón...! ¡Qué cosa deliciosa es un camino con portazgos, tan suave, llano y liso, donde se roza el suelo, como el águila roza con sus alas poderosas el aire...!

¡Sí, qué gloria! Lo malo es el portazgo. Tomad la vida entera de un hombre razonable; arrebatadle su esposa querida, sus libros, sus recuerdos; quitádselo todo; pero no toquéis su bolsillo, porque sus alaridos llegarán al cielo... Altivos ingleses y humildes habitantes de todo el resto de la tierra: ¡escuchad! ¿Qué importa el portazgo? ¡Estamos ahora sobre una colina insuperable, a ocho millas de Londres...!

***

El sol se ocultó, el humo se elevó como de un volcán medio apagado y nuestro héroe hubo de experimentar un sentimiento extra-

ño, diferente al que hubiera experimentado un inglés legítimo: un sentimiento de respeto profundo por este suelo, donde nacieron aquéllos hombres que han degollado a la mitad del género humano y asustado a la otra mitad con sus fanfarronerías... Una enorme masa de ladrillo, de humo de navíos; sucia, sombría, pero que se extendía hasta donde la vista podía alcanzar; una vela que se agitaba de repente y después se perdía en una selva de mástiles: una soledad plantada de campa-narios que atravesaban sus doseles negros como el hollín, asesinando el aire; inmensa y obscura cúpula, semejante al casquete de un loco gigantesco: tal parecía y es Londres...

Pero Juan no lo vio así. Cada torbellino de humo se le imaginaba el vapor mágico de un hornillo de alquimista, del que brotaba la riqueza del mundo (riqueza de impuestos y de papel moneda), y hasta las tenebrosas nubes que se agrupaban sobre el techo de los edificios y apagaban el sol, que no brilla allí más que lo haga una antorcha, eran para él una atmósfera sana y francamente pura... Contemplando todo esto, se detuvo. También yo me detengo, como hace un navío de guerra antes de soltar su andanada...

***

Querida Mrs. Fry, mejoradora de todos los sistemas carcelarios ingleses, dejadme que limpie vuestro cuchitril con una escoba fiel y

diligente, porque están llenas de telara-

ñas sus paredes. ¿Por qué vais a Newgate a predicar a los pobres bribones allí presos?

¿Por qué no comenzáis vuestros sermones por ei palacio real de Carlton y otros hermosos inmuebles semejantes? Ensayaos contra los pecadores incorregibles y endurecidos de la Corte. No intentéis mejorar, porque sería un absurdo, al pobre pueblo con vuestra vana palabrería filantrópica. ¡Quitad allá! Os creí más religiosa, Mrs. Fry... Enseñad la decencia que conviene al hombre de sesenta años, curadle de vanidosas y egoístas apetencias, de las costumbres húsaras y escocesas; mos-tradle que sólo una vez pasa la juventud, y que después no vuelve nunca; hacedle ver que el poderoso banquero Curtis es un tonto.

Decidle, aunque acaso sea demasiado tarde para su pobre vida gastada y estragada que...

***

A la caída del sol llegó don Juan a Soo-ters-Hill, donde el bien y el mal han sido do-minados y fermentan en plena actividad las calles londinenses. Todo era silencio alrededor, salvo ese murmullo, ese susurro de las ciudades, que es su misma espuma inapre-hensible. Absorto ante la grandeza de aquel pueblo, bajó de su coche y se puso a seguirlo meditando. Esto era lo que meditaba:

—He aquí la mansión querida de la libertad; aquí resuena la voz del pueblo, al cual los tormentos, los calabozos y la Inquisición no pueden ya sumir en las tumbas; aquí le espera, por el contrario, una resurrección a cada nueva asamblea o a cada nuevas elec-ciones. Aquí las esposas son castas y la vida pura; aquí no paga el pueblo más que lo que le place, y si todo está caro, es porque gusta a la gente tirar su dinero a la calle para manifestar el bonito volumen de su renta; aquí las leyes son inviolables; nadie acecha a los viajeros, y los caminos son seguros y plácidos; aquí...

Así meditaba, cuando se sintió cogido por detrás, empujado contra un muro, amenazado por una abierta navaja, y escuchó estas increíbles palabras:

—¡Malditos sean vuestros ojos! ¡La bolsa o la vida!

Se trataba de cuatro perillanes, nacidos por error en Inglaterra, que se dedicaban al pintoresco oficio de privar de su dinero, sus calzones y su vida a cualquier viajero de la opulenta isla. Juan al principio sospechó que todo aquella fuera el saludo cortés de los ingleses, el "Dios os guarde" nacional, y es preciso convenir que tal idea no era demasiado loca, cuanto que yo mismo, por mi desgracia, no he oído decir jamás a un inglés

"'Dios os guarde" de otro modo que de ése.

Pero, al poco, tuvo que comprender que la cosa iba en serio, y, como era impulsivo e iracundo, sacó su pistola y se la descargó a uno de los rufianes en medio del estómago.

Cayó éste, aullando de dolor, sobre su natal lodo. Huyeron los demás. Acudieron los de la comitiva de nuestro héroe. Murió por fin, el herido, no sin entregar antes a Juan su pa-

ñuelo ensangrentado, encomendándole este dulce encargo de imposible cumplimiento, pero no por ello menos tierno:

—Entregad esto a Sal, respetable milord...

Y murió, como digo, cosa que, tras molestar un tanto a nuestro héroe ante el Juez correspondiente, no dejó de darle tema para muy hondas cavilaciones sobre la pobre vida humana. Aquel desdichado se llamaba Tom...

Pero Tom ya no existe. Los héroes deben morir y, por la gracia de Dios, no pasa mucho tiempo sin que la mayor parte de ellos se vayan a la última morada...

¡Salud, Támesis, salud! La carroza de Juan vuela, con alegre estrépito, entre las filas de coches y carretas de los cerveceros, las estacadas obstruidas con escombros, el torbellino de las ruedas, los gritos, la confusión, las puertas abiertas de las tabernas, las malas postas, las tristes cabezas de madera, cubiertas con pelucas apolilladas de los esca-parates de las peluquerías; los brillantes faro-les, donde un hombre, subido en una escalera, derrama lentamente su porción

municipal de aceite (porque aún no teníamos entonces gas).

Habíase puesto el sol cuando nuestros viajeros atravesaron el puente. ¡Hermosa obra, en verdad! El blando rumor del ancho Támesis, que reclama un momento de atención en favor de sus olas, aunque apenas oído entre mil juramentos; la luminosa claridad de los fanales de Westminster; la anchu-ra de las calles y aceras; la silueta de aquel lujoso templo, habitado por la gloria, que hace sagrada esta parte de Albión. Los bosques de druidas ya no existen, y ello nos complace, porque tampoco existe Stone Hen-ge; mas, ¿qué diantres es todo eso? Existen aún, por ventura, las cadenas de Bedlam, para que los locos no muerdan a los visitan-tes. Existe el banco del rey, el Mansion-House, en el que el monarca hace sentar a la fuerza a sus deudores. Existe, sobre todo, la abadía, y ella vale sola por todas las cosas del mundo... Don Juan y los suyos cruzaron sobre los retumbantes empedrados, camino de Pall-Mall, hacia su fonda. Una de las fondas más hermosas de toda la tierra...

La misión de Juan era secreta y sólo se sabía de él que era extranjero, rico, joven y hermoso y que había merecido el amor de la soberana de todas las Rusias. Él supo presentar sus cartas muy a tiempo, y fue recibido con honores y zalemas por esos buenos polí-

ticos de dos caras que, frente a un hombre casi un niño, se las prometieron muy felices, pensando engañarle fácilmente. No fue así, como habrá de verse, mas ello no importa ahora. Porque ahora se trata simplemente de cantar la mentira. Ella es únicamente una verdad rebozada y desafío a todos los seres humanos a que afirmen algo que no tenga alguna levadura de falsedad. ¡Loor a los em-busteros y sus embustes!

Fue presentado en palacio. Fue admirado por todos, y gustó especialmente, entre sus prendas personales, un diamante admirable y grandísimo que le había regalado Catalina, sin duda porque tuvo sus motivos íntimos para hacerlo, lo cual, a ciertos ojos, aumentaba el valor de la preciosa piedra. Noble co-mo era, mereció la amistad y consideración de los de su estirpe. Mozo, lo apetecían por igual solteras y casadas: para unas, porque era una esperanza de matrimonio, y para otras, por un sentimiento algo más generoso.

Él, bachiller tres veces en artes, en talentos y en corazón, bailaba,

cantaba y lucía un aire sentimental como una suave melodía de Mozart, apareciendo triste o alegre, según venía a cuento. No tenía caprichos y demostraba conocer el mundo. Las doncellitas frescas e inocentes se ruborizaban frente a él; las casadas intentaban ruborizarle; las marisabidillas, esas tan sensibles que suspiran por el último soneto y guarnecen su desdichada soledad tras las páginas de la revista de poesía más desconocida, avanzaron hacia él co-mo verdaderos asaltantes; pero Juan era hábil y se libró de servir para que lady Fitz-Friky o miss María Maunisw se sintieran can-tadas en el idioma de Cervantes... De todo triunfó Juan. Entregó a la pequeña Leila al cuidado cariñoso y la sabia educación de lady Pinchbeck, conforme le aconsejaron ciertas damas de la "Asociación para la supresión del vicio", y continuó viviendo alegremente. Esta lady Pinchbeck era algo vieja, pero había sido joven; era virtuosa y no lo había sido, conforme aseguraban malas lenguas. En todo caso, era ahora una anciana ingeniosa, que tenía a Juan en gran estima y que abrió a la niña las puertas de su casa y de su corazón.

Tranquilo en este punto, Juan tuvo muchos amigos que tenían muchas mujeres, y fue espléndidamente atendido por todos en esa alegre vida que consiste en tener el coche siempre preparado para hacerle correr en cualquier momento en pos de un convite.

Un joven soltero que tenga un nombre y sea rico —no me canso de decirlo— se ve precisado a jugar en sociedad un juego que consiste en hallar el perfecto equilibrio entre la aspiración de las solteras por encontrar compañía asegurada y el afán de las casadas de ahorrar a las vírgenes el trabajo del matrimonio. Puede éste parecer un juego fácil, mas si habláis siete veces seguidas con una cualquiera de las primeras, ya podéis preparar el vestido de boda. Quizá recibiréis una carta de la madre, asegurándoos que ha des-cubierto casualmente los sentimientos de su hija y que no quiere estorbar vuestra mutua felicidad; quizá sea la visita del hermano, que vendrá con su levita y su corsé debajo, sus bigotes y su aire trascendente, a preguntaros por vuestras verdaderas intenciones. Ambos inesperados acontecimientos, tanto por compasión hacia la virgen como por caridad hacia vosotros misinos, pueden muy bien servir para añadir un ejemplo más a la larga lista de curaciones realizadas por el matrimonio. En cuanto a las casadas, son más dulces y generosas, pero, ¿quién garantiza nunca el carácter de sus maridos? Y aún se mezcla en el juego, para no detenernos demasiado sobre él, un tercer elemento que quiero denuncia-ros: el de esa especie de cortesana anfibia,

"color de rosa", es decir, ni carmesí ni blanco, la fría coqueta que no

puede decir "no" y no quiere decir "sí", la cual envía todos los años a la tumba una considerable cantidad de Werthers. Y, en fin, para acabar, existe aún un peligro, que es, en verdad, el más grave de todos: el de aquéllas que, sin miramientos a la Iglesia, al Estado, al marido, a la madre o al hermano, se entrega formalmente a enamorarse de vosotros. En la antigua Inglaterra, cuando eso sucede, ¡pobre criatura! el pecado de Eva se considera una bagatela comparado con el suyo.

Si, por ventura, la inglesa llega a entregarse a "una pasión", el negocio se pone muy serio. Por cada diez veces, en nueve no interviene sino la moda o el capricho, la coquetería o el deseo de darse tono, el orgullo de un niño adornado con un cinturón nuevo o el anhelo de desconsolar a una rival; pero tal vez llega la ocasión en que el amor será un huracán, y entonces no puede calcularse de lo que una inglesa es capaz. Juan, aunque no conociera esta verdad, ni fuera casuista, recordaba a su dulce Haida, y entre varios cen-tenares de mujeres no encontraba ninguna que fuera enteramente de su gusto. Por otra parte, se divertía conociendo Londres, visi-tando sus Cámaras, prodigios de la elocuencia y de la libertad del hombre, siendo recibido en la mejor sociedad, donde, sin embargo, como sucede con frecuencia, se hallaba amenazado de caer ante el peligro que quería evitar. Mas, ¿por quién, cómo, cuándo? He aquí lo que todavía no podemos saber, aunque, sin duda, se preparaba ya en el secreto insondable de los hechos organizados y pre-vistos por el destino.

Milady Adelina Amundeville era de noble origen, rica por el testamento de su padre y muy bella en el país en que más abundan las bellas, según voto de sus fieles y celosos patriotas, que la proclaman, cosa indispensable, la tierra más preciosa en cuerpos y en almas.

No soy yo quien les contradice. Unos ojos son siempre unos ojos y, en realidad, no importa que sean azules en lugar de ser negros. El bello sexo debe ser bello siempre, y ningún hombre de menos de sesenta años debe advertir que existe una mujer que no sea linda.

Transcurrida esa edad, les resta todavía a los hombres la pasión por la reforma, la paz, la discusión de los impuestos, lo que se llama la nación, en fin; gozan de la esperanza de llegar algún día a regir la nave del Estado, y, por último, de los placeres que encierra el odio, que viene a sustituir al amor. Ello es la última enseñanza, puesto que los hombres que aman de prisa odian con cachaza. Yo ni amo ni odio con exceso, aunque bien es verdad que siempre no me ha sucedido lo mismo. Pero confieso que sería muy feliz si pudiera enderezar

entuertos y que preferiría prevenir el crimen a tener que castigarlo, aunque Cervantes, en su demasiado verídica historia del Quijote, haya demostrado lo inútil de semejante designio. Por cierto que ninguna novela es más triste que ésta, tanto más triste cuanto que hace reír. El héroe es en ella un hombre honrado que anda buscando el bien sin fatiga y que corre constantemente tras el mal para combatirlo... La risa de Cervantes concluyó con la caballería española, resultando de ello que su chanza privó a Es-paña de su brazo derecho. Desde entonces han sido allí muy raros los héroes. En los días en que las novelas de caballería encontraban a aquel pueblo, el Universo abría ancho campo a sus brillantes falanges. Pero tanto ha sido el mal producido por la genial burla del poeta, que toda su gloria, como ingente creación literaria, ha venido a resultar pagada muy cara con la ruina de España.

Mas me olvido de milady Adelina Amundeville, la hermosura más fatal con que Juan tropezara jamás, aunque ella no fuese mala ni deseara enojarle. El destino y la pasión, sin molestarse en dar explicaciones, extendieron sus redes alrededor de estos dos jóvenes. La dulce Adelina era, en medio de la zumbonería de este mundo, un espejo de belleza, cuyos encantos daban que hablar a todos los hombres y hacían callar a todas las mujeres. Esto último fue tenido por un milagro, que desde aquellos días no ha vuelto a repetirse. Casta, hasta el punto de desesperar a la maledicen-cia; esposa de un hombre a quien había amado con todo su corazón, hombre muy conocido en los círculos políticos: frío, imper-turbable, franco, como buen inglés, bastante inclinado a obrar con calor en determinadas circunstancias y tan orgulloso de sí mismo como de su encantadora mujer. El mundo no tenía nada que decir en contra de ellos, y ambos parecían vivir en la más perfecta tranquilidad: ella en su virtud y él en su altanería.

El acaso hizo que determinadas gestiones diplomáticas reunieran muchas veces a don Juan y al esposo de milady. Aunque éste fuera reservado, la juventud, la gracia y el talento de nuestro héroe hicieron mella en su espíritu, inspirándole una estimación que acaba casi siempre por hacer buenos amigos a los hombres, según las reglas de la buena crianza. Como los dos eran iguales en nacimiento, posición social y fortuna, no podían, uno a otro, reclamarse distinción alguna que los diferenciara, aunque milord creyera que le llevaba alguna ventaja por los años y por la patria. El hecho es que su amistad se hizo de día en día más íntima y que don Juan acabó por ser siempre huésped bien venido y aun deseado en casa de lord Enrique.

Es muy cierto que las mujeres se hallan más seguras de su propia virtud entre una muchedumbre de fatuos aspirantes a su desaparición que ante uno solo. El palacio de lord Enrique, repleto de ellos, podía representar en tal sentido la más perfecta de las garantí-

as, pero la verdad es que Adelina no tenía la menor necesidad de semejante escudo, que deja, por cierto, muy poco mérito para la verdadera pureza femenina. Su gran recurso estaba en su elevado espíritu, que sabía juzgar a los hombres según su verdadero valor.

En cuanto a la coquetería la desdeñaba la esposa del inglés, porque, segura de la admiración que causaba, había concluido por im-portarle muy poco los tributos que diariamen-te recibía. Cortés sin afectación, si bien es verdad que sabía mostrar por algunos de sus admiradores cierta deferencia halagadora, también lo es que ella no dejaba nunca huella alguna indigna de la esposa o de la doncella más casta y que, si era generosa y amable por naturaleza, lo era por cortesía con cuantos pasaban por amigos suyos y, acaso, por tierna solicitud y caridad hacia los que goza-ban fama de genios, a fin de consolarlos de la triste gloria de ser gloriosos. Bella hasta lo infinito, venía a ser, por unión de su hermosura corporal con la de su alma, lo más grato que Londres podía ofrecer a viajero alguno.

Mas no crea el lector que milady fuera una mujer fría e indiferente, porque de todos es conocida la repetida imagen del volcán que, alimentando en su seno la ardiente lava, se cubre de por fuera con un manto de nieve, o aquella otra que me viene a las mientes de una botella de champaña, cuyo licor, helado por el frío, no encerrase entre sus témpanos sino unas pocas gotas, que por ello serían las mejores del mundo, ya que nada hay como el vino reducido a su quintaesencia. ¡Oh!, estas gentes que parecen contenidas y frías son sorprendentemente ardorosas, una vez roto el hielo maldito que las rodea.

***

El invierno inglés, que termina en julio para volver a empezar en agosto, había terminado ya en el tiempo en que tiene lugar nuestra historia. Tal época era, pues, la que todos los años se transforma en el paraíso de los postillones: vuelan las ruedas, los caminos se cubren de carruajes, las diligencias se cruzan, al Sur o al Este, al Norte o al Oeste, sin que nadie compadezca a los pobres caballos de posta,

porque cada cual guarda su piedad para sí y para sus hijos, bien entendi-do que éstos, que se hallan en los colegios, habrán cumplido su deber contrayendo más deudas que sabiduría... Milord Enrique partió también en su carroza, durmiéndose en ella al lado de milady. Partían para su magnífico castillo en el campo, Babel gótica, que contaba ya más de mil años de antigüedad. Ya todos los periódicos habían dedicado un pá-

rrafo al comentario de su viaje. Tal es la gloria moderna. El Morning Post fue el primero en proclamar la gran noticia: "Hoy ha partido— dijo—, para su casa de campo, lord H.

Amundeville con su esposa, lady Adelina." Y

aún añadía: "Se asegura que este ilustre se-

ñor recibirá este otoño, en su castillo, a una espléndida partida de sus nobles amigos, entre los cuales sabemos, por conducto fide-digmo, que se cuenta el duque D., que piensa pasar por allí la estación de la caza con otros muchos personajes de alto rango, entre los cuales se nombra al ilustre extranjero enviado en misión diplomática por la Corte de Rusia."

Así vemos, puesto que no puede dudarse siquiera de lo que dice el Morning Post, a nuestro amable ruso-español brillar, con los reflejos de sus encantos propios, en medio de los encantos de todos los demás.

El castillo de los Amundeville hallábase, desde antiquísimas edades, enclavado en el fondo de un fértil valle, guardado por todos lados por colmas pobladas de frondosos bosques. Ante él se extendía un lago de límpidas aguas, mantenido por la corriente líquida de un bello riachuelo, que trazaba su curso constante a través de la floresta, y cuyas claras aguas escapaban de él por medio de una brillante cascada coronada de espumas, cuyos ecos se iban apagando a lo lejos, como los quejidos de un niño consolado por su nodriza, y que acababa convirtiéndose en un pequeño arroyuelo que se deslizaba suavemente a través de la enramada.

El castillo era un edificio vasto y venera-ble, que conservaba todavía las raras huellas de su anterior destino monástico, y en el que aún existían los claustros, las antiguas cel-das, el refectorio y una pequeña capilla intac-ta. En todo lo demás había sido reformado, por lo que actualmente recordaba más a los barones que eran sus propietarios

que a los monjes que habían sido sus habitantes. Sus anchas salas, sus largas galerías, sus espaciosos aposentos, juntos todos por una ilegí-

tima, pero bella unión de los estilos y las artes, podían chocar a un inteligente, pero producían una muy noble impresión en el ánimo de aquéllos que ven con los ojos del corazón, puesto que mirando así se halla bello a un gigante, sin pensar si está hecho según las regulares leyes de la naturaleza. Insignes barones cubiertos de hierro que en la siguiente generación se veían convertidos en finos condes vestidos de sedas y de cintas, orna-ban las paredes del castillo, cada uno en su lienzo correspondiente, en admirables cuadros muy bien conservados y había también, alternando con ellos, lindas ladies Marías de frescos rostros y largos cabellos, condesas de edad más madura, brillantes de perlas y de rasos, y algunas de esas bellezas a lo sir Peter Lely, cuyo escaso vestido nos invita a ad-mirarlas libremente.

***

Ha llegado el otoño y, con él, los huéspedes que eran esperados para el dulce goce de los placeres del campo inglés. El trigo está ya segado; los montes, llenos de caza; corren los perros de presa, seguidos de los cazado-res a caballo, por las praderas verdes y alegres... Inglaterra tiene una felicidad a flor de piel y al alcance de todos: la de que, cuando comienzan su dulce declive los días otoñales, se creería que va a volver la primavera; tiene también una inagotable mina de placeres interiores, a base del amable fuego sostenido con carbón de piedra, y, al fin, posee ese conmovedor panorama de madurez del buen otoño, que lo que pierde en verdes lo gana en amarillos...

Los nobles huéspedes, reunidos en la abadía-castillo, eran, dando la preferencia al sexo femenino, la duquesa Fitz-Fulke, la condesa Grabby, lady Scilly, lady Busey, miss Eclat, miss Bombazeen, miss Mackstay, miss O'Tabby, miss Rabby, esposa del rico banquero, y la honradísima Mrs. Sleep, que parecía una cosa y era otra. Había, además, algunas de esas condesas, de las que es mejor no dar el nombre, sino el rango, que son la flor y nata, y también la hez, de las sociedades, mujeres por las que pasan los pecados como el agua a través de los filtros, que también son como el papel moneda que llega a convertirse en buen oro contante y sonante en los Bancos. El por qué ni el cómo no importan, puesto que el pasaporte cubre lo pasado, ya que la gente de buen tono no tiene menos nombradía por su tolerancia que por su piedad. Advertiré, sin embargo, que son muy difíciles de

apreciar las reglas de la justicia que rige entre tales gentes, demasiado pare-cidas a las de la lotería. Mujeres virtuosas he visto tiradas por tierra sin motivo, en tanto que otras, realmente pecadoras, han sabido intrigar y luchar tan bien, que han podido volver al seno de la sociedad, brillando en ella como estrellas salvadas de la ferocidad ajena, tan sólo mediante algunas ligeras murmuraciones que no dejan cicatriz ninguna.

La partida se compondría de unas treinta y tantas personas de muy noble casta, y entre los hombres estaban: Paroles, el legista espadachín, que, limitando el terreno de sus batallas al foro y al Senado, cuando se ve llamado a otro lugar, se muestra siempre más amigo de las palabras que de los combates; el joven poeta Rackrhyme, recientemente aparecido, y brillante como un astro; lord Pyrrho; el gran librepensador y bebedor sir John Pottledeep; el duque Dash; doce pares, semejantes a los de Carlomagno; cuatro honorables místers, que no tenían otro honor que ése que, por título, colocaban ante sus nombres; estaba también ese valiente caballero anónimo, venido de Francia, que nunca falta y representa la astucia y la fortuna, el metafísico Dick Dubious, que amaba la filosofía y las buenas comidas; Angle, que se llamaba a sí mismo ilustre matemático; Silver-cup, famoso por los muchos premios que había obtenido en las carreras de caballos; el reverendo Rodomonte Precisian, que odiaba menos el pecado que el pecador; lord Augusto Fitz-Plantagenet, muy bueno para todo, aunque mejor que para todo, para las apues-tas; el gigantesco oficial de la guardia, Jack Jargon; el general Fireface, famoso en los campos de batalla, que en las últimas guerras se comió más yanquis que los que mató; el divertido juez del País de Gales, Jefferis Hardsman, tan experto en su oficio que, cuando un acusado oía su sentencia, escuchaba a la vez, para su consuelo, una chunga del que le había sentenciado. ¡Ah!, y estaban también, se me olvidaba, las cuatro miss Rawbolds, lindas hembras, en las cuales todo era música y sentimiento, y cuyos corazones pensaban menos en un convento que en una corona de conde o barón.

La compañía de buen tono se parece a un juego de ajedrez, pues en ella hay reyes, reinas, obispos, caballeros, rateros, usureros, de tal modo que el mundo no es más que un juego, con la sola diferencia de que las figuri-llas que en él trabajan se mueven por impulsos o resortes encerrados en ellas mismas y quizá pudieran compararse con los del alegre Polichinela.

Lord Enrique y su bella esposa eran el señor y la señora del castillo, y las personas que hemos nombrado, con alguna que tal vez se nos olvide, eran sus huéspedes. Su mesa hubiera quizá puesto a los manes en la tentación de pasar la laguna Estigia para hacer un banquete más substancioso. No me extenderé describiendo los guisados o asados, aunque la historia atestigua que, en todo, la felicidad del hombre, ese pecador hambriento desde que Eva comió la manzana, depende mucho de la comida. Diré solamente que los hombres salían temprano para cazar: los más jóvenes, porque gustaban de aquel ejercicio, y los de media edad para abreviar el día, en tanto que los viejos se paseaban por la biblio-teca, revolviendo libros, criticando cuadros, o iban y venían miserablemente por el jardín, disertando sobre el invernadero. Algunos muy valientes montaban todavía un viejo caballo de apacible trote. Y todos, en fin, leían por la mañana las gacetas, fijando una lánguida mirada en los relojes en la disimulada, pero impaciente espera, propia de los setenta años, de que dieran las seis de la tarde. Nadie se sentía incómodo; la hora de las citas generales era anunciada por la campana de la comida, y hasta aquel momento todos eran dueños de su tiempo y libres de entretener sus ocios, reunidos o en soledad, conforme quisieran emplear su día, circunstancia amable de muy pocos mortales conocida.

Las señoras, unas con afeites y otras pálidas, disponían también como les parecía de las mañanas; si hacía buen tiempo, salían a caballo o a pie; si lo hacía malo, leían o referían una historia, cantaban o repetían la última contradanza llegada del Continente, discutían sobre la moda del porvenir, arregla-ban la futura forma de los sombreros o bo-rroneaban media docena de hojas de papel, aglomeradas en una cartita, con la que entretenían su correspondencia. Pues preciso es saber que, si algunas tenían sus maridos ausentes, todas ellas poseían amigos a quienes escribir. Nada hay en la tierra y en el cielo que se parezca a una epístola femenina, que, lo primero que es, es interminable y que ja-más dice lo que tiene intención de decir, ni mucho menos lo que decir debiera... También había partidas de billar y diversos juegos de cartas. Barquichuelos, para los días en que el agua del lago estaba tranquila; patines, para cuando helaba y el frío dificultaba las pistas de la caza; pesca de caña, viejo y triste vicio solitario, diga lo que diga Isaac Wartol, ese viejo loco, ese cruel fatuo, que debería tener un anzuelo en la garganta y una trucha tiran-do del sedal para sacárselo.

Por la tarde se verificaba el banquete y se bebía vino, se entablaban conversaciones, y voces más o menos divinas (como que aún padecen

con el recuerdo mi corazón y mi cabeza) ejecutaban dúos; las cuatro miss Rawbolds danzaban alegremente y aprovechaban la ocasión de ostentar sus lindos brazos blancos y sus talles de sílfidos. Separábanse todos temprano, es decir, antes de la media noche, la que es el mediodía de Londres... Y

que Dios guarde en paz el dulce sueño de cada una de aquellas damas, flor replegada en sí misma, y haga resaltar cuanto antes los verdaderos colores de su rosa espléndida.

Nuestro héroe se avenía bien con toda clase de personas y vivía igualmente contento en el campo, a bordo de un navío, en una choza o en los palacios cortesanos, pues había nacido con ese dote feliz del alma que por nada se turba, de manera que tomaba parte con la misma modestia así en los trabajos como en los juegos. Sabía quedar en buen lugar con todas las mujeres, sin dejarse llevar por afectación alguna. Conquistó la admiración de todos aquella temporada campesina, y hasta en el deporte tan inglés de la caza del zorro supo mostrarse consumado maestro. Poseía, por otra parte, una cualidad, muy rara para una persona que había de ma-drugar para ir a la caza, y era la de no dormirse después de las comidas, cosa que gusta siempre a las mujeres, deseosas de poseer un oyente, sea santo o pecador, a quien dirigir las gratas palabras que se deslizan de sus labios de rosas. Vivo e inteligente estaba siempre atento a la parte más interesante del diálogo, aceptando cuantos conceptos ellas asentaban; unas veces grato, otras alegre, nunca pesado o impertinente, componiendo a las mil maravillas la figura del oyente perfecto. También bailaba, y muy bien, con gracia y comedimiento; sus pasos de danza eran castos y sabían retenerse en sus legítimos límites, sin que por eso perdieran ni la elegancia ni el atractivo... No debe, pues, causarnos admiración que llegara a ser el favorito de todas las señoras que habitaban el castillo, y que muchas lo consideraran como un Cupido verdadero, tanto dentro del grupo de las castas como en el de las que no gozan de tal felicidad. La duquesa de Fitz-Fulke, que gustaba de él, comenzó a atraparle con una marcada deferencia.

Era la duquesa una hermosa rubia, de edad inicialmente madura, pero de apetecible posesión aún, muy distinguida y celebrada en los inviernos del gran mundo. No relato su hazañas, porque constituyen, en cierto modo, un asunto espinoso, aparte de que pueden haberse deslizado determinadas calumnias en su crónica. Sólo debo decir que su última pa-sión había sido consagrada a su reciente esposo, lord Augusto Fitz-Plantagenet, noble personaje que, de todas maneras,

empezó a fruncir las cejas ante el coquetismo que, frente a don Juan, invadía manifiestamente a su señora.

Inflamada por el amor sagrado a la virtud, lady Adelina empezó a encontrar algo censurable la conducta de la duquesa y, sintiendo muy de veras que tal dama hubiese entrado en la mala senda y hubiera, acaso, de pasar por el terrible dolor de perder su decoro, se decidió a poner de su parte cuanto fuera preciso para evitarlo. Y, así, la tranquila severidad de la casta lady Adelina no se limitó a apesadumbrarse por su amiga, cuya reputación estaba a punto de parecer dudosa a la posteridad, sino que resolvió tomar las medidas que fueran convenientes para detener los progresos de tan triste aventura.

No era una de las razones menores de la conducta de lady Adelina la de considerar el peligro que había también para don Juan en semejante asunto, ya que la juventud de nuestro héroe (nada menos que seis meses menor que ella), el genio del duque y, en especial, las condiciones temperamentales de la duquesa, lo justificaban cumplidamente.

Tenía Su Gracia fama de intrigante y algo pícara, aun en la esfera de lo amoroso; era una de esas bonitas y preciosas plagas que fatigan a un amante con tiernos caprichos, que gustan de promover duelos y disputas, siempre que tienen ocasión para ello; que os encantan y os atormentan, si las amáis, en sus accesos de frialdad y ardor alternativos, y, lo que es aún peor, que no os dejan mar-charos nunca de su lado, que no dejan que acabe nunca la aventura. En una palabra, era una de las mujeres nacidas para trastornar la cabeza de los hombres jóvenes o para acabar de convertirlos en un Werther. No es extraño, pues, que el alma pura de lady Adelina te-miera que la duquesa llegara a ser funesta para su joven amigo. Movida por la inocencia de su corazón, que ignoraba o creía ignorar toda especie de artificios, suplicó primero a su esposo que diese algunos consejos a don Juan, sin conseguir que éste le hiciera caso, ya que lord Enrique se limitó a aconsejarle, a su vez, que no se mezclara en asuntos ajenos, y se marchó a leer su correspondencia, dándole un inocente beso en la frente, más propio de un hermano que de un esposo. Y

en este beso está, al fin y al cabo, toda la psicología de este buen hombre, a quien, reuniendo numerosas excelentes condiciones, le faltaba aún algo, que, por consecuencia, también le faltaba a su hermosa lady Adelina.

Tanto le faltaba que, a veces, especialmente en los atardecidos, sentía ella vacío su corazón, aunque lo supiera muy digno de hallarse bien ocupado. Ella amaba, o al menos creía amar, a su marido, mas tal amor la costaba un esfuerzo, pues terrible trabajo es, al fin y al cabo, hacer caminar nuestros sentimientos cuesta arriba.

Por más que la bella Adelina pudiera lisonjearse íntimamente de la pureza de sus intenciones, interviniendo en el pleito de don Juan y la duquesa, lo cierto es que en su al-ma iba creciendo, gota a gota, un extraño sentimiento que la obligaba a sentirse cada hora más resuelta a oponerse a los deseos de su amiga. Si Bonaparte hubiese vencido en Waterloo hubiera seguido siendo firme, pero alcanzó esta firmeza suya de siempre un grado de obstinación total precisamente cuando fue vencido. No creo que nuestra hermosa estuviera ya entonces enamorada de don Juan, pues, de lo contrario, hubiera tenido fuerza de ánimo bastante para rechazar como convenía tan exaltado sentimiento, absolutamente nuevo para su alma. Creo que experimentaba tan sólo hacia él una simpatía extraordinaria, que no sé si era verdadera o falsa, y que se afirmaba más vigorosamente al considerar que nuestro héroe era muy joven, extranjero, amigo suyo y de su esposo, y se hallaba a punto de caer en los brazos de una sirena tan acreditada como la duquesa.

Es indudable que la secreta, pero constante influencia del sexo interviene mucho en la amistad y transforma en sentimientos, especialmente gratos y tiernos, la de los hombres y las mujeres. Don Juan y la casta Adelina, ¿llegaron, por ventura, en su amistad a darse cuenta de este matiz profundo? En otra parte lo veremos. Durante la temporada de estancia en el castillo, pasearon mucho juntos, estudiaron el español, conversaron largamente, danzaron y, acaso, se contaron uno a otro más de un leve secreto. Mas ruego al lector que no prejuzgue nada anticipadamente, pues se expondría a incurrir en equivoca-ciones, tanto acerca de ella como de él... Tomaré, en consecuencia, un tono más serio que el que hasta ahora he empleado en esta sátira para hablar de ellos. Ignoro a punto fijo si, al fin, habrán o no de sucumbir. Pero si así sucede, los tendré por perdidos a los dos y lo sentiré profundamente.

***

De las cosas más pequeñas suelen origi-narse las más grandes consecuencias. ¿Quién creería que una pasión tan peligrosa como la

que conduce muchas veces al hombre y a la mujer al borde de los precipicios del pecado puede producirse simplemente a consecuencia de una ocasión trivial, insignificante? Bien seguro estoy de que no creeréis la historia aquélla de un galán francés y una arrogante y dulce lady escocesa que hubieron de sufrir el fuego eterno y el desdén humano, simplemente porque el destino los dejó solos una tarde de lluvia durante una partida de billar.

El mundo nuevo no sería nada comparado con el antiguo si algún Cristóbal Colón de los mares morales enseñase a los hombres las antípodas de sus almas. ¡Cuántos desiertos, cuántos bosques, cuántas montañas, y ríos, y paisajes, se descubrirían en el alma humana!

Lady Adelina, la muy honorable y muy honrada lady, corría el riesgo de perder, al menos, una parte de su honor, aunque no lo supiera ella misma, pues son muy pocas las personas de su amable sexo que saben ser constantes en las resoluciones que toman. Adelina, sin embargo, podía compararse a esos licores puros, esencia misma de los pámpanos, que acaso no pueden nunca adulterarse. Cuanto más interesada estaba en una cosa, más ingenua se mostraba. Entregaba sin reparo su cabeza y su corazón a los sentimientos de la naturaleza más inocente. Y así era de esa pura especie su agrado al conocer la historia de don Juan, tan llena de aventuras, guerras, viajes, amores, peligros y ternuras, porque las mujeres oyen siempre esas relaciones con placer infinito. Añadid a esto que don Juan ganaba cada día ante los ojos que lo contemplaban. Era sereno, amable, y se manifestaba placentero, aunque sin ostentarlo; era insi-nuante sin insinuación; observaba los defectos y las fragilidades del mundo, pero no lo decía; mostrábase altivo con las personas altivas, mas siempre con cortesía, de un mo-do capaz de hacerlas entender que conocí el rango que ocupaba él, así como el que pertenecí a ellas; sin sentir pretensiones a la prio-ridad, jamás consentía ni reclamaba la supe-rioridad. Y conste que todo esto es de aplicación para referirlo al trato de don Juan con los hombres, porque, en cuanto a las mujeres, era lo que ellas querían que fuese o llegase a ser, gentil y simplemente.

Como Adelina no era un juez muy profundo en materia de caracteres, dominaba bastante en ella la propensión a prestar a los demás un colorido que era, al fin y al cabo, el suyo propio; así es como la bondad comete amables yerros y lo hace también la sabiduría, conforme lo atestigua la experiencia, que es el gran filósofo, el más triste de todos, pero el más sabio cuando una vez hemos llegado a

profundizar su ciencia...

Cuando Adelina, apreciando algo del propio mérito de Juan y del peligro de su situación actual frente a la duquesa, experimentó hacia nuestro héroe un vivo interés que quizá era un poco de afecto, por ser una sensación nueva para ella, o porque había allí cierta apariencia de inocencia, lo cual es una tentación cruel para las mismas inocentes, comenzó a reflexionar sobre la manera de salvar el alma de su buen amigo, expresión un poco diferente da la de su bien amado.

Como auténticamente era una lady digna y respetable, y como sólo era experimentada en su propia experiencia y no tenía demasiado interés en que Juan encontrara el amor entre sus amigas, reflexionó dos o tres horas sobre el caso y decidió que moralmente, y conforme a las buenas costumbres, el mejor estado del hombre —¡ay, no podría decir lo mismo del de la mujer, aunque no lo supo definir claramente! —es el del matrimonio, por lo cual aconsejó con mucha formalidad a don Juan que se casase. Don Juan, con la deferencia conveniente, aunque sin entenderlo demasiado, la contestó que sentía una especial predilección por el lazo matrimonial, pero que de momento, y en atención a sus ocupa-ciones, no estaba precisamente en la ocasión de hacer un matrimonio, aparte de que era preciso consultar en tales trances, no sólo a su propio gusto, sino al de las personas a las que podría dirigirse y, sobre todo (no podía decir más), que él se casaría con muchísimo gusto con alguna dama si no fuera porque daba la casualidad de que ya estaba casada.

Adelina citó entonces los mejores partidos femeninos de la Gran Bretaña: la discreta miss Reading, o sus semejantes miss Raw, miss Flaw, miss Flowman, miss Knowman o las dos hermosas y ricas heredades (queremos decir, naturalmente, una cualquiera de las dos) Giltbedding. También podía contarse con miss Millpond, apacible como el mar en un hermoso día de verano, aquella maravilla, tantas veces citada, hija única, con espléndida dote, semejante a una crema de dulce mansedumbre, cuando menos en lo exterior, porque en el fondo de la crema había una leche acuosa, teñida de ligeros matices azules; pero esto importa poco, porque el amor es libertino, naturalmente, pero el matrimonio debe ser pacífico y, como se ve con frecuencia atacado de consunción, es recomendable para él la dieta lactanciosa... Estaba también miss Audacia Shoestring, brillante señorita, de estupenda fortuna. Podía también pensarse en..., pero, ¿a qué ir más lejos, a no ser que las señoras gusten de que ter-minemos la revista de las novias?

Sin embargo, la verdad es que podía todavía pensarse en una belleza no citada por lady Adelina, una belleza deseada por todos, del mejor gusto y la mejor clase: Aurora Ra-by, astro joven y lindo, alegre sano, hermoso sin disputa, hacia el que no tenemos más remedio que lanzar nuestras alabanzas; admirable criatura apenas formada, capullo de rosa, cuyas hojas más tiernas aún no se habían abierto. Era rica, noble, huérfana, amante de la soledad, joven, soberbia y sublime, melancólica, sin embargo de ello, co-mo los serafines. ¡Y, era, además, triste y grave, como un ángel que se lastimase del ángel caído, arrepentida de un crimen que no había cometido, flor nacida a las puertas del Edén para el gozo de los desgraciados que nunca podrán entrar en él...! Pero, cosa rara, Adelina la había olvidado entre sus candida-tas...

Tal omisión, como la del busto de Bruto en la pompa fúnebre de Tiberio, sorprendió a don Juan, y así lo hizo notar con cierta sonrisa. Adelina, con algún desdén, contestó que no se le había ocurrido pensar en una niña afectada, desdeñosa y fría.

No seríamos justos si pensáramos que a lady Adelina la movía la envidia, puesto que sus ideas y su mismo rango y belleza la ponía al abrigo de sospecha semejante. Tampoco era desprecio, puesto que la joven no era despreciable. Tampoco podían ser celos...

Mas dejemos este vano intento de explicar lo que fuese. El corazón humano tiene siempre esas sombras, esos secretos... Más fácil es siempre, ¡ay!, decir lo que no era que lo que era...

Para resumir: el congreso habido entre Adelina y Juan acabó como los de nuestros días; es decir, que produjo cierto mal humor entre ellos, porque Adelina era obstinada y aun dudaba de su Waterloo... Pero el sonido de la campana, que llamaba a todos a la me-sa, acabó la cuestión muy lindamente.

Por una extraña casualidad, Juan se encontró colocado en la mesa entre lady Adelina y la duquesa, de cuyos ocultos pensamientos ya hemos hablado..., lo cual era una situación realmente muy apurada para un joven que deseaba comer, pero que, sin embargo, tenía corazón y ojos. Por si fuera poco ya esta situación no podía tampoco ostentar siquiera las gracias de su ingenio suelta y gentilmente, porque Adelina, que ni siquiera le dirigía la palabra, llegaba hasta el fondo de su alma con sus penetrantes miradas. Se puede comprender que allí

había cierta violencia. Tanta, que Adelina parecía felicitarse —siempre con las miradas— de que la duquesa no demos-trara demasiado ingenio; y tanta, al fin, que Juan se vio precisado a dirigirle a ésta ciertas atenciones y galanterías que, al menos, justi-ficaran las sonrisas de ella. Con lo que la comida acabó proporcionando poco gusto a los tres: a la duquesa, a Adelina y a Juan...

***

La vida fluctúa entre dos mundos, como el día y la noche, el sol y las estrellas. ¡Cuán poco sabemos lo que somos y cuán menos lo que mañana hemos de ser! El eterno curso del tiempo lleva muy lejos nuestras frágiles existencias. Las olas del Océano de los siglos se suceden unas a otras, en tanto que los más orgullosos monumentos edificados por los más poderosos emperadores sólo viven y triunfan un instante... Los antiguos persas enseñaban tres cosas útiles: tirar al arco, montar a caballo y decir la verdad. La juventud moderna imita a su manera tal ejemplo, adoptando arcos de dos cuerdas, haciendo sudar a su caballo sin piedad y haciendo re-verencias que sustituyen gentilmente la sinceridad. De todas las verdades del mundo, la que voy a contar es la más verdadera.

Tras la triste comida celebrada en el castillo, Juan se retiró a su cuarto, sintiéndose escéptico, inquieto, receloso y turbado, pues en la juventud todos estos sentimientos pueden mezclarse. Tenía ante sí los dulces ojos de Aurora Raby, más brillantes de lo que hubiera deseado Adelina (tal es la suerte que siempre espera a los buenos consejos), los pícaros labios de la duquesa y la tierna solicitud y encanto de su huesped. Meditó en todo ello, suspiró, contempló la luna desde su balcón, y, con la idea de pasear un rato por el bello jardín, pues le huía el sueño, salió a la galería. La galería estaba inundada de la azulada luz de la luna. Todo lo que esa luz toca, hombre de mundo, poeta, pastor, amante, aldeano o prestamista, se siente propenso a entregarse a las ideas abstractas. Como existen grandes secretos confiados a su brillante luz obtenemos de ella grandes pensamientos.

Juan permanecía en la galería, meditando en su suerte y su desgracia (ya que de todo hay en esta vida y de todo había o al menos podía haber en el castillo entre los tres encantos de las tres bellas que le seducían), cuando un ruido le sobresaltó. Fue un ruido muy extraño. Parecía el deslizamiento silencioso de un ser humano sobre los enlosados de piedra. Es preciso decir que la galería estaba colgada de

retratos antiguos de los barones y las ladies fallecidos, que eran los antecesores de lord Enrique y de lady Adelina, antecesores que alcanzaban a los tiempos más antiguos de Inglaterra, y que tales lienzos, muchos de ellos gastados por los siglos, tenían ese aire y ese sombreado inconfundi-ble que recuerda que sus modelos duermen deshechos en las tumbas... El rumor persis-tía, y don Juan, que nunca fue cobarde, quedó petrificado al contemplar una extraña figura, envuelta en un a modo de hábito de monje, que pasó ante sus ojos por tres veces, lenta y grave, como si flotara suavemente sobre sus invisibles pies fantasmales. A la tercera vuelta desapareció el fantasma, tras una pausa más o menos larga desde que nuestro héroe dejara de verlo, sin que don Juan fuera capaz de precisar si se había fil-trado por los muros de piedra del castillo o había utilizado para su desaparición alguna de las numerosas puertas de la galería. Quedó nuestro joven petrificado, inmóvil, esperando la nueva aparición del fantasma. Más tarde fue recobrando su tranquilidad y hubiera deseado verdaderamente que todo hubiera sido un sueño, pero no tuvo la fortuna de despertar de él. Volvió a su habitación, aún tembloroso, sin saber por qué pensar; se acostó, sin conseguir dormir en toda la noche, y se despertó, sin haber dormido, muy temprano y muy preocupado.

Cuando bajó al salón para el almuerzo, se sentó pensativo junto a su taza de té. Tan distraído se hallaba que todos lo notaron.

Adelina, que había, reparado en ello la primera, sin poder adivinar la causa, se acercó a él, aunque para dirigirle unas palabras vanas, sin atreverse a inquirir la manifiesta causa que le desasosegaba. La duquesa, jugando con su velo, fijó también su mirada distraída sobre él aunque sin proferir una sola palabra al respecto. Y la bella Aurora Raby le examinó con sus ojos negros mostrando una especie de sorpresa sosegada.

Adelina, por fin, no pudo contenerse y le preguntó a Juan la causa de su preocupación indiscutible. Juan, al principio, contestó va-gamente. Al fin, contó la aparición de la noche pasada. Con sorpresa escuchó algo que no sabía, pero que era de todos conocido, o sea que en el castillo, cosa que es muy frecuente en las casas inglesas, había un fantasma. Mostró entonces don Juan mayor preocupación, y entonces Adelina quiso quitar importancia al asunto y dijo, con aquella gracia casi celestial que la caracterizaba, que sabía una canción muy linda sobre el tema y que iba a cantarla. Entre la alegría, no exenta de temor, si somos sinceros, de todos los invitados, se sentó al piano y cantó lo siguiente:

"Guardaos del sombrío padre, descendiente de los primitivos moradores de este edificio, que vaga por el castillo y ora todas las noches por los que yacen en sus tumbas.

Desde que el viejo lord Amundeville arrojó a los frailes de esta casa, ese monje habita las tinieblas del sagrado asilo de la antigua iglesia. En vano vinieron los soldados del rey a amenazar la abadía y vigilarla concienzudamente; el fraile fiel sigue paseando por esta mansión luego que la noche sucede al día.

Nadie sabe si es huésped fatal o invitado be-néfico. Cuando mueren los lores Amundeville, se posa respetuoso sobre sus tumbas. Cuando les nace un hijo, se queja lastimeramente.

Cuando les amenaza una desgracia, ríe sin temor alguno. Los pliegues de su negra capucha ocultan su rostro y sólo dejan ver sus ojos, que brillan con mirada de sombrío pre-sagio ¡Guardaos del monje de Amundeville, el monje negro, heredero del viejo monasterio!

Hasta hoy, el lord que lleva el título es el amo del día, pero el monje lo es de la noche y nadie sabe cuándo lo será de todas las horas creadas por los hombres. No maldigáis su presencia cuando sale de las sombras, ni turbéis el silencio de este inmortal habitante del sombrío castillo. Dirigid más bien al Cielo preces por su alma. Sea cual sea ese fraile y sus designios, desead para él el descanso eterno."

Adelina calló. Se habló más tarde de otros temas. Se olvidó por el mismo don Juan la aparición nocturna. Pasó éste su día entre las tres hermosas de sus sueños, admirando determinadas condiciones de marisabidilla de Adelina, ciertas hermosas cualidades de Aurora y la gracia indudable de Su Gracia la duquesa, cuyos ojos parecían rejuvenecidos.

El rostro de esta última era la residencia de su alma —si es que gozaba de ella— y era muy seductor, sin perjuicio de un cierto aire-cillo maligno y picaresco... Las horas transcu-rrieron sobre iguales acontecimientos que los días anteriores: cánticos, juegos, caza del zorro, danzas, conversaciones y coqueteos, con y sin secreto. Se oyó, por fin, sonar la campana que congregaba a todos para la comida, viejos y jóvenes, aunque ninguno inocente, y se bendijo, como siempre, la lujosa mesa. He aquí una bendición que debíamos cantar cumplidamente.

***

En la comida de aquel día reinó en cierto sentido, la displicencia. Un vecino de mesa de Juan declaró su deseo de chupar una aleta de pescado. La relación que pudiera haber entre esto y la aparición de la noche anterior no es para comprendida, pero el hecho es que Juan recordó su aventura de ultratumba y que tornó a sentirse incómodo. Turbóse todavía más cuando sorprendió los ojos de miss Aurora fijos en los suyos y cierta cosa en sus labios que no podía ser sino una sonrisa. En cuanto a Adelina, ocupada aquel día por la gloria que aún le duraba a su canción, se ocupaba tan sólo de sus invitados, con manifiesta gracia, pero con cierto olvido de su preconcebida misión custodiadora de las virtudes de don Juan.

Mientras que Adelina prodigaba a todos sus gracias y agasajos, como perfecta caste-llana de su castillo, la hermosa duquesa de Fitz-Fulke se mostraba muy contenta y satisfecha... Se sirvió el café. Se despidieron los comensales que no vivían en el castillo. Se jugó un poco. Se charló. Llegaron las doce. Y

cada huésped se marchó a su cama. Pues aunque hubiera algunos matrimonios, la rígi-da costumbre del castillo y las exigencias naturales de la caza temprana, reservada a los hombres, determinaban la prudente separación de sexos.

Don Juan, como los otros, fue a su cuarto. Desnudo ya, y envuelto en su bata, dio en pensar que podía volver su fantástico visita-dor de la noche anterior y se sentó a esperar-le, puesto que él, ante todo, y por razones de buena educación y excelente nacimiento, se debía a sí mismo determinadas correcciones, determinadas delicadezas. Quiero decir que resolvió a esperar la llegada del fantasma.

Tantos años después podemos asegurar que no esperó en vano... ¿Qué es eso? Veo, veo...

Ah, no, no... Pero..., ¡sí!... ¡Gran Dios!... ¡Él es!... ¡Él es, de nuevo!... Vaya al diablo ese furtivo paso, que lo mismo puede recordar las pisadas de un fantasma que el suave deslizarse de una miss enamorada hacia los brazos de su amante..., encaminándose a una cita amorosa por primera vez y, por ello, sobradamente temerosa de que puedan oírse los ecos de sus zapatitos... El monje estaba allí, el mismo monje de la noche antes, dispuesto a helar la sangre de don Juan en sus venas...

Tras el ruido conocido, vino algo más intenso todavía. La puerta del aposento de don Juan comenzó a abrirse lentamente.

Acabó, al fin, por estar abierta ya de par en par, no con temor, sino con la gracia con que se abren las alas de las gaviotas, y luego volvió a cerrarse con el mismo impulso decidido, en tanto que don Juan, desfallecido, tomaba la cosa completamente en serio. En el umbral apareció el monje negro con su capucha... El alma del hombre está llena de temor al ridí-

culo, y don Juan lo temió también aquella noche, puesto que era hombre de mucha al-ma. Se avergonzó de su actitud y hasta se atrevió a pensar que, aun en el supuesto de que se tratara de un verdadero fantasma, un alma y un cuerpo son más que suficientes para poder entendérselas con un alma sola...

Su primitivo miedo se convirtió en despecho y su despecho en cólera cuando quiso suponer que se trataba de una broma. Se levantó de su asiento, avanzó decidido hacia el fantasma... Pero éste abrió la puerta e intentó huir. Don Juan la cerró de un empujón definitivo. Decidido a saber, contempló cara a cara al monje. Hubo de extrañarse de que sus ojos, que eran lo único visible de su rostro, fueran brillantes y vivos, completamente opuestos a la idea infeliz que podemos tener en este mundo de los ojos de un muerto hace mil años. Y no era sólo esto, porque la tumba aquí había conservado algo muy agradable: el dulzor exquisito de la respiración del muerto. Era un olor encantador, de veras. Y aún, un suave rizo rubio se escapaba de la capucha. Y todavía la luna, saliendo de una nube, hizo que viera Juan dos blancas y lindas filas de perlas que asomaban a unos bermejos labios, cuando el fantasma pretendía desasir-se de sus brazos...

¿Qué podía hacer Juan, lleno de curiosidad verdadera? Alargó un poco más sus fuertes brazos, dominando del todo al viejo monje. Movió sus manos. Y, ¡oh, maravilla!, tocó, sin duda alguna, un duro seno, una turgente gracia terminada en la gloria, que palpitaba alegremente, como si contuviera un joven corazón conmovido... Volvió a tocar, ya sin usar los brazos para ninguna violencia, y comprobó que había dos maravillas como aquélla bajo los negros hábitos del fantasma...

Y muy pronto, lector: una barbilla delicada, un cuello de marfil, un calor suave y tierno, dulce y pecadorzuelo, revelaron a nuestro héroe una existencia demasiado carnal para su fantasma bajo aquellos sayales...

Un momento después cayó el disfraz al suelo y... ¡ay!... ¿debemos decirlo?... apareció ante los ojos de don Juan... Digamos de una vez que apareció el voluptuoso cuerpo, nada fantasmal, de Su locuela Gracia la duquesa de Fitz-Fulke, a cuya buena alma debe agradecer nuestro héroe determinadas cosas muy delicadas y poco fáciles de explicar en este poema.

***

El mundo está lleno de huérfanos: en primer lugar, los que lo son en el estricto sentido de la palabra, pero muchos son los árboles solitarios que crecen más alto que los apiñados en la maraña del bosque; los siguientes son aquellos que, sin estar condenados a perder a sus amantes padres en la tierna infancia, se ven privados del cariño paternal, con lo cual van a dar en no menos que huérfanos de corazón; otros son los hijos únicos, hoy tan de moda, que no dejan nunca de ser niños, pues, como dicen, un hijo único es un hijo malcriado —su educación, en mi opinión, ya sea benevolente o severa, no de-be ir nunca tan lejos que transgreda los límites del amor o el respeto—. Quienes lo padecen —sea en el corazón o el intelecto— sea cual sea la causa, son en la práctica huérfanos.

Pero volviendo a la norma estricta —en tanto las palabras sirvan para dictar normas— la noción más común de huérfano im-plica a un tiempo la imagen de una escuela parroquial, una criatura hambrienta, un naufragio en el océano de la vida, una mula (co-mo dirían los italianos) humana, objeto de piedad o alguna emoción peor. Incluso, si se piensa un poco, tal vez habría que admitir que los huérfanos ricos son aún más dignos de conmiseración.

Son demasiado pronto sus propios padres. ¿Qué valor tienen los tutores, guardas, etc., comparados con los progenitores naturales? De ese modo el hijo de un canciller, de la Guardería de la Cámara Estrellada (por poner el primer ejemplo que me viene a la mente) es como un patito, criado por Dame Parlett —especialmente si es una niña—, te-meroso de echarse al agua de cabeza.

Dice el clamor popular, cuando alguien osa ofrecer una perspectiva nueva: "si usted tiene razón entonces todo el mundo está equivocado". Supongamos el caso contrario:

"si usted está equivocado, entonces todo el mundo tiene razón". ¿Alguna vez es alguien tan discreto? Así pues, yo recomendaría libre discusión sobre todos los temas, cualesquiera estos sean, o debidos a quién fuere, porque a medida que unos tiempos van empujando a los otros, el último tiende a acusar al anterior de colocarlo en un colchón de púas, sin im-portarle los pinchazos porque es demasiado obtuso: lo que era una paradoja deviene una verdad, o algo parecido (Lutero lo atestigua).

Los sacramentos se ven reducidos a dos, y las brujas a una, aunque un poco tarde, ahora que quemar viejas en la hoguera ha sido declarado un acto de inurbanidad (a pesar de lo cual, hay que decir, no faltan en algunas familias quienes merecieran buena reprimenda). Al gran Galileo le fue negado el sol porque lo había arreglado, y para evitar que contara que la tierra rodaba en torno a él, le prohibieron incluso que andara. Cuando estuvo casi muerto y enterrado, algunos hombres comenzaron a pensar que su ccabe-za no había merecido enmienda; y hoy, por lo visto, resulta que tenía razón. Sin duda será un consuelo para sus cenizas. El hombre sabio sólo está seguro cuando ya no puede compartir su saber; tendrá un firme Post Obit en la posteridad.

Si tal condena espera a cada gigante in-telectual, nosotros, gente nimia en nuestro modesto modo, deberíamos, sin duda, soportar mejor los leves quebrantos de la vida, y eso es por una vez lo que voy a hacer yo, tan bien como sepa —ojalá fuera menos impetuo-so—. Cuando me propongo, cada mañana, ser un totus teres, estoico, sabio, el viento empieza a soplar y yo vuelo, lleno de rabia.

Moderado lo soy —jamás fui temperamental—

; soy modesto —sin ser inseguro—; flexible

—aunque en cierto modo idem semper—; paciente —si bien no aficionado a resistir a cualquier precio—; alegre —aunque, a veces, un tanto dado al lloriqueo—; pacífico —pero en ocasiones también una especie de Hercu-les Jurens—, de tal modo que casi pienso que la misma piel contiene a dos o tres seres distintos.

Dejamos arriba a nuestro héroe en una situación algo delicada, de las que ofrecen al hombre la posibilidad de mostrar su fuerza —

física o moral—. En esta ocasión, si venció su virtud o, de llano, su vicio —pues procedía de una nación generosa—, es más de lo que yo deba atreverme a describir, a menos que una beldad me pague con un beso.

Ahí dejo la cuestión: llegó la mañana, y el desayuno, té y tostadas, del que casi todos los hombres toman sin rechistar. La compañía cuyo nacimiento, salud, valor, han costado a mi lira varias cuerdas, se unió a nuestra anfi-triona, y mi anfitrión; aparecieron los invitados, el penúltimo, Su Gracia, el último, Juan, con su rostro virginal.

Si es mejor hallar un fantasma o nada, era difícil de determinar. Juan parecía haber combatido con más de uno, y haber sido vencido y agotado. Con unos ojos que apenas arrojaban la escasa luz que traspasa un ventanal gótico, Su Gracia, también, tenía todo el aspecto de haber sufrido escarmiento; se la veía pálida y temblorosa, como si hubiera guardado vigilia, o soñado más que dormido.